



Susurros
desde la

Oscuridad

Melani Abascal

Susurros
desde la
Oscuridad

Melani Abascal

Título: *Susurros desde la oscuridad*

©2020, Melani Abascal

Portada: 2020, Verónica Monroy Romeral

Maquetación: 2020, Verónica Monroy Romeral

Corrección: 2020, Verónica Monroy Romeral

1ª edición: enero de 2020

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Para Alejandro,
por si se te acaba la lista por leer de libros de terror.*

Los humanos somos imperfectos

«Por mucho que nos esforcemos en ser buenas personas, siempre seremos el malo en la historia de alguien, siempre cometeremos algún error imperdonable para otro en su propia versión de los hechos», pensó mientras limpiaba la sangre del cuchillo.

ÍNDICE

MORDISCO

EL AUTOBÚS

ACUERDOS OSCUROS

LUNA AZUL

AUSENCIA

EXPERIMENTO

REVELACIÓN

DECISIÓN

NUEVA ERA

MIENTRAS DUERMES

EL CAMINO DEL ODIO

OLGA

APRIL

KAREN

BETTY

BEN

HARRY

ENRIQUE

DAVID

CARLA

KATRINA

BÁRBARA

ASDRU

ETHAN

GRINGLOCK

ZACK

PORQUE NO PUEDO VIVIR SIN TI

EL COLOR DEL AMOR

NOCHE DE HALLOWEEN

MORDISCO

La noche baña con su oscuridad cada rincón, solo la luz de la luna intenta hacerse paso entre las nubes. Sí... hoy la luna es inmensa y radiante, pero no puedo pararme a contemplarla ahora mismo.

Me deslizo sigilosamente entre las sombras en busca de los vivos, de su calidez, de su sangre.

Hacía tiempo que no iba de caza, así que el deseo apremia, tendré problemas si no logro saciar mi apetito hoy mismo.

Oigo rumores y música, presumiblemente de una fiesta cercana de los pueblerinos del lugar y tal parece al observar la plaza central. Hay un montón de jóvenes danzando al compás alrededor de una modesta hoguera.

Camino un poco manteniendo las distancias con los mortales, no deseo interrumpir su fiesta mientras busco una víctima potencial, ni tampoco ser notado.

La mayoría están dando vueltas y vueltas a los lados del fuego, pero hay pequeños grupos de jóvenes féminas y mancebos charlando animadamente. Todos parecen acompañados menos una chica que está apartada de todos, simplemente mirando el espectáculo. Parece que suspira, como si ansiara que alguien la saque a bailar.

Me doy cuenta, además, que un pequeño grupo de damiselas la señalan y emiten risas agudas.

A esa distancia seguro que las está oyendo, porque ha abierto su libro mientras sale huyendo de allí.

Pasa tan cerca de mí que puedo oler su dulce aroma.

—Disculpa. —Intento detenerla.

—¿Sí? —Se gira, levantando la cabeza de su libro y me pregunta tímida.

—No nos han presentado, me llamo Williams. —Intento comenzar con la conversación.

—E... encantada —titubea—, me llamo Elisa —se presenta cerrando suavemente su libro.

—Me preguntaba qué hace una señorita tan hermosa marchándose de un baile aún sin finalizar.

Parece sonrojarse.

—Una no puede bailar si no se la invita, así que no hay motivo para estar en el baile.

—Oh, ya veo, entonces habrá que solucionar eso —respondo y le tiendo mi mano.

Ella se sorprende y me observa con cuidado. Tras unos instantes de reflexión esboza una sonrisa, deja su libro en un rincón de la calle y toma mi mano.

Bailamos durante largo rato. Ella parece divertirse, se la ve feliz, pero siento la imperiosa necesidad de pausar la escena, así que acerco mi cara a su oído para susurrarle.

—¿Sabes que hay unas vistas impresionantes del cielo nocturno arriba de aquella colina? —digo señalando con la cabeza a su espalda.

Ella se gira para mirar.

—Apuesto a que las estrellas y la luna ofrecen un espectáculo inmejorable desde allí —continúo—. Dime, ¿te gusta mirar las estrellas?

—Me encanta, son muy hermosas. —Sonríe.

—Entonces, ¿vamos?

Se lo piensa un poco, pero asiente.

Caminamos como media hora después de salir de la ciudad, cada vez me habla más, aunque es tímida, su emoción es palpitante, prácticamente puedo sentirla yo mismo, pero cuando llegamos la belleza del lugar la abruma tanto que se queda muda.

—Es hermoso —apenas puede decir.

—Lo sé.

Y, en un momento de descuido, me acerco aún más a ella y clavo mis colmillos en su cuello.

Se asusta, lo noto, pero ya es tarde para ella.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Quieres convertirme?

No contesto, sigo bebiendo su sangre mientras ella se encuentra más y más débil, hasta que por fin cae rendida en la hierba.

¡Qué ilusos son los humanos! En algún momento pensó que ese desconocido que acababa de llegar a su aburrida vida iba a salvarla de su soledad y, aún peor, esperaba que fuese a convertirla también en alguien como él, supongo que con la esperanza de que su corazón se hubiese prendado de ella.

¡Ja! Qué daño han hecho las novelas románticas sobre vampiros, qué vulnerables las vuelve.

Ohhh... sí, la luna está preciosa esta noche.

EL AUTOBÚS

Caía sobre mí una noche fría y oscura con una densa niebla, tanto que apenas se podía ver a dos palmos de distancia. Estaba bajo la seguridad lumínica de la única farola encendida por la calle, lo que, por otra parte, se sentía inquietante y comenzaba a temer por mi integridad física en aquel lugar tan oscuro y apartado.

De pronto, unas luces salvadoras se abrieron paso entre la oscuridad vaporosa junto con el resto de una estructura metálica, rompiendo con mis pensamientos paranoides y a modo de respiro tranquilo.

Me subí tan aprisa que pagué sin siquiera mirar al conductor o a nadie, aunque apenas se distinguían figuras a los lados de las ventanillas de aquel vehículo. Era como si la niebla hubiese penetrado hasta allí y prácticamente ninguna o apenas alguna luz funcionase, lo cual me pareció muy extraño, pero solo lo pensé una vez, ya me había sentado en el único lugar disponible, justo al fondo.

Aquel medio de transporte arrancó de nuevo y pude percibir el ronroneo del motor no muy lejos, junto con las vibraciones y sonidos preocupantes de la estructura metálica que nos llevaba a todos.

Pero... ¿a dónde nos dirigíamos? Más bien... ¿a dónde me dirigía yo? ¿Por qué estaba esperando aquel autobús? ¿En qué momento llegué a la parada? O, también, ¿de dónde venía?, ¿qué estaba haciendo antes? Por algún extraño motivo que escapaba a mi comprensión no podía recordar nada salvo la imperiosa

necesidad de subirme a aquel autobús misterioso en mitad de la nada.

Empecé a angustiarme, pero intenté pensar y tomar una decisión con lógica. Miré a ambos lados en busca de alguien a quien preguntar por nuestro destino, pero aquellas siluetas oscuras ni se giraban a escucharme. ¿Por qué no se giraban? ¿Acaso no podían oírme? Miré hacia la zona de las ventanillas y encontré un interruptor de parada, lo pulsé creyendo que la mejor opción que tenía era bajarme en la siguiente y volver sobre mis pasos, fueran cuales fuesen.

Una ensordecedora campanilla sonó, rompiendo el silencio sepulcral que reinaba en aquel recinto con ruedas, haciendo que de pronto todas las cabezas se giraran en mi dirección, absolutamente todas, para que pudiese ver con horror semblantes inexpresivos, vacíos, lisos, sin ojos, boca o nariz siquiera.

Aquello era aterrador, salí corriendo hacia la parte delantera a implorar al conductor que parase mientras aquellas sombrías cabezas me seguían según corría por el pasillo.

Cuando por fin llegué al cubículo del conductor y llamé frenética y desesperadamente al cristal que nos separaba, comprobé con pavor cómo su figura metálica y oxidada, similar a un artilugio ya desgastado por el tiempo y los elementos, giraba su cabeza por completo de una forma humanamente imposible y me devolvía una sonrisa brillante y exagerada mientras me preguntaba con total naturalidad si ocurría algo.

Le supliqué que parásemos, pero él me respondió que aquel autobús tenía un único destino y no podía detenerse.

Cuando en mi desesperación arremetí contra la puerta, dispuesta a salir en marcha de aquella pesadilla, algunos de los «pasajeros» más cercanos se abalanzaron sobre mí y me sujetaron con fuerza hercúlea.

Entonces lo vi claro conforme la carretera comenzaba a mostrarse con más y profundas grietas, según avanzábamos, y emergía de ellas un vapor caliente que se percibía hasta dentro del vehículo, todo con la risa mecánica de aquel atípico conductor de fondo.

Yo no iba a salir con vida de allí, porque ya la había abandonado antes de subir.

ACUERDOS OSCUROS



LUNA AZUL

—... por eso, hijos míos, no debemos olvidar de dónde venimos y a quién debemos dar gracias por todo. —El mago supremo hizo un pequeño parón dramático y solemne mientras todos agachábamos las cabezas como signo de agradecimiento y sumisión—. Podéis ir en paz, pues los ángeles nos han escuchado y velarán por nosotros.

Aquella última frase indicaba el final de la ceremonia y que nos levantaríamos a continuación en silencio y partiríamos hacia la salida del templo.

Como cada día, la misa había sido temprana con la intención de que comenzáramos la jornada todos juntos y con la bendición de los ángeles para que todo nos fuese lo mejor posible.

Me reuní con Agus a la salida del edificio, había estado muy inquieto, como preocupado durante toda la reunión, y era un amigo demasiadopreciado como para pasarlo por alto.

—¿Hay algo que te perturbe? —le pregunté de camino al trabajo.

Suspiró como rindiéndose.

—No puedo tener un pensamiento sin que te percares. —No sonaba a reproche tal y como lo dijo, solo a que esperaba que no me hubiese dado cuenta.

—Sabes que aquí estoy si quieres contármelo —dije para animarle a hablar.

—Lo sé. —Sonrió con tristeza—. Tú siempre estás ahí, en lo bueno y en lo malo.

—Suenas como si estuviésemos casados —comenté intentando hacerle reír para aliviar algo de su carga.

Apenas sonrió, pero me lo apunté como un logro a medias.

—Mi padre se muere —confesó al fin—. El doctor lo ha visto y es su diagnóstico, no hay nada que hacer salvo rezar por un milagro —explicó con pesadez, y sus palabras sonaron como un mazazo en la cara.

Aquel hombre había sido siempre muy gentil conmigo y mi familia, y realmente no tenía una edad avanzada, así que era una sorpresa horrible.

—Rezaré por él —dije con congoja y reprimiendo las lágrimas, debía ser fuerte delante de él o Agus se vendría abajo.

—Gracias, Mark. De verdad —suspiró.

—Oye, creo que es motivo suficiente como para que no vayas a trabajar hoy, amigo. Pasa tiempo con tu padre, yo te cubro —me ofrecí.

—Gracias, pero no puedo hacer tal cosa, necesito el dinero.

—Te doy el mío, si lo necesitas, pero, por favor, ve y pasa todo el tiempo que puedas con tu viejito —le pedí en tono más serio, mirándole fijamente a los ojos.

—No puedo hacerte eso, en tu casa sois muchas bocas —se justificó con tristeza—. Además, prefiero que no vea mi cara o se olerá lo que voy a hacer.

—No me asustes, Agus —exclamé con recelo y estupefacción mientras me detenía.

Él suspiró resignado para después contármelo, era como un libro abierto para mí.

—Voy a ser ofrenda en la próxima Luna azul.

Sus palabras fueron como dar un golpe con fuerza a la estatua de hielo en la que me acababa de convertir en esos instantes.

—¿Te has ofrecido voluntario? —Quise saber con pavor.

—Sí, espero que los ángeles aprecien mi gesto y sanen a mi padre. Es la única manera de que se cure.

—Pero ¿no se lo vas a decir? Es un gran sacrificio, debería...

—No pienso decírselo, no debe saberlo y no te permito que se lo digas a mis espaldas. —Sonó más como una orden que como una petición—. Si lo supiera, no creo que me lo permitiera, y yo quiero hacerlo por él y por nuestra familia. Hemos sufrido mucho como para perderle ahora a él también. —Con ello estaba seguro de que se refería a la muerte prematura de su madre, que falleció dando a luz a su hermana pequeña.

—¿Y qué será de Ann? —Respiró con pesadez.

—Si todo sale bien, ya cuidará mi padre de ella, pero, si mi ofrenda no es suficiente...

—¡No digas eso! Saldrá todo bien —intenté animarlo.

—Pero, si no lo fuese, quiero encomendárosela. Es muy pequeña, no debe saberlo hasta que pueda comprenderlo. Sé que es pedir mucho, pero...

—No sigas —le interrumpí con seriedad—. Por supuesto que la cuidaremos, haré horas extras si es necesario. En casa somos

muchos, pero no pasará nada por uno más, sobre todo, dadas las circunstancias.

Agus me sonrió y retomamos nuestro viaje a la fábrica. Una vez allí, intenté centrarme en el trabajo y olvidar las palabras de mi amigo. Sabía que suponía toda una honra para su familia que él fuese una ofrenda, pero no podía evitar pensar que lo extrañaría. Eché mentalmente las cuentas para ver cuánto tiempo podría disfrutar de su compañía, pero, para mi desgracia, comprobé que no era mucho, apenas tres días podían restar.

Cuando llegué a casa tras la jornada estaba más abatido que de costumbre, más cansado y dejé caer que no me apetecía cenar, pero mi madre se enfadó y no tenía ánimos para una discusión. Me forzaría a comer un poco y me disculparía para poder marcharme.

—¿Cómo fue tu día en la fábrica? —preguntó mi padre, quien ya estaba jubilado.

Mis hermanos no paraban de hacer ruido y gritarse entre ellos. ¿Acaso no se podía tener un poco de tranquilidad ni en la mesa?

—Bien, padre —respondí a duras penas.

—No pareces muy enérgico. ¿Ha pasado algo en el trabajo?

—Quiso saber mi madre, quien era muy cotilla y tenía la misma habilidad que yo para leer las emociones ajenas.

—No, allí todo está bien.

—Entonces, ¿has tenido algún otro problema? —indagó mi padre.

Mis hermanos no paraban de armar jolgorio y me estaban crispando por momentos.

—No, es por algo que hablé con Agus. Me ha dicho que su padre está muy enfermo, que morirá en cualquier momento —expliqué apesadumbrado.

—¡Pobre hombre! —exclamó mi madre y con una mano se tapó la boca.

—Rezaremos por él.

—Quizás, después de todo pueda salvarse. Agus me ha confiado, y por favor no digáis nada al respecto, y esto va por ti, madre...

—¡¿Yo?! ¿Desde cuándo soy indiscreta?

—Desde siempre, querida. Cuéntanos, hijo. ¡Por favor, callaos! —les espetó a mis hermanos quienes pararon por un momento para retomar la cháchara y griterío a continuación.

—¡Ya está bien! A la cama —les ordenó mi madre y fueron rechistando por lo bajo, dejándonos solos en la cocina. ¡Por fin algo de paz!

—Agus me ha confiado que será la próxima ofrenda en la ceremonia del ángel rojo —expliqué con tristeza.

—¡Pero eso es muy grande, hijo! Deberías estar orgulloso por tu amigo y su padre debería sentirse honrado —comentó mi madre muy contenta. Pero ella era muy devota, así que a ninguno nos extrañó.

—Bueno, pues no digas nada, que no debe saberlo hasta que pase. Es lo que él me ha pedido o no le dejará hacerlo.

—No entiendo por qué, es lo más grande y bonito que un hijo puede hacer por su padre enfermo. ¡Le está salvando la vida!

—Por favor, Martha, eso no es seguro —la regañó mi padre por su entusiasmo y comentario.

—¡Cristóbal! No me digas que no crees que se salvará. ¿Cómo no iba a hacerlo con una ofrenda así? Es un buen chico y muy devoto.

—Pero ¿y si solo es una esperanza ciega y no lo consigue? —cuestioné dolido por la posibilidad.

—¡No blasfemes! —me reprochó airada.— Lo mejor que puedes hacer por tu amigo es darle ánimos y convencerlo de que todo va a salir bien. Si tambalea tu fe, puede que los ángeles se den cuenta y no cumplan con su pedido.

—No lo asustes, Martha —le espetó mi padre.

—Sabes que así es, Cristóbal.

—De todas formas —interrumpí la discusión—, me ha pedido que, si algo saliese mal, que nos encargásemos de Ann.

—Pero ¡por supuesto! —repuso mi madre animada—. Aunque le van a llover ofertas después de la hazaña de su hermano, tendría que ponerlo por escrito.

—Se lo comentaré. ¿Puedo levantarme? No tengo más apetito.

—Claro, cariño. Reza por tu amigo, que no tenga miedo o los ángeles verán que se ha tambaleado su fe, que vaya con devoción...

—No puedes decirle a los demás qué sentir, Martha —la regañó mi padre.

¡Ya estaban otra vez! Últimamente, no hacían más que discutir. Parecía mentira que tuviesen tres hijos si se llevaban así.

No pude dormir aquella noche. En su lugar, me dediqué a darle vueltas a cómo hacerle a Agus el camino lo más fácil posible. Al menos la vigilia me permitió pensar en todo, punto por punto.

Al día siguiente en el trabajo ya lo tenía todo organizado, hablé con los compañeros y estuvieron de acuerdo, nadie puso ninguna objeción. ¡Se iba a alegrar por aquello!

Cuando llegó, le recibimos entre todos y le contamos la gran noticia.

—Hoy no trabajas.

Su cara de estupefacción pedía explicaciones, por lo que procedí.

—Hemos puesto un poco de nuestro sueldo de hoy cada uno para que puedas pasar el día con tu padre sin preocuparte. ¡Ve y disfruta de él! —le comuniqué con una sonrisa.

Tardó unos instantes en procesar aquello y tuvo que contener las lágrimas, pero se marchó contento y seguro, sintiéndose apreciado y querido. No era para menos. Nos dio las gracias incontables veces antes de irse.

Al final de la jornada me lo encontré en la puerta de la fábrica.

—¿Cómo tú por aquí? —pregunté sorprendido.

—Quería invitarte a un trago, ¿vienes?

Me sentí honrado de que quisiera pasar sus últimos días conmigo, así que acepté. Fuimos a una campa que había detrás de una colina cercana al cementerio, era el sitio idóneo para ver las estrellas y la fatídica luna que anunciaba la próxima fecha.

—Lo que has hecho por mí hoy es muy grande.

—¿Cómo sabes...?

—No hay que ser muy espabilado, Mark, solo lo sabías tú — dijo encogiéndose de hombros. Luego, me sonrió mientras me miraba de una forma extraña.

—¿Qué ocurre? —pregunté tras dar un sorbo a la botella de bourbon.

—Solo pensaba en lo afortunado que soy de tenerte, siempre has estado ahí...

—Para, por favor —le pedí—. No vengas con sentimentalismos que me vengo abajo.

—Déjame hacer esto —casi me imploró, así que cedí y le permití seguir con su discurso—. Voy a echarte mucho de menos, amigo, ni te imaginas cuánto.

—Y yo a ti. Espérame en el paraíso, ¿quieres?

—Dalo por hecho. Por favor, no hagas locuras que no te permitan entrar o no sé qué haré una eternidad sin ti. —Ahora sí tenía lágrimas en los ojos.

—Descuida, te perseguiré donde quiera que vayas, hasta al tormento eterno si es necesario para llevarte de las orejas hasta el paraíso —intenté bromear.

—Amigo, necesito pedirte algo más. ¿Podrías ser mi guía?

Llamábamos guía a la persona que entregaba la ofrenda. Era un don reservado para los más cercanos que me comprometía a acompañarle en la ceremonia, salvo el día anterior, que debía de dedicarlo únicamente a la oración en soledad, confinado en el templo.

—Dalo por hecho —acepté con emoción reprimida, pero logré que se alegrase.

—Te quiero —confesó cohibido, se acercó a mí y me besó.

Fue mi primer beso y, sinceramente, esperaba que hubiera sido con una chica, pero no quise romperle el corazón así y preferí tomármelo como un último regalo suyo. Fue un beso más o menos largo que reconozco que acabé disfrutando. Cuando terminó reposó su cabeza en mi pecho y nos quedamos en silencio viendo las estrellas.

Por desgracia el tan temido día llegó y desde bien pronto me reuní con él en el templo. Traía conmigo un nudo en el estómago que no me abandonaba desde que me había comunicado la noticia.

Mi madre me recordó que, si quería ayudarlo, debía de mostrarme tranquilo y rezar por él, así los ángeles verían que éramos gente devota y se apiadarían de su padre. No quería arriesgarme a que su sacrificio fuese en vano, por lo que recé en mi interior todo el camino, aguantando mis ganas de llorar, esperando que no lo tuviesen en cuenta los ángeles, más bien que lo vieran como un gesto por alguien querido.

Cuando me vio, me recibió con una sonrisa y los ojos iluminados, enmarcados por unas notorias ojeras. Al parecer, no era el único que había tenido problemas para conciliar el sueño.

—¿Cómo estás? —le pregunté nada más verlo y lo abracé al llegar.

Al contrario que él, yo no era muy de abrazos, pero estaba más que justificada la excepción.

Iba ataviado con una toga sagrada, aquella que llevaban todas las ofrendas, de un característico rojo vino. Le sentaba muy bien aquella tonalidad, pero me cortó la respiración solamente por el significado que traía consigo. No era una sorpresa en realidad, todos vestíamos siempre de colores claros, moviéndonos entre distintos tonos de blanco y, como mucha variación, el amarillo, que se correspondían con los colores sagrados. También lo era aquel rojo, con la salvedad de que solo lo portaban las ofrendas en la ceremonia.

—Impresionado, ¿eh? —comentó seguramente al verme la expresión—. Me muero de hambre, yo quitaría el maldito ayuno y pondría un banquete a las ofrendas.

—Se supone que es para que te presentes ante los ángeles lo más vacío y puro posible —respondió la voz apacible del mago supremo, nuestra figura pública más importante.

Ambos hicimos una reverencia al verlo, como marca nuestro culto.

—¿Tenéis el corazón tranquilo, hijos? La ceremonia comenzará pronto. Deberías vestirme con los atuendos del guía, joven. Ven conmigo.

Me guio hasta una estancia del templo y abrió un armario donde reposaba una toga de colores blanco immaculado y dorado, similar a la suya, pero con las tonalidades invertidas. Me la puse sin chistar, en silencio y con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Sentí por un momento que me ahogaba cuando volví con ellos y cogí su mano antes de que comenzara la orquesta a sonar, indicando el comienzo de todo aquello.

Como en cada ceremonia, asistió todo el pueblo menos las personas demasiado enfermas, como era el caso del padre de Agus, quienes estaban exentos de ese deber al comprender su situación. En esos casos, el mago supremo se encargaría de visitarles personalmente tras la ceremonia.

Celebrábamos la Luna Azul, que era una misa que teníamos cada poco, cuando la luna estaba completamente redonda, momento en el que el camino al paraíso se volvía directo y se garantizaba que tu alma se reuniría con los ángeles, pues vendrían a buscar su ofrenda. Dicha ofrenda podía ser voluntaria, en cuyo caso la persona que ejercía de ofrenda pasaba a demostrar con su fe y obra que era digna de que los ángeles le concedieran su gracia antes de llevarla con ellos al paraíso. De no haber ofrendas voluntarias, se echaba a suertes y se lograba con el sacrificio la prosperidad de la ciudad, ya que era el requisito que los ángeles habían impuesto para ayudarnos porque necesitaban almas en sus filas para luchar contra los demonios. Si ellos perdían la batalla, nosotros estaríamos perdidos a nuestra suerte, y todos sabíamos que la vida era muy cruel sin su amparo.

La orquesta paró.

—Hijos míos, nos hemos reunido para honrar a nuestros salvadores, a nuestros guías de luz que tanto nos cuidan en los momentos de oscuridad —empezó el mago supremo, así que intenté tragar saliva, pero no lo conseguí, ya que tenía la boca seca y pastosa—. En este día tan sagrado, cuando la luna se forme por completo, el alma de nuestro hermano estará en el paraíso con los ángeles, nuestros queridos guardianes. —Ante estas palabras, la ciudad entera se arrodilló como muestra de fe y devoción.

—Agárrame fuerte la mano o saldré corriendo sin mirar atrás —me susurró Agus mientras lo notaba temblar.

Era la primera vez que tenía el honor de ser guía, pero nunca hubiera imaginado lo duro que sería en realidad.

Unas niñas pequeñas vestidas de blanco nos rodearon y empezaron a lanzar pétalos de rosas blancas y amarillas como correspondía. Dieron un par de vueltas y comenzaron su camino hacia el mago supremo, dejando tras de sí un camino salpicado de blanco y amarillo. Entonces le rodearon a él también y se dispersaron a izquierda y derecha, todo mientras el resto nos manteníamos arrodillados en silencio.

El mago supremo nos hizo un gesto para que avanzásemos con paso firme, pausado y mudo, hasta colocarnos a su altura.

—Hoy tenemos un alma buena que viene voluntariamente a honrar a nuestros protectores. Hoy nuestro hermano Agustín gozará del don de nuestros benefactores y pasará a formar parte de sus filas en la gran batalla por el paraíso. Porque está escrito en el sagrado libro que el ángel rojo se presentó y habló del paraíso, de la transcendencia a la inmortalidad, pues esta vida solo es un mero

tránsito, una vía hasta la vida eterna, y no hay más gozo que vivir esa nueva vida con nuestros antepasados y nuestros guardianes y combatir codo con codo por las mieles del paraíso.

Sentí que me ahogaba, aquel hombre hablaba con su voz pausada y suave, pero, lejos de sentirme calmado, no podía evitar temer lo que venía.

—Ven, hijo mío, ponte frente a tus hermanos —le indicó, a lo que accedió en silencio, tras soltar mi mano.

Había en la escena una especie de banco al que llamábamos altar entre ellos dos. Agus se giró hacia el público, quienes lo honraron con una reverencia.

—Nuestro hermano Agustín va a emprender un gran viaje hoy, así que rezad por él para que vaya en paz y no tema nada. —Cedió entonces unos momentos para que los presentes nos dedicásemos a la oración, instante que aproveché para mandarle mis buenos deseos y contener el llanto—. Pero no temáis por él, enjugad vuestras lágrimas porque va a dejar su cáscara aquí. El resto de su ser, el verdadero Agustín que conocéis, irá a un lugar mejor y podréis reuniros con él cuando vosotros mismos trascendáis. Querido Agustín, recuéstate en el altar y dime tu deseo para que los ángeles puedan oírlo.

—Deseo que curen a mi padre, señor. —Si lo conocieran como yo, sabrían que tenía miedo, que estaba nervioso ya antes de tumbarse.

—Gran deseo, hijo. —Entonces hizo un gesto a una de las niñas de antes, quien se acercó con el cuchillo sagrado propio de la

ceremonia—. Ahora estate en calma, pues pronto se te concederá tras tu gesto.

Tras esto y con mi corazón atascado en la garganta, con un movimiento rápido, el mago supremo cortó el cuello de Agus, quien empezó a sangrar a borbotones. Después, otra niña se acercó con un cuenco donde recogió la sangre que caía por uno de los laterales del altar. Oía cómo intentaba esforzarse por agarrarse a la vida y me sentía envuelto por mil serpientes, solo deseaba que su sufrimiento acabase pronto. El mago supremo se tomó un momento para beber la sangre de Agus y le volvió a ceder el cuenco a la niña, quien por fin se retiró.

—Oh, venerables ángeles, guiad a nuestro hermano con vuestra luz y bondad y acogedle en vuestro seno —manifestó finalmente con los brazos levantados antes de clavarle el cuchillo en el corazón.

Intentaba enjugar mis lágrimas mientras todo el mundo guardaba silencio escuchando las palabras ceremoniosas del mago supremo que yo ya ni escuché ni oí.

El pecho de mi amigo dejó de moverse al cabo de poco rato. Agus se había ido, como las lágrimas que no pude contener por más tiempo en mis ojos.

AUSENCIA

La vida sin Agus pasó a ser un tanto más oscura y solitaria. Creo que hasta el momento no me había dado realmente cuenta de todo el tiempo que pasábamos juntos, desde las misas de cada mañana y las horas en el trabajo hasta nuestro tiempo libre. Claro que tenía más conocidos y amigos, pero con ninguno pasaba tanto tiempo o tenía la misma conexión. Últimamente, se añadía al vacío que sentía que los demás se acercaban a mí por pena tras la ceremonia que no salía de mis pesadillas, así que acabé tomando la determinación de alejarme de la gente. En realidad, no fue por tener algo en su contra, sino porque detestaba que me tuviesen lástima. Prefería que compartiesen su tiempo conmigo por gusto, por cómo era yo y no porque ahora me encontrase solo.

Me acabé convirtiendo en un ermitaño que iba a misa por la mañana temprano, a la fábrica y a cuidar de la familia de Agus. Lo peor con diferencia fue cuando acudí con el mago supremo a darle la noticia a su padre. No había visto en toda mi vida a alguien tan deshecho por el dolor, por muchas palabras de aliento que le diese nuestro guía espiritual, por muy honorable que fuese su sacrificio. Creo que tanto él como yo lo único que veíamos era que se había ido de nuestro lado, que nunca volvería a este lado. Poder verlo después de trascender era un aliciente, pero, por el momento, nos tocaba añorarlo.

Con el tiempo acabé teniendo largas conversaciones con su padre, al menos en los días que parecía estar mejor, supongo que comprendíamos bien cómo se sentía el otro y el dolor nos acabó

uniendo. Me partía el corazón cada vez que Ann preguntaba por su hermanito, ninguno sabíamos muy bien qué contarle o cómo y, al final, acordamos mentirle piadosamente. Le contamos que el mago supremo necesitaba su ayuda en el templo y, por eso, ahora vivía allí. Apenas tendría cinco o seis años, así que se lo creyó fácilmente. Cuando los ángeles cumplieran con su petición le contaríamos lo sucedido.

No obstante, pasaron más Lunas Azules, hubo más ofrendas voluntarias, pero la salud del padre de Agus no parecía mejorar más allá de los días buenos, que cada vez escaseaban más. Nuestras largas conversaciones acerca del mundo, de la vida, la muerte, del paraíso y del tormento eterno fueron apagándose poco a poco como su vida, como una vela que cede a la oscuridad. Acabó muriendo no mucho tiempo después de la partida de su hijo, destino que ambos temíamos, pero, viéndolo de otra forma, al menos dejó de estar ahogado por su enfermedad para ir junto a su querido hijo. Ahora serían felices en el paraíso junto a la madre de Agus y esperarían allí a Ann, quien ojalá tardase mucho, pero mucho, tiempo en llegar.

Fui yo quien recogió a la pequeña aquel fatídico día para que cogiese sus cosas y luego fuésemos juntos a la ceremonia de despedida de su padre. Como era natural, ella no dejó de llorar desde el momento en el que me vio abrir la puerta. Fue quien se lo encontró por la mañana y, como era lógico, no entendía por qué no se movía ni le hacía caso y se asustó por encontrarlo tan frío. Ningún niño pequeño debería ver algo así.

—¿Dónde está Gus Gus? —me preguntó entre sollozos.

Respiré hondo, estaba lejos de saber manejar aquella situación. ¿Cómo explicar a alguien tan pequeño que su padre y su hermano se habían ido?

La gente nos miraba al pasar por la calle con lástima hacia la pequeña y yo, por mi parte, no podía dejar de culparme. ¿Y si yo no hubiese tenido miedo en la ceremonia de Agus? ¿Fue por mi culpa que su fe quedó en entredicho? ¿Por mí su padre no mejoró? Aquella posibilidad, junto con los recuerdos del ritual, martilleaba mi cabeza cada noche.

—Luego te lo explico, Ann, espera a que lleguemos.

—Quiero saberlo ahora. ¿Gus Gus no se asustará cuando vuelva a casa y no vea mis cosas? —preguntó con toda su inocencia, resquebrajando mi máscara de seguridad y firmeza.

Cruzamos por fin la puerta de la entrada, donde me recibió mi madre. Era evidente que ya media ciudad debía saberlo.

—Oh, cariño, ya me enteré de todo —habló nada más verme.

—Pues, por favor, intenta no decirlo en voz alta, hay ropa tendida —dije a modo de que comprendiese que era mejor no comentar nada delante de la pequeña.

Fue tan torpe como para depositar los ojos en ella, no obstante, intentó arreglarlo con un saludo amistoso.

—Alguien debería contárselo todo, cariño.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? ¿Por qué no puedo ver a Gus Gus? —empezó a ametrallarnos a preguntas una nerviosa Ann al entender seguramente que no contaba con la información que teníamos.

¡Maldición! No tenía apenas edad para tener mi propia hija, ¿cómo iba a explicarle nada sin romper su diminuto corazoncito?

—Yo me encargo, Mark —intentó calmarme, al verme tan agobiado y puso su mano en mi hombro con cariño mientras cambiaba su tono a uno más delicado—. Voy a hacer chocolate calentito y charlamos juntas, ¿te parece? —propuso a continuación con voz dulzona, una propuesta que pareció aplacarla por el momento.

Hice mi propio ejercicio de mutis llevando sus pertenencias a la habitación de mis hermanos pequeños, aunque había que comprar una cama para ella y seguramente redistribuirnos como pudiéramos, era una medida temporal. Respiré hondo, deseaba acabar con aquello, apenas podía asimilar los sucesos transcurridos en tan poco tiempo, así que ni podía imaginar lo complicado que debería de ser para la pequeña. Acababa de perder lo poco que quedaba de su familia. Podíamos acogerla, por supuesto, pero eso no evitaría que los echara de menos.

Encontré a mi padre en su estudio leyendo, por lo que pasé de largo para no molestarlo; los canijos armaban el caos y jaleo habituales en el jardín, desconocía a qué jugaban, pero me paré a disfrutar un momento de sus vocecillas chillonas. Era curioso cómo algo que tendía a molestarte, ahora, con el peso de la muerte a mis espaldas, sonaba como música. Si lo pensaba, era afortunado. En mis años de existencia nadie de mi familia había sido ofrenda o había muerto de alguna manera fuera de nuestra fe, no había experimentado esta sensación de ausencia hasta la partida de Agus. Me preguntaba cómo podían vivir los demás con ello, sentía que podía ahogarme dentro de mí mismo por todas las lágrimas que

no era capaz de soltar en público, que el suelo a mi alrededor había desaparecido y mi gran amigo estaba tan lejos que no podía alcanzarle.

De pronto, recordé que tenía que avisar del porqué de mi ausencia en el trabajo, ya que me largué pitando una vez recibí la llamada de mi padre en la fábrica. Fui al salón, donde se encontraba el teléfono de la familia, y marqué.

—¿Diga? —contestó la voz del jefe al otro lado, instantes después.

—¿Rodrigo? Soy Mark.

—Hola, ¿qué ha pasado al final? —No me sorprendía que no estuviese enterado, aquel hombre ocupado casi nunca salía de su oficina.

—Jacinto ha muerto. Al parecer, su hija llamó a casa y mi padre me llamó a mí porque la fábrica está más cerca y él estaba con mis hermanos pequeños. Ya lo he notificado y se lo llevaron para preparar la ceremonia, pero la pequeña va a quedarse con nosotros.

—Entonces, ¿la vais a adoptar? —Quiso saber. No era muy cercano con los trabajadores, pero su tono de preocupación no parecía fingido.

—Es lo que Agus me pidió, tampoco podemos dejarla sola y a nosotros ya nos conoce. Mejor que cualquier otro...

—Comprendo. —Se quedó mudo por unos instantes, como pensando—. Mira, si me haces el papeleo y me lo mandas lo antes posible, te cedo tres días para que os dé tiempo a adaptaros y demás, aunque solo puedo pagarte uno y medio.

Me sorprendió muchísimo su gesto, quizás porque Jacinto trabajó en esa misma fábrica, pero que quisiera no solo concederme los días, sino además pagarme no era lo habitual.

—¡Gracias, señor! Los tendrá en cuanto pueda.

—Sí, sí. Te dejo, chico, que estoy liado. —Iba a colgar cuando me sorprendió de nuevo—. ¡Ah! Y ánimo.

—Gracias, señor.

Respiré un poco aliviado, seguro que mi padre sabía qué trámites eran y se encargaría. Al menos, contaba con algo de margen para reorganizarnos en casa y que no nos faltase mucho dinero. Ahora necesitábamos más que antes. La paga de mi padre no daba para mucho, pero mi madre aún no cumplía con los requisitos para jubilarse y trabajábamos los dos para traer comida a casa mientras mi progenitor se encargaba del hogar y los canijos. Decidí entonces que lo mejor que podía hacer por el momento era ir a comprar una cama para la pequeña, así me despejaría un poco.

—Cariño, ¿te vas? —preguntó la cabeza asomada de mi madre por un lateral de la pared.

—Sí, voy a por una cama para Ann.

—Le va a hacer falta un vestido para esta tarde —comentó haciendo referencia a la ceremonia de despedida.

Mi corazón se encogió al recordarlo.

—¿Crees que es buena idea? Aún es pequeña...

—Ya le he explicado algunas cosas, así que ya entiende lo que ha ocurrido, pero no tiene un vestido azul cielo. ¿Puedes ir con ella a comprar uno?

Dudaba mucho de que hubiese comprendido todo lo que conllevaban los acontecimientos, pero me lo callé y simplemente accedí a su petición.

Por la calle Ann iba cogida de mi mano con delicadeza mientras caminábamos, todo el rato en silencio, como surcando sus pensamientos. Cuando por fin llegamos al establecimiento más cercano, me paré para comentar con la chica de la caja lo que buscábamos y esta posó con lástima su mirada en la pequeña antes de guiarnos en la compra.

—¿Cuántos años tienes, bonita?

La miró un momento y sacó seis de sus delgados deditos, doblando el resto.

—Vale, pues vamos por este pasillo. ¿Quieres uno sencillo o...?

—Pero voy a cumplir siete mañana —la interrumpió.

Sabía que no debía hacerlo, pero maldije a los ángeles en mi interior. ¿Quién deja morir al padre de una pequeña antes de su cumpleaños? ¡Desgraciados!

Los ojos de la dependienta tenían la palabra compasión tatuada, pero parecía hacer un esfuerzo para no hablar de más ni hacer preguntas. Nos sacó tres que le gustaron y se probó, de un color que, por desgracia, le sentaba bien. Sin embargo, esperaba que nunca más lo volviese a usar, ya que era el destinado para los familiares de los fallecidos en sus ceremonias de despedida.

Antes de pagar el que Ann escogió, la dependienta tuvo el amable gesto de hacernos descuento por el cumpleaños de la pequeña. Tardamos mucho menos en la compra de la cama y, tras encargarnos que la llevaran a casa, nos topamos con la noticia de que no la tendríamos allí hasta el día siguiente, por lo que se nos acumulaban los problemas.

«No pasa nada», me dije con intención de relajarme, «nos apañaremos de alguna forma».

Cuando regresamos ya era hora de prepararse para la ceremonia. Iba a ser la primera de la pequeña, así que mi madre le explicó la importancia del vestido nuevo y lo que tenía que hacer. Parecía estar respondiendo bastante bien a las nuevas circunstancias, aunque quizás lo que ocurría era que estaba demasiado confusa todavía.

La ceremonia tuvo lugar por la tarde/noche, algo antes de que el sol se pusiese para que durase como el ocaso, simbolizando esta vida que se ocultaba y la nueva que emergía. El camino hacia el féretro estaba surcado por velas que iluminarían su paso en la oscuridad.

Nos sentamos en la primera fila para ver todo con claridad como a mi madre le gustaba. Antes de llegar, había pasado por la floristería para coger el ramo que Ann debía dejar sobre el ataúd de su padre a modo de despedida y buenos deseos.

—Hijos míos, estamos reunidos aquí, donde hoy nos deja un hermano, sangre de nuestra sangre, que ha luchado con fuerza y

valor contra su enfermedad, pero que, al final, ha sucumbido — empezó su sermón el mago supremo—. No obstante, no es momento para la tristeza, sino para el gozo, pues, aunque la fe de su hijo no pudo salvarlo, ahora estarán juntos en el paraíso.

¿Cómo se atrevía?! Agus era un buen creyente y una persona excepcional. ¿Cómo podía decir algo así cuando despedíamos a su padre poco tiempo después? Estaba seguro de que prácticamente ni los conocía. ¿Cómo tenía el atrevimiento de hablar así de él? Mi sangre estaba en ebullición, pero no era momento ni lugar para armar un alboroto. Además, se me echaría la ciudad encima por las blasfemias que estaba seguro de que pronunciaría.

Decidí que lo mejor era no escuchar sus palabras o acabaría saltando con algún impropio. En su lugar, me puse a pensar en los momentos con Agus y su familia, esa era la forma correcta de honrar su vida, no poniendo en duda su fe. Un rato después mi madre guio a la pequeña Ann hacia el féretro y juntas dejaron el ramo sobre él.

—Ahora pues, vamos a dedicar una oración a nuestro hermano para que la escuche allá donde esté y le dé fuerzas en su nuevo viaje —anunció el mago supremo con solemnidad antes de dejar pasar unos instantes que aproveché para orar por ellos y nuestra nueva miembro de la familia. Luego prosiguió—: Jacinto, te fuiste para reencontrarte con tu hijo antes de lo que esperábamos. Ahora enviaremos tu cáscara al abrazo de la tierra mientras tu verdadero ser vuela con los ángeles. —Tras pronunciar estas palabras, pulsó el botón que activaba la maquinaria que hizo descender la caja con sus restos hacia el agujero que lo recogería durante muchos años.

Se me hizo un nudo en la garganta solo de pensar que ahí podría acabar yo en un momento incierto del futuro. Terminada la despedida, el resto de la familia quiso volver a casa, pero yo necesitaba despejarme después de aquello. Seguí un consejo que mi padre siempre decía: «Cuando tu cabeza esté llena de dudas, busca tu camino en la fe o el conocimiento». La fe en ese momento me tenía algo crispado, por lo que recurrí al conocimiento y tomé rumbo a la biblioteca. Aquel edificio solía traerme paz, como mínimo por el silencio que lo envolvía, tan solo roto por el sutil sonido de los engranajes cuando accionabas el mecanismo que tenían las estanterías para mover sus estantes, dejando todos al alcance de cualquiera independientemente de su tamaño.

Entré en la estancia y crucé el pasillo de baldosas decoradas con estatuas de ángeles a los lados rumbo a la recepción. Aquellas imágenes sagradas eran de hermosos humanoides con alas de pájaro que leían, escribían o tocaban algún instrumento musical, representando cada uno algún tipo de arte. Cuando por fin llegué al mostrador, me encontré con unas esferas colgantes que danzaban en el aire con calma, sutileza y sigilo, adornando la estancia y simulando los distintos planos en los que viviría nuestra alma. Como no había nadie para atenderme, decidí viajar solo hacia donde quisiera que me llevase mi afán de conocimiento. Pasé de largo por las categorías de historia, religión, ética, biografía y me acabé centrando en ciencia e investigación, para detenerme a ojear los numerosos volúmenes.

No sabía exactamente qué buscaba; quizás un por qué a la vida y la muerte, quizás un consuelo o un cambio total de tema. Vagué por varios tomos, leyendo unos y otros y descartándolos

rápido para finalmente dirigir toda mi atención a uno sin título, una especie de cuaderno de cuero con alguna que otra ornamentación floral. Lo ojeé por encima, parecía una especie de diario de investigación con anotaciones y dibujos. Nunca supe qué me cautivó en realidad, pero lo recogí, me dirigí a una mesa y comencé a leer.

Día uno del experimento Más allá.

No sé realmente qué me ha empujado a probar esta locura con S, puede que la estupidez de la juventud y su creciente depresión que se empeña en negar por mucho que le pido que busque ayuda. Me ha propuesto esta idea demencial y no he podido decir que no. Quizás le ayude después de todo. Quiere ver a los ángeles para pedir una gracia directamente, sin convertirse en ofrenda. Dudo mucho que tengamos éxito, pero, si al menos le trae la calma y puede obtener respuestas, me presto a ello, como mínimo para que no se le vaya la mano intentándolo por su cuenta.

La idea general es provocarle un estado cercano al fallecimiento para comprobar si basta con ello para gozar de su presencia o si se precisa estar muerto para ello. Los escritos sagrados rezan que nuestro mago supremo murió en el pasado, mas al ser tan bondadoso, y tal y como estaba nuestra sociedad en crisis moral, un ángel le concedió una segunda oportunidad para que nos guiase con su mensaje. El libro dice que son de otro plano, uno que solo alcanzamos con la muerte, por ello, no podemos verlos y es lo primero que deseamos probar. La siguiente parte sería la impensable de tratar de hacer tratos con ellos sin que medie nuestro guía espiritual, pero por razones lógicas la dejaremos para después.

Aquello sonaba completamente de locos. ¿Que iba a matar a su amigo? No obstante, me interesaba lo que pudiese contener y cómo salió todo, a fin de cuentas, si estaba en la biblioteca sería porque llegaron a alguna conclusión. Continué mi lectura. Al parecer, la base de sus prácticas residía en que uno le infundiría un estado lo más cercano posible a la muerte a otro y luego el compañero lo reviviría antes del fatídico final, anotando sus

experiencias. Tuvieron varios intentos antes de lograr algo, por lo visto, relatando y plasmando en gráficas mediante dibujos las distintas formas en las que procedieron.

Día 37 del experimento Más allá.

¡Por fin tenemos algo! Aún no me lo puedo creer, estaba por tirar la toalla, pero S me suplicó un intento más y no pude decirle que no. Esta vez usamos la práctica del desangrado, cuando vi que la cosa se ponía fea intervine como siempre, cortando la hemorragia y cosiendo después. No nos había dado resultado las otras veces, quizás porque en esta ocasión esperé unos segundos más a petición suya. El caso es que hemos establecido más o menos el punto clave para tener contacto. Tal vez no sea seguro, pero con futuras pruebas podremos confirmarlo. En definitiva, ¡ha dado resultado! S vio a uno.

—Jovencito, la biblioteca está cerrando —me interrumpió una señora de avanzada edad, sobresaltándome.

—Disculpe, me he distraído. ¿Podría llevármelo? —pregunté haciendo alusión al libro.

La señora lo recogió de mis manos y lo examinó un momento.

—¿De dónde lo has sacado? No está clasificado, no es de aquí.

—De la estantería de ciencias e investigación, parece un cuaderno de anotaciones —observé.

Se quedó un instante pensando en mis palabras.

—Quizás alguien lo haya dejado, no sería la primera vez en esa categoría, por algún experimento que no se les haya acreditado,

pero se empeñan en que lo vea el mundo.

—Entonces, ¿me lo puedo llevar? —insistí con impaciencia y expectación.

—Tengo órdenes en estos casos de retirarlos y destruirlos. En fin, un trabajo menos para mí, así que no hay problema por mi parte —repuso encogiéndose de hombros.

Caminé hacia casa contento por la suerte que acababa de tener y algo sorprendido por las prácticas de algunos para que sus obras llegasen a alguien. Cuando crucé la puerta reinaba el silencio y la oscuridad, por lo que deduje que ya estarían durmiendo todos, así que me dirigí a mi habitación con intención de continuar mi lectura. Cambiada mi ropa, me dirigía a la cama cuando oí un suave repiqueteo en la puerta. Al abrirla me encontré a Ann.

—No puedo dormir. ¿Puedo estar contigo? —preguntó con un hilito de voz que cautivó mi corazón.

—Claro —accedí con una sonrisa y la invité a entrar.

Se sentó sobre mi cama y la acompañé haciendo lo mismo al lado.

—¿Hay algo que te preocupe?

—Creo que no entiendo muchas cosas. Martha me ha contado que papá estaba enfermo y que Gus Gus se ofreció para salvarlo. Pero ¿a quién se ofreció?

—A los ángeles.

—¿Qué son? —Quiso saber con curiosidad.

—Son criaturas que no podemos ver y que están en otro plano. Solo los vemos cuando morimos, pero nos protegen de los

demonios y los problemas.

—¿Y cómo lo sabemos si no podemos verlos?

—Es que hay alguien que sí puede. ¿Viste al señor que hizo la misa? Él es el mago supremo, el libro sagrado dice que murió, pero un ángel vino y le resucitó para que nos trajera su mensaje, para que supiésemos de ellos y fuéramos por la vida por un camino más correcto —repetí de memoria.

—¿Y cómo son?

—Son como nosotros, pero mucho más bonitos. Ellos, además, tienen alas de pájaro y pueden volar.

—¿Y qué son los demonios?

—Son unas criaturas muy feas, enemigas de los ángeles y nuestros, se encargan de que las cosas malas pasen.

—Entonces, ¿Gus Gus ha muerto porque quería hablar con un ángel? —cuestionó con toda la inocencia del mundo.

—Algo así. En realidad, quería pedirles un favor, pero eso te lo conceden a cambio de que te vayas con ellos, necesitan gente para pelear contra los demonios.

—¿Y por qué papá no ha mejorado? Ellos no han cumplido, Gus Gus sí —reprochó con un tono de ofensa, por otra parte, totalmente justificado.

—No siempre es tan sencillo, igual no les ha dado tiempo a curarlo —repuse para no soltar las sandeces que se dijeron hacía unas horas.

La pequeña pareció surcada por un escalofrío, lo más probable era que de sueño, dado el cálido clima, pero se metió bajo las

mantas.

—Entonces, ¿no volveré a ver a papá ni a Gus Gus?

—Cuando te hagas muy muy mayor podrás volver a verlos —
expliqué intentando no pensar en que ella también pudiese morir—.
Por eso, ahora vives con nosotros.

—Pero yo quería vivir con ellos. ¿No puedo ir con ellos ahora?
—cuestionó y acto seguido bostezó.

—Por ahora no, es muy pronto.

No tardó en dormirse, así que decidí apagar la luz y subir al
tejado con el cuaderno y una linterna para leer la continuación.

EXPERIMENTO

... S ha visto a uno. Creo que no llegó a establecer contacto o a hablarle, pero estaba bastante asustado. Me llevó como media hora calmarlo antes de que pudiese tan siquiera decir una palabra. Transcribo lo que me describió e intentaré hacer un dibujo aproximado a continuación:

«No te lo vas a creer, yo aún no me lo creo... ¿Recuerdas las estatuas e imágenes que tenemos en el templo? Pues no era nada parecido. Tenía alas, sí, pero huesudas y rotas, no entiendo cómo podía volar con ellas. También tenía forma humanoide, pero no era como un humano, era muy delgaducho; caminaba encorvado, como si le pesara la cabeza, y parecía un montón de huesos y piel. Tenía unas garras con tres dedos que acababan en uñas afiladas y una cabeza monstruosa. No tenía ojos... y aun así se me acercó. Entonces me trajiste de vuelta».

Había a continuación un dibujo tan bien elaborado y cuidado como los anteriores. Viéndolo de noche y a la luz trémula de la linterna resultaba aún más espeluznante. Un escalofrío me sacudió. ¿Qué diablos era eso? ¿De verdad lo había visto? Debía seguir leyendo.

Por supuesto, mi afán por la ciencia no me permitió creerme algo así de buenas a primera. Aún se desconoce mucho acerca de

la muerte y sus episodios anteriores, por lo que fácilmente pudo ser una visión que él mismo provocó en su mente. Debíamos investigar más. No obstante, consensuamos un descanso de una breve temporada antes de proseguir.

Día 38 del experimento Más allá

S ha estado algo inestable anímicamente desde que hicimos la última prueba. No puedo culparlo, aún está intentando entender y procesar lo que vio. Por desgracia, tuvo la brillante idea de ir por su cuenta a pedir consejo espiritual al mago supremo. Desde luego, no le habló de nuestros encuentros ni nada, solo acudió para pedir información sobre los ángeles, el otro plano y demás. Le ha insistido en que tienen el aspecto que conocemos de sobra y cuando le ha comentado ligeramente sobre lo que vio, le explicó que esos no eran ángeles, sino demonios. Creo que es una respuesta sospechosa, más que nada por la actitud que me relató, pues según él se mostró reacio a contestar nada más.

Ahora solo sé que S está inquieto y yo desbordo de intriga. ¿Será la primera persona que le ha preguntado acerca de esos seres? ¿Por qué se le apareció un demonio en vez de un ángel si estamos bajo su protección? ¿Qué criterio hay para que se muestre uno u otro? Demasiadas preguntas...

Día 39 del experimento Más allá

S está buscando respuestas desesperadas en su fe, yo he preferido la practicidad y estoy intentando obtenerlas de lo real, de investigaciones de otros, de libros históricos, biografías, etc.

¿Siempre existieron los ángeles? ¿Por qué solo sabemos de ellos desde hace un tiempo? ¿Tan mal vivíamos sin ellos? Últimamente no hemos repetido ninguna práctica y, sinceramente, no sé hasta qué punto sería buena idea seguir con esto por el momento. S está cada vez más intranquilo, me preocupa.

Día 40 del experimento Más allá

Ha pasado bastante tiempo desde la última vez, S ha venido desquiciado pidiéndome otra prueba. Tenía un aspecto horrible, me dijo que ya no duerme y casi ni come, que necesitaba saber más. Yo me retracté por completo y le expliqué que no me parecía buena idea hacer una prueba con él en ese estado, pero me ha asegurado que la haría conmigo o sin mí. No alcanzo a comprender cómo espera traerse de vuelta, pero le creo tan loco y desesperado como para cumplir lo que promete, así que pensé que lo mejor sería que probase sin riesgos. Le llevé más o menos hasta el mismo límite de la última vez, solo que en esta ocasión intentó hablarles. Dijo que quería saber si se presentaría el mismo ente o si, por fin, podría contactar con un ángel. Ahora solo quería preguntarle qué era y por qué no había venido a por él uno de nuestros guardianes.

Al parecer, se le ha aparecido el mismo tipo de criatura. Me comentó que lo olfateó por un momento mientras él le hablaba, pero no le respondió a nada para cuando lo traje de vuelta. Se frustró conmigo por hacerle regresar tan pronto, pero temía que fuese demasiado tarde por el hecho de esperar unos instantes más. ¿Qué esperaba que hiciese? Prácticamente me exigió que lo repitamos,

pero le pedí tiempo para que su cuerpo pudiera reponerse. Tardé, pero logré hacerle entrar en razón.

Ahora quiero plasmar mis dudas e impresiones.

Siento que se está obsesionando demasiado con el tema, no sé si por los motivos personales que le llevan a probar todo esto, por su fe o por las experiencias cercanas a la muerte que puedan estar haciendo mella. Veo que cada vez tenemos conversaciones más sombrías, es como si hubiese perdido el foco y simplemente vagase en busca de respuestas. Por otro lado, ¿con qué nos estamos encontrando? ¿Cómo sabe el mago supremo qué es un demonio si él solo vio a un ángel? Es más, ¿por qué ha insistido en que no preguntara nuevamente sobre el tema? En el caso de ser un demonio, ¿aparece porque no hay mediación de nuestro guía espiritual y los ángeles solo se dejan ver si está presente? Tantas preguntas...

Día 41 del experimento Más allá

He metido la pata, no debí hacer caso a las exigencias de S para que le diese más tiempo. Prácticamente lo he matado, no lo traje de vuelta a tiempo. Soy lo peor.

Maldición, lamentaba mucho la suerte que había corrido S, habían llevado aquello demasiado lejos por obtener respuestas. Supuse que había que tener cuidado y parar el exceso de curiosidad a tiempo, más si cabe, cuando juegas con la vida y la muerte.

Pasé la página, solo había una anotación más y el resto estaba en blanco.

A quien esté leyendo esto:

He estado pensando mucho desde que empecé este experimento e investigando a partes iguales. Creo que no llegué al punto de perder la cordura todavía, pero me gustaría hablar con alguien de todo lo que descubrí, pues creo tener algunas respuestas a ciertas preguntas.

Si has leído hasta aquí, creo que tienes la mente lo suficientemente abierta como para tener esta conversación. Voy a estar cada atardecer en el bar de Pit. Si vienes, trae este diario bajo el brazo, así sabré quién eres.

Nos vemos.

V

¿Acababa de pedir que nos viésemos? Me preguntaba cuáles serían sus últimos descubrimientos y por qué no los había escrito en el cuaderno. Reconozco que mi curiosidad era más grande que yo en aquellos momentos y ansiaba saber más, conocer a esta persona y preguntarle muchas cosas. Tras unos instantes de reflexión me decidí a ir, tenía tantas ganas que no podía esperar por el ocaso.

Sin embargo, debía dormir y mi ansiedad y emoción me lo impedían, así que decidí hacer algo útil y pensar en una sorpresa de cumpleaños para Ann. La cama y el vestido ya habían supuesto un gasto extra, por lo que pensé en utilizar algo que ya tuviéramos.

Acabé llegando a la conclusión de preparar alguna comida especial para todos, por lo que me decidí a hacer galletas intentando provocar el mínimo ruido posible.

Agotado al fin, me fui a dormir poco antes de que amaneciese. Me despertó con sobresalto la pequeña Ann, quien parecía emocionada con la sorpresa, tanto que me metió una galleta de golpe en la boca para que comprobase lo deliciosa que estaba. Al menos la había hecho feliz por un momento.

Fue duro esperar hasta el atardecer, más que nada por el hecho de mantenerme despierto después de lo poco que dormí, pero ahí me encontraba finalmente, frente a la puerta del bar de Pit, un tugurio como pocos del casco antiguo de la ciudad. Daba un poco de mala espina el reunirse en un lugar así, pero no tenía opción si quería saber más. Tenía el presentimiento de que V podría ayudarme más que el mago supremo.

El garito era de lo más peculiar y podría haber sido un verdadero éxito de no ser por la gente de moral cuestionable que lo frecuentaba, aquellos que estaban al límite de cruzar la línea de la paciencia de nuestro guía. Tenía el aspecto de un submarino, con muchos tubos por todas partes y trozos extraños de maquinaria. El techo estaba pintado de forma que parecías estar bajo el agua, con una gran lámpara de cristal en medio de la parte superior de la estancia que simulaba ser una ballena. Era curioso ver que dentro de esta se encontraba la verdadera fuente lumínica: unos pececillos mecánicos que portaban bombillas y flotaban despreocupadamente.

Fui hasta la barra algo nervioso, esperando que alguien viese el diario que traía conmigo y se acercase a hablarme.

—¿Qué va a ser? —preguntó un joven camarero ataviado de forma bastante elegante.

—Un poco de agua, por favor.

Debí de hacerle gracia porque comenzó a desternillarse en mi cara.

—¿Es que eres un geranio? Pide una bebida en condiciones. Mira, te pondré *whisky*, es casero y nos queda muy bien —insistió guiñándome el ojo.

«Como idea para vender más puede que le funcione», pensé antes de coger el vaso.

—Qué bonito cuaderno, ¿es tuyo? —Quiso saber.

—En realidad no, lo encontré en la biblioteca —respondí esperando que fuese la persona que buscaba.

—¿Puedo ver? —pidió y se lo tendí.

Lo observó unos instantes por fuera y dio un repaso rápido a sus páginas. Luego me lo devolvió.

—¡Eh, Vic! Ya ha llegado —gritó a una esquina del salón, en concreto a quien estaba encaramado a un sofá escondiéndose tras un libro.

El aludido bajó el ejemplar que sostenía en sus manos al escuchar su nombre y nos miró con intriga antes de acercarse. Para mi sorpresa, se trataba de una mujer de hermoso cabello rubio, algo corto para mi gusto, ataviada con una camisa blanca sin mangas con algunas correas a modo de adornos, unos pantalones y unas

botas altas. Su pelo estaba condecorado con unas gafas de aviador y, como detalle final, llevaba un par de guantes hasta los codos. Cuando llegó a mi altura, sentí que transmitía seguridad en sí misma por su forma de caminar y observar a los demás.

—¿Y quién eres tú? —me preguntó directamente con una media sonrisa y los brazos en jarras.

—Soy Mark —me presenté tendiendo mi mano, que estrechó con firmeza.

—Llámame Vic. Veo que por fin alguien leyó mi diario. Eres un chico travieso, me gusta.

—Con travieso quiere decir curioso —me medio susurró el camarero.

—Zeta, sírvenos un par de copas en mi mesa —indicó a mi anterior interlocutor, luego me habló a mí—. Ven conmigo, muchacho.

La seguí dócilmente hacia el sitio que ocupaba hacía momentos antes, donde se sentó cruzando las piernas y los brazos.

—¿Y bien? ¿Por qué has venido exactamente?

—¿Eres quien ha escrito esto? —pregunté señalando el diario.

—La misma. Empezaba a pensar que nadie lo había encontrado.

—Me llamó la atención el experimento, aunque resulta un poco una locura. Todo lo que relatas ahí... ¿es real?

—Ciento por ciento —contestó con un asentimiento de cabeza.

—¿Podrías contarme más? ¿Qué fue lo nuevo que averiguaste?

—¿Qué estás dispuesto a ofrecer? El conocimiento tiene un precio.

¿Perdón? ¿Estaba pidiéndome dinero acaso?

—No tengo mucho dinero, mi familia es humilde y... — traté de excusarme, pero me interrumpió.

—No me interesa tu riqueza o tu pobreza chico, me interesas tú. ¿Estarías dispuesto a ofrecerte como sujeto de pruebas para que pueda seguir con la investigación?

Aquella propuesta me heló la sangre, al menos al recordar la suerte que corrió S.

—¿Cómo sé que no estás loca y me estás tratando de estafar?
—El camarero, quien estaba cerca y debió de escuchar la conversación, se rio.

—Que está loca te lo garantizo, pero no en ese sentido — comentó divertido—. Además, ¿qué genio no lo está?

No me estaba gustando el cariz que estaba tomando la conversación. Pensé que siempre podría levantarme, cruzar esa puerta y fingir que nada había ocurrido.

—¿Cómo de desesperado estás? —cuestionó interrumpiendo mis cavilaciones—. Algo te ha hecho leer hasta el final y no creo que haya sido la mera curiosidad —confabuló mientras pasaba a apoyar su cabeza sobre su mano, reposando a su vez el codo en la rodilla—. Tú necesitas saber. —Hizo hincapié en el «necesitas» mientras me miraba con mayor intensidad y un extraño brillo en los ojos.

¿Me estaba sonriendo? Aquella mujer me confundía, sin embargo, no era una mala pregunta. ¿Tan desesperado estaba?

Últimamente, no me sentía yo mismo, estaba decaído, como desganado, sin motivación para nada, sin energía... La vida de pronto se había convertido en algo demasiado pesado.

Era la primera vez que pasaba un duelo, pero no era como si Agus hubiese muerto de forma natural o con avanzada edad, sino todo lo contrario. Fue en pro del bien común y de su padre, en teoría, algo que él mismo escogió, pero también fue violento y desagradable, algo que estoy seguro de que nunca olvidaré. ¿Tanto necesitaba respuestas? No comprendía a los ángeles, no entendía el sentido de esta vida. ¿Nos cuidaban como decía el mago supremo o nuestra vida y muerte servían para algún propósito? ¿Tanto teníamos que ganarnos su gracia? ¿Qué pasaba con los demonios? ¿Tan peligrosos eran que nos necesitaban para pelear a su lado?

—Puedo oír los engranajes de esa cabecita tuya. —Volvía a sonreírme y a achinar los ojos.

—¿Cómo sé que no harás algo como abrirme y sacarme los órganos o algo así?

—Puaj, ¡¿por quién me tomas?! ¿Qué guarrada es esa? —Su expresión pareció ser de un asco sincero—. No soy una carnicera, yo hago ciencia.

Zeta llegó con nuestras bebidas.

—¿Te está proponiendo cochinas? ¡Qué chico malo! —se mofó antes de irse.

—Y otra cosa: ¿cómo sé que no voy a acabar como S?

Por un momento, se le ensombreció la mirada.

—Eso fue un accidente. Además, he desarrollado una técnica para que el proceso sea más seguro. No habrá cortes, solo una pequeña incisión, lo prometo —aseguró levantando la palma a modo de simulación de una promesa jurada.

—¿Me garantizas que es seguro? —exigí saber.

—Más que antes, por lo menos. Entonces, ¿trato? —Extendió su mano para ver si estrechaba la mía.

Lo medité un poco, pero acabé cediendo. No iba a poder vivir con esas preguntas y recuerdos igualmente. Necesitaba saber que Agus había muerto por un propósito noble, real y que lo volvería a ver.

—Debo de haberme vuelto loco —mascullé estrechándole la mano, sellando el trato.

—Bienvenido al barco, pues. —Sonrió.

—¿Me contarás ahora? ¿Qué son esas cosas? ¿Qué vio S?

—No estoy segura —comunicó recostándose hacia atrás—, pero dudo mucho que sean demonios.

—¿Qué es lo que sabes? ¿Qué averiguaste? —insistí.

—Hay cosas que no sé al cien por cien, que habría que preguntar al bicho —explicó y dio un trago a su copa—, pero gracias a los libros de historia, tengo una imagen más clara de nuestro señor, el mago supremo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté algo intranquilo.

—¿Sabías que tiene un hermano? Prácticamente nadie lo sabe, le creen ciegamente cada cosa que diga sin investigar por su cuenta.

No cabía en mí de asombro. ¿Cómo era posible? Empezó a rebuscar en una bolsa que tenía consigo y sacó un libro que ojeó hasta dar con lo que debía de estar buscando. Me enseñó un retrato de alguien que, si no era él, se le parecía.

—Este es nuestro gran guía espiritual.

—Pero la imagen es de hace...

—Como casi doscientos años, lo sé, nadie vive tanto tiempo. Esa parte de haber sido resucitado y demás es viable si ves las fechas. Pero ¿por qué resucitarlo solo a él y hacer sacrificios cada cierto tiempo?

—Porque era alguien bondadoso, íntegro... —comencé a enumerar sus virtudes de carrerilla, tal y como las recordaba.

—¡JA! No es más que un farsante. Teníamos un pasado bélico como dice, pero lo que oculta es que él formó parte de ese pasado. Él mismo causó muchas muertes y mandó a nuestra gente a la guerra.

—¿Cómo sabes...?!

—¿Que cómo lo sé? —Empezó a buscar algo en otro ejemplar que puso sobre la mesilla—. «El gran barón de la guerra, Eduardo, dirigió y combatió en numerosas batallas, quedando siempre victorioso». —Empezó a enumerarlas según rezaba el libro—. «Conquistó múltiples territorios y dobló a sus gentes y pueblos. Pero no todo fue época dorada, puesto que llegó a tener numerosas revueltas por su mandato regio, castigadas con fiereza. Sin embargo, por su avanzada edad o por la deslealtad, acabó perdiendo sus anteriores logros, restando solamente la ciudad Thera. Su cuerpo vivió una última guerra más, en la que halló la

muerte a los cincuenta y ocho años. Su hermano Benett le sucedió, ya con un mandato más calmado».

El texto venía acompañado de una ilustración de ambos. El susodicho Benett no se parecía mucho a su pariente, por lo que no era viable una usurpación de identidad.

—«Resulta un misterio el regreso de Eduardo al mundo de los vivos, no obstante, tomó el gobierno de su hermano como una traición, así que lo derrocó y se hizo con el poder. Su paradero actual es desconocido, lo que sí es cierto es que abandonó Thera».

—¿Qué piensas de todo eso? —Quise saber.

—Como mínimo, que un hombre de casi doscientos años ya nos ha ocultado información bastante importante. ¿No te parece sospechoso? —Asentí con la cabeza y di un sorbo a mi copa, de repente sentí que lo necesitaba—. De igual forma, tengo la firme convicción de que esos seres son la clave para descubrir todo este misterio. Por eso y por aclarar mis dudas sobre esta vida, la siguiente y demás necesito seguir con el experimento. Siento que estoy a las puertas de algo grande —hablaba con un toque enigmático.

—Comprendo —respondí.

—Entonces, ¿estás listo para empezar? —enunció con un cambio de energía totalmente brusco que me dejó perplejo.

REVELACIÓN

Pasamos de un bar pintoresco a una especie de laboratorio un tanto atípico. Si en el primero había peces mecánicos, en este se hallaban animales variopintos danzando por ahí como si estuviesen vivos. El resto del habitáculo era lo que se esperaba —o al menos yo— más o menos en un lugar así. Tubos de ensayo y demás utensilios en alguna que otra mesa, aparte de recipientes cuyo contenido preferí no tratar de adivinar. Me indicó que me tumbase en una camilla algo desvencijada por las esquinas, a lo que obedecí más asustado que tranquilo. Me había explicado que era doctora y que varió su profesión hacia la investigación científica, así que debía de dar por sabido que tenía los conocimientos básicos y el nivel moral para mantener a alguien con vida. Por lo demás, era como cualquier médico que fuese a hacer su intervención, una desconocida a la que le estaba confiando mi vida creyendo que su nivel de profesionalidad y ética le impedirían ser descuidada, aunque desconocía realmente si su condición de científica la obligaba de alguna manera a mantener vivo a su sujeto de experimentos. Preferí no darle vueltas y tratar de respirar con calma. Mientras que intentaba respirar de forma más pausada, ella se cambió los guantes, se puso una bata y mascarilla y fue a por el material. Casi se me sale el corazón por la boca al ver que portaba una aguja, detestaba las agujas.

—Tranquilo, te garantizo que lo haré lo menos traumático posible. La idea es traerte de vuelta y que estés entero —me explicó en un tono más serio, más profesional, y me ató una goma al brazo

—. Te voy a contar cómo va a ser el viaje. —Hincó la aguja en mi vena y empezó a extraerme sangre; mi pulso se desbocaba—. Igual se te hace un poco largo, así que vamos a charlar un poco mientras, ¿te parece? Así sabré tu nivel de consciencia.

Asentí por lo que ella me sonrió mientras me colocaba un montón de aparatos.

—Estos serán para saber que todo va bien, o al menos todo lo bien que pretendemos que vaya. —Sonrió de nuevo con un brillo en los ojos, debía de encantarle aquello.

A continuación, me pinchó en el otro brazo y logró que la sensación de agobio aumentase.

—Aquí te voy a poner lo necesario para que no mueras por la pérdida de sangre. No te preocupes, lo tengo todo controlado —me comunicó dándome una palmadita en el hombro.

—¿Me va a doler el proceso? —inquirí aún más nervioso.

—Lo he diseñado para que no suceda así, al menos físicamente. Cuando llegues a cierto nivel de pérdida hemorrágica, tu cuerpo dejará la consciencia y te acercarás al momento que estamos buscando. —Tragué saliva—. Te lo traduzco: vas a sentirte débil hasta que no puedas contigo, de ahí esperaré un poco mientras te dejo el hilo de vida que necesitamos para que surta efecto el proceso. Cuando despiertes te vas a sentir un poco hecho mierda, pero con descanso y buena alimentación no habrá problema.

Asentí nuevamente, aferrándome a la esperanza de que tuviese total control sobre lo que hacía. Empecé a sentirme

sediento, no sabía si formaba parte del proceso, pero se lo hice saber.

—¿Podrías darme algo de beber?

—Lo siento, pero no, es una sensación típica, así que no te angusties, trata de aguantar.

Típica o no, aquel viaje no estaba resultando para nada agradable. Solo esperaba tener todas las respuestas de golpe para no precisar volver a pasar por aquello. Poco a poco empecé a sentirme más decaído que los últimos días, más abatido, más pesado... Traté de mover los dedos sin éxito, giré la cabeza y por un momento pareció que se fuera a caer. Al final, la habitación empezó a moverse y emborronarse, hasta oscurecerse...

Me sentí caer, mi parte racional intentó decirme que estaba tumbado, que no podía ser, mas estaba cayendo. Todo a mi alrededor estaba oscuro y era desconcertante, como una niebla densa que lo envolvía todo. Cuando creí que me estrellaría o quizás descendiese hasta la nada más profunda, la velocidad de mi bajada se detuvo para suavizarse, alcanzando una superficie que no podía ni ver ni sentir con la ligereza de una pluma. No sabía si lo más sensato era avanzar por lo desconocido y tratar de descubrir si aquella neblina se disipaba en algún momento o esperar a que algo sucediese, pero no precisé de esperar para que alguien decidiese por mí.

De entre la pura oscuridad emergió una silueta que ya había visto con anterioridad, debía reconocer que mientras se personaba, más con la entrada lúgubre que le daba aquel ambiente, resultaba aún más aterrador que plasmado en papel. Como ocurrió con S,

aquel ser se me acercó despacio, con parsimonia y unos movimientos que me producían desconfianza, para olerme al final.

—Quiero hablar contigo —manifestó sin tapujos ni rodeos.

Para mi sorpresa, extendió una de sus garras y atrapó mi cabeza de repente.

—¿Qué quieres, humano? —Retumbó de pronto una voz extraña y rocosa en mi cabeza.

—Tengo preguntas. ¿Qué sois? ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

—Nosotros solo somos nosotros, no entiendo tu pregunta —respondió de nuevo en mi mente, sin soltar su agarre—. Queremos alimentarnos, sobrevivir al igual que vosotros.

—¿Qué coméis? ¿De verdad resucitasteis al mago supremo?

—A vosotros cuando morís, como ahora.

Algo me sacudió, no sabía si por el miedo que me produjo aquella afirmación o porque se me estaba acabando el tiempo. El suelo que no podía ver empezó a temblar.

—¿Qué hay de la guerra entre los demonios y los ángeles? ¿Quién es el ángel rojo? ¿Y el demonio blanco? ¿Por qué escogisteis al mago supremo? —ametrallé a preguntas temiendo que no me diese tiempo suficiente.

—Haces muchas preguntas, humano —protestó y trató de hacer el amago de soltarme, pero le agarré la muñeca con fuerza, no me iría de allí con las manos vacías—. No sé de qué hablas, aquí no hay ninguna guerr...

Se desvaneció, todo se fue; lo agarré con fuerza con la esperanza de traerlo conmigo, pero fue en vano. Desperté en la misma camilla, en la misma sala y con una Vic a mi lado que me miraba con ojos resplandecientes de curiosidad.

Pasó un rato hasta que conseguí estar estable, ella me tendió té y pastas para que comenzara a reponerme y se notaba que no podía esperar a oírme, pululaba alrededor mío con alguna excusa, pero estaba seguro de que no quería apartarse de mí por si me decidía a hablar o quería largarme. Me había cedido una manta, ya que no paraba de temblar, aún no estaba seguro de si se debía a sus prácticas o a lo que acababa de presenciar.

—Aún no sé qué decirte de lo que acabo de experimentar —comencé, lo que consiguió que ella se girase y sentara a mi lado a continuación.

—¿Lo has visto?

—Sí... es tal como lo explicaste en el diario, bastante espeluznante.

—¿Pudiste hablar con él?

—Eso creo, no habla con su boca, es algo más extraño. Agarró mi cabeza con su garra y empecé a oír una voz extraña en ella.

—Comunicación mental, interesante... —comentó con los ojos como platos radiantes—. Cuéntame más.

—Estoy confuso —confesé tras dar un sorbo a la bebida caliente, la cual noté bajar por mi garganta de lo frío que estaba.

—Dime qué te contó, podemos intentar entenderlo juntos.

—Le pregunté qué era, bueno, realmente le pregunté como mil cosas, pero no me concretó mucho. Dijo que ellos eran simplemente ellos, que querían sobrevivir como nosotros, alimentarse...

—¿De qué? —Quiso saber.

—De nosotros, cuando morimos —revelé finalmente en un tono algo cansado, me sentía agotado.

Parecí sorprenderla con mi mensaje. La verdad es que no era para menos. Entonces empezó a cavilar, parecía que hasta podría salirle humo por las orejas.

—Entonces... esto corrobora la teoría de los dos planos tal y como dice el libro sagrado. —Empezó a agarrarse la nariz y a soltársela repetidas veces, como a modo de tic bastante curioso—. Pasamos al otro cuando morimos o estamos cerca, solo podemos verlos cuando estamos a punto de abandonar este y, además, es posible la comunicación. ¡Esto es estupendo! —Estaba realmente entusiasmada, como una niña pequeña a la que le acaban de decir que la magia es real.

—¿No me has oído? Somos su comida —le espeté.

—Solo cuando morimos, es decir, que el rollo del cascarón y el alma cobran forma. Nuestra alma será su alimento. —De pronto, algo la sacudió, se quedó muy quieta y con los ojos muy abiertos, en silencio... tanto que me asusté.

—¿E... estás bien?

—Es todo una farsa... —susurró—. ¿Qué te dijo de los ángeles y demonios? —preguntó con nerviosismo.

—Nada, dijo que ellos son solo ellos, ni confirmó ni desmintió.

—¿Y el ángel rojo y el demonio blanco? ¿Qué pasa con los magos, los alquimistas y todo eso? ¿Le preguntaste? ¿Qué pasa con el mago supremo? ¿El alquimista...? —Estaba agobiándome. De pronto me llovían las preguntas y se estaba acercando demasiado a mí, como si yo tuviese las respuestas a todo.

—¡Que no me lo ha dicho! —Alcé la voz, lo que hizo que parase su torrente de preguntas al momento—. No sabía de qué hablaba.

—Esto es malo... esto es muy muy malo. —Ahora parecía asustada y contrariada, me estaba mareando con tanta emoción cambiante.

—¡Para de una vez y explícame! No te sigo el ritmo.

—A ver... igual me ha dado un ataque de paranoia, pero como sea cierto lo que estoy pensando... tenemos una situación curiosa entre manos.

—Pero déjate de rodeos y cuéntame —pedí impaciente.

—Enumeremos: ¿nosotros qué sabemos? Empecemos por ahí. Sabemos que un ángel revivió a Eduardo para que se convirtiese en nuestro guía espiritual, eso dice el libro sagrado y eso dice él; ya sabemos que es una farsa, pero hay algunas cosas que son verdad...

—Si absolutamente todo fuese mentira, sería más fácil de destapar, ¿no crees? —elucubré.

—¡Exacto! Pero sigamos. El libro dice que nosotros somos el clan mago, regidos por el mago supremo y luego está el clan alquimista, regidos por el alquimista supremo —lo formuló como una obviedad que ambos sabíamos—. Hacemos todo para conseguir el

amparo de los ángeles, quienes son nuestros guardianes y aparecen cuando morimos para llevarnos a las tierras infinitas del paraíso, donde los más fuertes lucharemos contra los demonios junto a ellos para poder preservar el paraíso y no convertirnos en caminantes muertos que rondan por el sufrimiento eterno. Me sigues, ¿verdad?

—Sí, sí.

—¿No lo ves? Si estoy en lo cierto, no solo él es un farsante, sino todo lo que ha montado, toodo nuestro culto.

—Pero ¿cómo has llegado a esa conclusión? —Quise saber alarmado y sin estar seguro de que fuese una demencia o una genialidad.

—Piensa: un ángel lo revivió. Los ángeles aparecen cuando mueres, por lo que lo más probable es que ese bicho que has visto lo sea.

—Ya, pero no se parecen en nada.

Me chistó para interrumpirme.

—Mintió sobre él mismo, ¿qué te hace pensar que no pudo maquillar la verdad para esto también? —Ahí me callé, algo de razón tenía—. ¿Y si no fue la gracia de un ángel, sino un pacto con él?

—¿A cambio de qué? ¿Revivirlo?

—Puede, pero con esto encaja el porqué de La Luna Azul, ¿no te parece?

—¿Cómo? —No comprendía y ella suspiró hastiada.

—Te lo paso porque te he desangrado hasta la casi muerte. Has dicho que comen nuestra alma, que somos su comida una vez morimos. ¿No crees que es mucha casualidad que precisamente sacrifiquemos humanos cada cierto tiempo a modo de ofrenda a nuestros benefactores?

De pronto aquel puzle empezó a encajar sus piezas de golpe ante mis narices, y me habría tomado los instantes necesarios para mostrar mi asombro de no ser porque alguien apareció de repente.

—¡Servicio a domicilio! —entonó un alegre Zeta mientras cargaba una bandeja sobre la que reposaban una botella de vino y varias copas.

—¿Qué mierda haces aquí?! —espetó una molesta Vic—. No entres así sin más.

—¿Para qué quedarme al otro lado de la puerta si, total, me estaba enterando de todo? —respondió con descaro mientras servía la bebida—. Ten —me cedió la copa llena.

—Ni se te ocurra, te va a costar recuperarte si tomas alcohol. Además, te necesito sano —me riñó la muy chiflada, a la vez que me la arrebatava.

—Deja al chaval, ya tienes lo que necesitabas —comentó muy ufano y dio un trago a la suya.

La escena estaba transcurriendo más rápido de lo que yo podía comprenderla, no había duda alguna.

—¿Me quieres explicar qué demonios haces aquí?

—Celebrar tu descubrimiento, ¡brindemos por la ciencia! —Alzó su cáliz.

—Pero ¿estás borracho o qué?

—Para nada, Vic, pero pienso arreglarlo ahora mismo — respondió con una sonrisa pícaro dirigida a la aludida—. Venga, bebed, no seáis sosos.

—A veces eres insoportable. ¡Largo de aquí! —Le agarró de la manga y tiró de él hacia la puerta.

—Espera, espera, aguafiestas, tengo cosas que contaros.

Ella lo soltó con resignación y algo de curiosidad.

—Espero que sea importante y no una tonte...

—¿Acaso un golpe de estado te parece una tontería? —dejó caer como si tal cosa con una mirada intensa y una sonrisa que nos dejaron más que sorprendidos.

—¿Disculpa?

—Es más una propuesta que información, pero necesitaba captar vuestra atención. Ahora que ya la tengo, vamos a mostrarnos las cartas. Tú misma has dicho que Eduardo es un farsante, ahora os voy a contar qué fue de su hermano.

Zeta nos proporcionó las partes del puzle que nos faltaban, nos explicó que Bennett se alarmó ante el regreso de su hermano y de su nueva actitud, de las cosas que empezó a decir. Obviamente, se opuso al nuevo culto junto con otras personas, más que nada por los sacrificios humanos, que era lo más preocupante de todo. Cuando este le increpó y solicitó que abandonase sus esfuerzos, Eduardo lo asesinó, sin embargo, no contaba con que una de esas criaturas lo reviviese también cuando le garantizó su futura venganza.

Trató de derrocar su oscuro mandato, pero fue sin éxito, mucha gente no entró en razón y acabó marchándose, para formar una nueva ciudad con los que se le unieron, con la esperanza de que algún día quisieran escuchar. No obstante, aquel ser no le habló del precio y él estaba muy enfadado para preguntar cuando todo sucedió, por lo que fue toda una sorpresa cuando logró descifrar el enigma, ya que, gracias a las almas de los caídos, él continuaría con vida. Ahí comprendió por qué su hermano urdió todo el engaño. No era difícil deducir que con un buen cúmulo de mentiras sus mismos seguidores irían contentos a su muerte en un reguero de sacrificios, lo que era muy práctico en vez de ir él mismo a segar vidas. Siempre es más fácil si la mosca va directa a la telaraña.

—¿Y Benett sigue vivo? —Quise saber.

—Sí, pero él no nos engaña como Eduardo, todo eso de que os sacrificáis por el bien común como ofrenda a los ángeles que os protegen son tonterías, ni ellos ni Eduardo cuidan de vosotros. Él sí nos cuida y nos proporciona de todo, no nos engaña, todos sabemos lo que hay, la gente se ofrece voluntaria, no hay sorteo. Cuando nadie quiera mantenerlo con vida, él aceptará su destino con gusto.

—Espera, dices «nos», ¿acaso eres uno de sus seguidores?
—cuestionó Vic sorprendida, a lo que él mostró una media sonrisa.

—Soy casi su mano derecha, y no soy el único por aquí, vuestra ciudad está plagada y no os habéis dado cuenta. —Ambos abrimos los ojos como platos—. Estábamos esperando a algo como esto para actuar, nadie hasta ahora se había molestado tanto en

hallar pruebas suficientes para confrontarlo. Además, eres científica, todo el mundo está predispuesto a escuchar tu palabra imparcial.

—¿Y qué con eso? —rezongó.

—¿Acaso no habéis perdido a nadie importante en toda esta farsa? Todo el mundo muere, sí, pero todos preferimos que no sea pronto ni de manera violenta o forzada. ¿No os habéis sentido presos en la red de mentiras de ese hombre? ¿No creéis que todos deberían saber la verdad y decidir si quieren seguir salvando el culo a ese egocéntrico?

Sus palabras me trajeron de vuelta a Agus, me cabreaba muchísimo pensar en que su sacrificio noble y bien intencionado no había servido para nada. Su padre habría muerto igual, pero él no se habría ido ni habría dejado sola a Ann, la pobre Ann... ¿Cómo iba a contarle algo así? Me partía el corazón enterarme y yo le sacaba bastantes años como para saber manejar temas más densos. No paraba de maldecir en mi interior a aquel hombre despiadado, a todo lo que había creado a su alrededor. Agus... Agus se fue por su culpa, murió por nada, al igual que tanta gente. ¡No le perdonaría!

DECISIÓN

Zeta se nos quedó mirando con intensidad y expectación, esperando que decidiésemos. A mí particularmente me era algo imposible de realizar, sentía como lava fluyendo por mis venas cada vez que recordaba los sacrificios en vano, toda aquella gente que entregó lo máspreciado, lo único que tenía de tanto valor para poder ayudar con ello a algún ser querido o simplemente a la comunidad. Tantas vidas desperdiciadas a lo tonto...

Nunca fui tan devoto como mi madre ni me sentí cercano a aquel hombre despreciable, mas en aquel momento solo podía sentir odio, uno visceral, profundo, que hacía retorcer algo dentro de mí como bañado por ácido. No había manera alguna de que pudiese dejarlo pasar, si le hubiese tenido frente a mí entonces estoy más que seguro de que le habría arrancado yo mismo su patética vida con mis propias manos, pero no sin antes hacerle sentir el miedo y dolor que debieron padecer sus víctimas, ya que no había otra forma de catalogarlas. A fin de cuentas, él era un asesino.

Vic parecía confusa, sin embargo, le respondió con claridad.

—No pienso participar —le anunció con una firmeza que no parecía tener.

—Vamos, Vic, eres como la homenajeadada de la fiesta. Sin tu descubrimiento nada de esto sería posible y te conozco lo suficiente como para saber que ardes en deseos de compartir lo que sabes — insistió mirándola fijamente a los ojos, sentado al revés en la silla, apoyando sus brazos en el respaldo y su cabeza sobre ellos.

Parecía que había dado en el clavo, no era de extrañar si se conocían bien y, por la reacción de ella, no le agradó que la leyese con tal facilidad.

—Quiero compartirlo, no provocar una revuelta.

—¿Acaso los descubrimientos no son tan revolucionarios que hasta marcan épocas? Esta podría ser el fin de la tiranía sanguinaria de ese hombrecillo. Pensadlo muy bien, más vidas podrían ser arrebatadas aún, ¿y todo para qué?

Eso mismo me llevaba preguntando desde que Vic me había explicado sus deducciones y Zeta las había adornado con su aporte. Era como el pastel perfecto, uno hecho de verdad y realidad, con el sabor amargo que las caracterizaba a ambas. Si me preguntaba a mí, las ansias de venganza estaban ganando terreno poco a poco, no obstante, nada se podría hacer sin ella, independientemente de lo que deseásemos.

—Deja que me lo piense —rezongó molesta y se giró fingiendo que colocaba algunos utensilios.

—Jornada de reflexión, estupendo —respondió emocionado—. ¿Y tú qué vas a hacer, chaval?

—Aún no lo sé —reconocí mientras me esforzaba en no dejarme llevar por la ira, mi padre siempre decía que no era buena consejera.

—Como queráis —respondió incorporándose de su asiento—. Os dejo veinticuatro horas. —Salió despidiéndose con la mano levantada y sin mirar atrás.

¡¿Tan solo un día para decidir el destino de la comunidad?! Era algo demasiado importante como para determinarlo solo dos

personas en un día, aunque el gran peso de la elección recaía más en ella que en mí.

Consensuamos una pausa entre los dos, así que volví a casa antes de que fuese demasiado tarde como para dar de qué hablar, pero, por suerte, estaban dormidos cuando logré llegar. Me sentía débil física y mentalmente, Vic me había ordenado que comiese algo para así reponerme cuanto antes, aunque mi estómago había cerrado sus puertas y no quería recibir invitados hasta el próximo día por lo menos. Fui directamente a mi habitación y cuando encendí la luz encontré a una Ann hecha un diminuto ovillo en mi cama. La estampa era tierna, pero no le habíamos comprado una cama para que invadiese la de otro, por lo que la recogí con cuidado y salí al pasillo haciendo el menor ruido posible y movimientos muy suaves para no interrumpir ni su sueño ni el de nadie, aunque, como era habitual, el suelo emitió algún que otro quejido que me lo impidió. A mi encuentro salió quien debía de ser mi madre dada la silueta, con algún utensilio en la mano que ya tenía alzada en posición de ataque.

—Soy yo, soy yo —me apresuré a susurrar para no dale tiempo a bajar el brazo.

—¿Hijo? —preguntó confusa, con voz pastosa—. ¿Qué haces despierto a estas horas?

—Llevo a Ann a su cama, está cogiendo la mala costumbre de dormir en la mía —expliqué.

—¿Por qué no has venido a cenar? —me interrogó con su arte típico de regañar a la vez que pedía información.

—Cené fuera —mentí, aunque, si se consideraba las galletas una comida consistente, algo sí cené.

—¿Dónde y con quién? —Casi exigió saber mientras cruzaba los brazos a la altura de su pecho, esa postura indicaba que contaba con una información que esperaba que le proporcionase por las buenas.

—¿Qué sabes? —pregunté con cierto agotamiento mientras dejaba a Ann en su cama y volvía al pasillo con ella.

—Te han visto entrar al bar de Pit —acusó— y ya sabes que ese es un antro de gente conflictiva.

—Pues es bastante bonito por dentro —comenté intentando limar asperezas.

—Deja de hacerte el gracioso. ¿Qué hacías allí?

—Ya te lo dije, ir a cenar. —Retomé mi embuste esperando que estuviese lo suficientemente adormilada como para no insistir.

—No hay más sitios, ¿verdad? —Seguíamos susurrando, pero ahí se le elevó ligeramente el tono.

—Fue una apuesta, ¿vale? No me creían capaz de entrar y pedir algo.

No parecí convencerla y la bola de engaños estaba creciendo. Esperaba no estar colina abajo con la amenaza de que rodara hasta aplastarme.

—Mira, ya sé que tienes una edad en la que puedes tomar decisiones por ti mismo sin consultarnos, solo espero que seas lo suficientemente juicioso en ellas. Lamento mucho lo que le pasó a tu amigo, me caía muy bien. —Esas palabras fueron como un

puñetazo en el estómago, el recuerdo de Agus era más doloroso con lo que ahora sabía—. Pero no creo que la clase de gente que apuesta a ver si tienes valor de cometer algo temerario sea buena compañía, hijo. —Esto último lo dijo acariciándome la mejilla con suavidad.

—Lo tendré en cuenta —respondí también con la voz suave para que se quedase tranquila.

Por aquella vez surtió efecto, así que ella volvió a su habitación después de darme un beso de buenas noches y yo hice lo mismo por mi parte. Suspiré aliviado al cerrar la puerta tras de mí, había ido por muy poco, pero cuando pensaba en dormir era una idea que se me antojaba del todo imposible, por lo que subí nuevamente al tejado, a ver si las estrellas me aconsejaban.

El frescor de la noche era tranquilizador, renovador, y la calma del momento hacía que me evadiese de mis pensamientos.

Debí de estar allí un buen rato cuando empecé a escuchar una voz familiar que me llamaba suavemente desde la calle, así que me asomé desde mi posición.

—¿Estás solo? —preguntó Vic, por lo que asentí con un gesto de la cabeza.

Para mi sorpresa ella se agachó para pulsar algo en sus botas y unas estructuras mecánicas empezaron a salir de sus suelas, permitiéndole llegar hasta donde estaba yo.

—Caray, no sabía que aparte de científica eras mecánica. — Compartí mi sorpresa mientras le dejaba hueco para acomodarse, a lo que ella recogió lo que fuese que le había ayudado a subir de nuevo en sus zapatos.

—En realidad, es inventora, y no, no es algo mío exactamente —explicó sentándose a mi lado.

—¿De quién entonces?

—De lo mismo que los bichitos mecánicos, de mi hermana.

—Debe de ser muy buena —comenté con admiración.

—Sí, lo era... —respondió con un deje de tristeza bastante claro.

—Lamento tu pérdida, al menos espero que no fuese una ofrenda.

—No, pero tampoco debió de tener una muerte muy plácida.

—¿Qué le ocurrió?

—Ya lo sabes, ella era S —respondió dejándome totalmente anonadado.

—Pero ¿S no era un hombre? Siempre hablaste de S como «él».

—Era para proteger su identidad, estábamos haciendo un experimento un tanto peliagudo después de todo y colé el diario de manera ilegal. De ahí que tampoco diese a entender mi género en mis explicaciones. Si te das cuenta, constantemente me expresé de forma neutral. —No había caído en la cuenta, pero tenía razón—. Y debió de funcionar, porque pareciste sorprendido al verme por primera vez —añadió con una sonrisa.

Tras esto se formó un pequeño silencio incómodo que me encargué de romper con una de mis tantas dudas.

—¿Por qué empezasteis todo esto?

Ella suspiró antes de responder.

—Su marido había muerto y no lo estaba llevando muy bien. Estuvo mucho tiempo en la biblioteca desde entonces buscando información sobre los ángeles, sobre el paraíso y todo eso, quería asegurarse de que él estaría bien y, bueno, se había ido de una forma muy rápida, le pesaba mucho no haberse podido despedir. Al final vino a mí con esta absurda idea, rogándome que probásemos cómo podían comunicarse una última vez. Me acabó contando que se sentía muy culpable porque habían discutido el mismo día en el que se fue y no quería que partiera con esas últimas palabras.

De alguna forma comprendía su angustia, yo al menos tuve la oportunidad de decir adiós a mi querido amigo, no imaginaba cómo debía ser de torturador no solo carecer del privilegio que supone una despedida digna, sino, además, reconcomerte pensando qué fue lo último que le dijiste desde el enfado antes de que se fuese, qué recuerdo mantendría de eso justo antes de irse.

—Parece mentira que precisamente una idea tan loca y desesperada sea la precursora de toda una revolución —musité reflexionando en voz alta.

—Sí... —coincidió.

—¿Qué piensas acerca de la revolución? —cuestioné deseando saber su opinión, tras lo cual, ella suspiró de nuevo.

—Por desgracia, creo que es necesaria, no puede ser que gente inocente muera por los engaños y manipulaciones de un desalmado.

—Si estás tan segura, ¿por qué dices «por desgracia»?

—Me aterra pensar cómo van a cambiar las cosas después de esto. No es fácil asimilar que todo cuanto conoces es mentira,

¿sabes? Hay gente que no se lo va a tomar nada bien.

—Pero la verdad siempre será mejor a la mentira —apostillé.

—Sí claro, pero ¿no te das cuenta de lo que pasó aquí? Él se aprovechó de una carencia de información y sentido, la gente no sabía qué había después de la muerte y él les dio respuestas, por falsas que fueran, y un sentido a su vida, les trajo tranquilidad.

—Lo pones como si fuese una buena persona que nos ha hecho un favor —comenté un poco molesto ante su respuesta.

—Para nada, solo es un oportunista que percibió la necesidad de algunos y se aprovechó. En realidad, hace más mal que bien.

—Entonces, ¿qué te asusta?

—Mucha gente va a sufrir con esto, van a estar perdidos...

—Ya sufren por pérdidas innecesarias —apunté incluyéndome entre ellos mentalmente— y, si tras esto necesitan apoyo para darle un sentido a todo, podremos estar para ayudarles.

Ella me sonrió con cansancio.

—Eres un buen chico. ¿Cuáles son tus motivos para verte involucrado en todo esto?

—Perdí a mi mejor amigo. Fue una ofrenda para salvar a su padre, que también acabó muriendo. No quiero que haya más ofrendas, pero no puedo evitar que el odio influya en mis pensamientos —rumié al final de la frase.

—Puedes usar esa energía en algo bueno, transfórmala —sugirió.

—¿Cómo?

—Tú mismo lo has dicho, podemos contar la verdad y liberarles de su ceguera, ayudarles a aceptar la nueva realidad y que den un sentido y propósito a su existencia, uno propio, no uno que les haya atribuido un dictador espiritual.

—¿Así dejaré de querer matarlo? —pregunté abatido.

—No lo sé, igualmente le habremos condenado a ello en cuanto no pueda segar más almas, así que no creo que le sea posible seguir extendiendo su oscuridad. Es posible que no tenga ocasión de dañar a nadie más.

Decidí tomarlo como alternativa, era la que al menos me parecía más correcta, no estaba dispuesto a permitir otra Luna Azul sabiendo lo que sabía, pero me reconcomía las entrañas el no haberlo descubierto antes de la ceremonia de Agus.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo? ¿Nos uniremos a Zeta y a los suyos?

—Yo no he dicho que nos unamos, lo que digo es que le desmontemos el chiringuito. Será muy voluntario lo de Benett, pero no me apetece dejar un grupo de acólitos para juntarme con otros.

—¿No confías en Benett? —cuestioné.

—¿Puedes confiar en alguien que acepta los sacrificios de otros en su beneficio? Por mucho que los proteja y les diga las cosas como son, me parece que él y Eduardo en el fondo no son tan diferentes.

—¿Y qué propones hacer?

—Primero, por hoy descansar, que es algo tarde, mañana ya hablaremos con Zeta y su representado para establecer un acuerdo.

Con ellos quizás tengamos gente suficiente como para tener más controlada la situación y el respaldo que nos da la presencia y palabras de otro que haya visto a... esas cosas..., pero no estoy dispuesta a exponerme completamente. Si el requisito es unirnos a su secta, no estoy de acuerdo, desde ya te lo digo —comunicó con firmeza poniéndose en pie, dispuesta a irse.

—Gracias por tu compañía —expresé con sinceridad, a lo que ella me contestó con una sonrisa.

—Nos reuniremos mañana durante la misa en el bar de Pit para establecer un acuerdo, ¿te parece?

—Sí, pero ¿cómo escaquearnos sin que nos pillen? Toda la ciudad va.

—Finge estar enfermo —resolvió encogiéndose de hombros, como si fuese algo evidente.

Sí, tenía sentido, pero había otra duda que me martilleaba la cabeza desde hacía un rato y no le había cuestionado aún.

—¿Cómo me has encontrado?

—Te puse un localizador —reveló como si tal cosa, antes de irse en un salto amortiguado por sus botas.

NUEVA ERA

Finalmente, decidimos ultimar la era del tirano en la próxima Luna Azul con la intención de tener todas las miradas, el dramatismo de un sacrificio humano —con el peso que le daría el saber la verdad— y evitar una muerte, voluntaria o no. Tomé la decisión por mi cuenta de ofrecerme para la ocasión, en el último momento y sin alegar explicaciones que pudiesen hacer temblar nuestro plan. En lo que concernió al tiempo que restaba hasta entonces, hicimos vida normal con alguna que otra reunión furtiva para poder organizarnos sin levantar sospecha alguna. Tuve que soportar las arcadas en las misas de cada día, el asco que me producía el cinismo y la presencia de aquel hombre y sonreír como si nada ocurriese. Las horas que pasaba en la fábrica mi cuerpo las dedicaba a realizar movimientos autómatas, mas mi mente pensaba una y otra vez en la ceremonia, mis instrucciones y cómo llevar a cabo todo punto por punto. También me aseguré, a pesar de las quejas, de que no se supiese quién iba a ser mi acompañante. Mi endereza tambaleó cuando la pobre Ann, que ahora sabía cómo funcionaba esta cruel y gran maquinaria que Eduardo había creado, me suplicó entre lágrimas que no fuese una ofrenda. Fue algo bastante emotivo que casi me hace hablar de más con la pequeña para no dejarla preocupada.

Por desgracia, así debía de ser, era imprescindible que todos supiesen que yo iba a dejar este mundo, y juro que me partió el corazón verla así de disgustada, pero seguro que no tanto como lo

estaría el suyo, que ya había perdido a su hermano de la misma manera que ahora perdería a quien había ocupado su lugar.

El día de la ceremonia llegó y todo estaba planeado, no obstante, nada me libraba de tener un nudo en mi garganta y el estómago en vete a saber dónde. Al menos estaba medianamente tranquilo, ya que Vic se encontraba a mi lado y, más que yo, ella sería el centro de todas las miradas.

La orquesta paró.

—Hijos míos, nos hemos reunido para honrar a nuestros salvadores, a nuestros guías de luz en los momentos de oscuridad, que tanto nos cuidan —empezó su discurso aquel charlatán de pacotilla—. En este día tan sagrado, cuando la luna se forme por completo, el alma de nuestro hermano estará en el paraíso con los ángeles, nuestros queridos guardianes. —La ciudad entera se arrodilló como hacía siempre; sumisos, callados, ignorantes de todo.

Miré el panorama mientras trataba de no recordar mis anteriores momentos en aquel mismo lugar, despidiendo a alguien que nunca debió convertirse en ofrenda, como tantos otros... Pensar en ello encendió una chispa de rabia en mi corazón.

Eduardo estaba en una superficie de madera más alta que el resto del suelo del edificio de piedra. Tenía, como la otra vez, el banco donde reposaban plácidamente los sacrificados antes de su duro final. Tras él, había una multitud de arcos y sobre ellos una vidriera inmensa y hermosa, mas no tanto como el efecto lumínico que causaba el sol al posar sus rayos sobre el colorido cristal. De frente, unas hileras de bancos donde se sentaba prácticamente toda

la población, gente que conocía bien, aunque a unos más que a otros. Entre las filas también se situaban arcos con estatuas de ángeles en sus huecos, haciendo alarde de una mentira tan falsa como ellos.

—Por favor, habla a tiempo, no dejes que me convierta en la cena de hoy —le susurré a mi compañera.

—Descuida —fue toda su respuesta.

Como aquella vez, unas niñas pequeñas vestidas de blanco nos rodearon y empezaron a lanzar pétalos de rosas blancas y amarillas. Dieron un par de vueltas y comenzaron su camino hacia el gran embustero, entonces le rodearon a él también y se dispersaron a izquierda y derecha, todo mientras el resto nos manteníamos arrodillados en silencio. Mi pulso estaba desquiciado y mis ansias de venganza me oprimían el pecho.

Avanzamos hacia su posición cuando nos avisó con un gesto.

—Hoy tenemos un alma buena que viene voluntariamente a honrar a nuestros protectores. Hoy nuestro hermano Mark gozará del don de nuestros benefactores y pasará a formar parte de sus filas en la gran batalla por el paraíso. Porque está escrito en el sagrado libro que el ángel rojo se presentó y habló del paraíso, de la transcendencia a la inmortalidad, pues esta vida solo es un mero tránsito. —Siguió con su palabrería mientras me intentaba aguantar las ganas de partirle la cara—. Ven, hijo mío, ponte frente a tus hermanos. —Hice lo que me mandaba, obedecí por última vez.

Me giré y todos se arrodillaron al verme.

—Nuestro hermano Mark va a emprender un gran viaje hoy, así que rezad por él para que vaya en paz y no tema nada. —Se

hizo el silencio dedicado a la oración, algo que era obviamente en vano.

Me paré a mirar, a buscar entre los presentes a Zeta, quien estaba en una esquina y me hizo un gesto con la cabeza.

—Pero no temáis por él, enjugad vuestras lágrimas porque él va a dejar su cáscara aquí, el resto de su ser, el verdadero Mark que conocéis, irá a un lugar mejor. —«¿Mejor? Permíteme dudarlo, viejo traidor»—. Querido Mark, recuéstate en el altar y dime tu deseo para que los ángeles puedan oírlo.

—Deseo que la verdad salga a la luz —contesté serio y firme mientras le miraba con fijeza a los ojos.

Pude ver una crispación de nerviosismo en su cara junto con un destello de duda y me regodeé al pensar que por una vez quien estaba nervioso era él y no a quien iba a asesinar a sangre fría. Me tumbé para seguir con el paripé.

—Es un deseo noble, hijo —disimuló con un tono raro en su voz. Entonces hizo un gesto para que la niña se acercase con el cuchillo, mas una hábil y rápida Vic evitó que lo agarrase para sorpresa de muchos presentes. Aquel era un momento único.

—Esto no será necesario —comentó guardándose el objeto, seguramente para evitar que Eduardo lo agarrase en algún momento. Yo me levanté—. Ciudadanos y compañeros —anunció con la voz alzada para que nadie se perdiese lo que iba a decir—, este hombre es un farsante.

Las exclamaciones de sorpresa y los cuchicheos no se hicieron esperar. El aludido intentó acercarse a ella, pero me encargué de sostenerlo.

—Y no vengo a decir cualquier cosa sin pruebas, no. Me he documentado y os enseñaré todo lo que tengo para probar que es cierto —prosiguió—. Este hombre no es el santo que dice ser y os ha mentado en prácticamente todo lo que os contó. No existe el paraíso, no existen los ángeles o demonios ni hay guerra entre ellos, son todo mentiras que este desalmado ideó para que le sirváis.

—Disculpe, señorita, pero no entiendo... —Intentó hacerse el tonto el muy desgraciado.

—Te pido que dejes de insultar a la inteligencia de estas personas y seas honesto con ellas. O lo haces ahora o te quitaré esa oportunidad y largaré todo igualmente. —Su amenaza consiguió que se pusiera nervioso, lo percibía, pero siguió actuando.

—No sé qué cree que sabe, pero le aseguro...

Vic sonrió de medio lado mientras habló, antes de dirigirse al resto nuevamente con firmeza.

—Oportunidad perdida. —Él empezó a respirar de forma agitada, la situación escapaba de su control y lo sabía—. Ciudadanos de Thera, tened en cuenta que vuestro «guía» se ha empeñado en seguir con su mentira, así que así será con todas sus consecuencias. Este hombre no es quien dice ser. En realidad, su nombre es Eduardo y consta en libros de historia, convenientemente descatalogados, en los que se habla de él como un saqueador y guerrero sanguinario. —Rebuscó en alguna parte debajo de su toga, sacó los libros que me enseñó cuando nos conocimos personalmente y los lanzó al público—. La página está marcada, compruébenlo por sí mismos.

Algunos presentes estupefactos se limitaron a ver la escena con recelo, otros participaron agarrando lo que Vic les había tendido y corroboraron que así era leyendo en voz alta.

—¡Eso es falso! —gritó Eduardo.

—Pues el hombre del retrato se parece mucho a usted —le espetó uno de los lectores.

—Pero, si esto es verdad, este hombre debe de tener como... —empezó a decir mi padre.

—Casi doscientos años, sí —completó mi compañera—. Lo de su longevidad quizás sea lo único cierto de todo cuanto ha dicho, pero esos libros confirman que no es por tratarse del santo que creemos, sino por un pacto que explica toda esta religión basada en patrañas.

—Si no existen los ángeles, ¿con quién? —Quiso saber alguien del público.

—Con unas criaturas que solo podemos ver cuando morimos o estamos a las puertas de la muerte. Él los llamó ángeles y los describió como humanoides preciosos con alas de pájaro, pero nada más lejos de la realidad.

Se sacó en este caso el diario bajo la toga y lo lanzó seguramente por la página del dibujo detallado que había en él.

—Esa es la imagen real de las criaturas que se encuentran al otro lado y ese cuaderno contiene explicado punto por punto un experimento que yo misma realicé para comprobar qué había después de la muerte, algo que ha ayudado a confirmar todo esto —explicó, tras lo cual los murmullos se intensificaron.

—Te pido entonces que expliques a estas amables personas cómo puedes estar segura de que yo hice un trato con esos seres o que incluso los vi. Esas criaturas de las que hablas son demonios, si se te han aparecido, es porque estás lejos del camino de la luz. — Intentó mantener la compostura a duras penas y ponerla en evidencia para sembrar la duda.

—Para eso estoy yo aquí. —Afirmó un hombre que se levantó de su asiento, al fondo del templo, cuyo rostro hizo que se desorbitaran los ojos del estafador al que mantenía agarrado—. ¿Me echabas de menos, hermanito?

Aquello fue el detonante de un jaleo generalizado, volaban los comentarios y las miradas de esquina a esquina de la estancia mientras Bennett se acercaba al altar.

—¡Esto es una farsa! Os ruego que no creáis nada de lo que dicen, solo os intentan llevar fuera del camino de la luz —imploró a los presentes.

—No te molestes, Eduardo —le espetó mientras Vic le cedía el sitio al frente del gentío alborotado—. Ciudadanos de Thera, mi nombre es Bennett y vengo desde la ciudad de Gamrah, comunidad que tuvimos que construir cuando tanto yo como aquellos que creyeron en mí fuimos expulsados por este hombre. Os puedo contar muchas cosas, ya que he vivido casi tanto tiempo como mi hermano, le he visto crecer y convertirse en la bestia sanguinaria que fue antaño, generando caos y destrucción allá adónde iba.

—Aquí pone que murió en una batalla —le cortó alguien que se había quedado con un libro.

—Y eso pasó. Yo le sucedí tras su muerte, no obstante, volvió inexplicablemente y hablando desvaríos sobre ángeles y demonios y la guerra entre estos. Algunos empezaron a seguirle hasta el punto de tener prácticas preocupantes como los sacrificios humanos. Decidme: ¿alguna vez los ángeles os han concedido algún deseo?

Alguna que otra mano tímida se levantó.

—Mi marido rogó por la lluvia cuando una sequía casi nos mata de hambre —explicó una titubeante mujer.

—¿Y no pudo deberse a que iba a llover de todas formas? Las sequías no duran eternamente. —Sus palabras se debatieron en la sala, el mensaje empezaba a tomar forma.

—Mi hijo pequeño estuvo muy enfermo y su abuela se ofreció para salvarlo, y así sucedió, tardó un tiempo, pero mejoró —gritó un hombre.

—Los niños se recuperan más fácil que los adultos de las afecciones graves —contraargumentó, lo que generó de nuevo el caos entre los presentes.

—No le escuchéis, solo quiere arrebatarnos vuestra fe —pidió un cada vez más alterado Eduardo.

—Os voy a explicar qué trato hizo aquella criatura con vuestro querido guía espiritual —anunció mientras comenzaba a pasearse por el altar, generando un nuevo silencio en los presentes—. Debe darle mínimo un alma al mes, así podrá seguir con vida, seguir longevo mientras vosotros hacéis fila por pedir deseos que nunca se concederán, por ir a abrazar a la muerte con la esperanza de mejorar en algo las cosas cuando lo único que hacéis es

simplemente fenecer por un egoísta que ni es capaz de explicaros el motivo de vuestra muerte ni de hacer nada por vosotros.

—¿Y eso cómo lo sabes? —cuestionó uno de los presentes.

—Porque yo también hice ese trato cuando le encaré y él me arrebató la vida, pero yo no engaño a mi gente, yo los cuido y protejo y solo admito voluntarios, nada de sorteos mortales, y cuando ninguno quiera sacrificarse aceptaré el final de mi ciclo con gusto. Por eso hemos venido a quitaros la venda de los ojos, a que sepáis lo que hacéis antes de decidir llevarlo a cabo y a daros la oportunidad de ser libres, de venir conmigo a vuestro nuevo hogar.

Entonces Eduardo me empujó con más brusquedad y fuerza de las que habría imaginado, arrebató el cuchillo a Vic y fue a por Bennett, quien le agarró del brazo y pasó el suyo por encima de su cuello, evitando que le apuñalara.

—Ya habéis visto la verdadera naturaleza de este hombre. ¿De veras queréis seguir a su lado? Animo a que suba aquí todo aquel que desee abandonar a este embustero.

Hubo un instante de pausa, gente debatiendo aquí y allá. Los nervios, las inseguridades y la indecisión primaban en aquel momento, sin embargo, alguien rompió todo esto y avanzó hasta donde estábamos, luego otro y otro y otro más, hasta que quedamos unos cuantos arriba y algunos donde estaban. Mi familia, por supuesto, formaba parte del último grupo, bien sea por la devoción de mi madre, que parecía ser inquebrantable, o por el miedo a marcharse.

—Deduzco, entonces, que ya han tomado una decisión firme —comentó Bennett—. En ese caso, podéis comenzar. —Dicho esto,

aparecieron unas bolas en la sala, arrojadas por algunos de los presentes, y una niebla densa empezó a salir de ellas, cubriéndolo todo.

El pánico era generalizado, no entendíamos nada, pero empezaron a producirse sonidos quejumbrosos en la zona donde hasta hacía poco estaba situado todo el público. Asustado, intenté recordar dónde estaba sentada mi familia y bajé como pude, tropezándome con otros. El griterío que se había formado y el caos de siluetas chocándose y moviéndose a cualquier sitio me lo ponían más difícil para llegar a algún lugar reconocible. De pronto, colisioné con alguien que profirió un gruñido con una voz que me resultaba familiar.

—¿Vic?

—¿Mark?

—Sí, ¿qué ocurre? —inquirí asustado.

—Tengo mi teoría, pero no es momento de hablar de ella.
¿Dónde está tu familia?

—Los estoy buscando.

El pulso me iba a mil por hora, las piernas me temblaban y mi estómago prácticamente no existía, un hormigueo se había apoderado de mi cuerpo y me indicaba que saliese despavorido. Estalló algún que otro disparo, alguna que otra pequeña explosión, más quejidos, más gritos. Me preguntaba si mi familia había llegado a la puerta, pero seguía cerrada, por lo que supuse que no era así. Entonces oí el grito de uno de mis hermanos, así que agarré a Vic de la mano y corrimos juntos hacia aquella dirección.

Embestí a un hombre armado y Vic se encargó de ir con mi familia mientras él y yo forcejeábamos. No tenía nada a mano así que me dediqué a esquivar cuantas veces pude hasta que caí al suelo al tropezarme con un fragmento de lo que debía de ser un banco. Mi contrincante fue a por mí de nuevo y casi me alcanza con el filo de su arma, pero rodé para esquivarlo, agarré el origen de mi traspié y lo usé para golpearlo en la cabeza. Por suerte, atiné bastante bien y el individuo cayó redondo, dejándome libre para reunirme con los míos, que fueron rumbo a la puerta.

Cuando los alcancé, mi madre y Vic trataban de apartar a los niños en lo que mi padre contenía a dos hombres que se habían atrincherado en la puerta, posiblemente para evitar que nadie saliese, así que fui tan rápido como pude a ayudar. Sin embargo, no llegué a tiempo de evitar que se llevase una estocada en el costado, algo que me inundó de terror.

Arremetí contra ellos y los hice desequilibrarse y caer, por una vez veía sentido a ser tan alto y corpulento, sin contar la fuerza que había logrado trabajando en la fábrica. Le arrebaté el arma a uno de ellos, una que ni sabía usar, y empecé a hacer barridos a ver si con suerte le atinaba a algo. Ellos me esquivaron al principio, pero enseguida respondieron y me acorralaron tras desarmarme. Me temí lo peor.

—¡Cuidado! —gritó de pronto Vic y noté una explosión tras aquellos individuos, una que les hizo bastante daño y me dio pie a escapar.

Corrí hacia la puerta que mi compañera estaba desesperada por abrir en lo que mi madre intentaba cargar con mi padre y llevar a

los pequeños con ella.

Casi había llegado cuando noté y oí algo que me heló por dentro, me derrumbó y dejó un pitido molesto en mi oído antes de llevarme a la oscuridad.

Caí y caí hacia la nada, a un lugar que me resultaba algo conocido, motivo más que suficiente para sentirme desesperado. Cuando mi descenso se detuvo, me limité a huir despavorido de la suerte que sabía que me esperaba.

—Mark —me llamó una voz familiar que hizo que me girase de golpe.

No podía creerlo, frente a mí estaba ni más ni menos que el mismísimo Agus, visión que me hizo correr hacia él para estrecharlo entre mis brazos. Era consciente de que, si lo estaba viendo, lo más probable era que hubiese muerto, pero nada me iba a impedir disfrutar de aquel instante.

—Estás aquí, estás aquí. No sabes cuánto te eché de menos, no sabes cuánto siento que... —empecé a decir deshaciéndome en lágrimas.

—Lo sé y sé todo lo que hiciste después de que me fuese.

—¿Dónde estamos, Agus? ¿Has venido a por mí? He muerto, ¿verdad? —Quise saber mientras me separaba un poco de su figura, tan cálida como la recordaba.

—Aún no —me respondió con una sonrisa mientras empezaba a desaparecer, visión que me desgarró de dolor, le perdía de nuevo.

—No, no te vayas, no otra vez —le supliqué.

—Algún día quizás nos encontremos, pero por ahora quería darte las gracias por todo cuanto has hecho por mi familia. —Ya casi no podía verle, ya no se veía prácticamente nada, menos tras la cortina de agua de mis ojos.

«Nos veremos en un tiempo», resonó antes de que todo se desvaneciese a mi alrededor.

Abrí los ojos, por la poca iluminación debía de ser de noche. Me encontraba en una estancia de hospital con mi madre dormitando en una silla cerca de mí y la pequeña Ann dormida completamente sobre mi cama. Me giré hacia el otro lado, dolorido, en otra cama estaba mi padre con mi otro hermano, pero no pude evitar fijarme en que faltaba el otro revoltoso de la familia. Intenté incorporarme, pero un dolor me sacudió y tuve que volver a mi lugar.

—Estate quieto o tirarás de los puntos —me susurró una nerviosa Vic que acababa de entrar.

—¿Puntos? —pregunté con voz pastosa y lengua pesada, suscitando una mirada de ella que no me gustó en absoluto.

Me apresuré a quitarme la manta que me cubría y comprendí entonces sus palabras. En general, estaba más o menos entero, a pesar de las magulladuras, pero la explosión debió llevarse, o destrozarme demasiado, mi brazo izquierdo, justo el que estaba hacia atrás cuando huía despavorido hacia la puerta.

—Intenté salvarlo, pero estaba muy mal —comentó apenada.

—¿Cómo está mi padre? —rogué saber.

—Se recuperará. Ahora está estable, pero ha recibido un par de operaciones de emergencia.

—No hace falta que me susurres, podemos ir al pasillo y hablar —le dije intentando mantenerme con los ánimos enteros, si solo habíamos tenido esas pérdidas, habíamos sido muy afortunados.

Ella me miró como pensando en algo.

—No te estoy susurrando, estoy hablando normal.

—Yo te oigo muy bajo. Oye, ¿dónde está mi hermano? Me falta uno. ¿Está contigo?

Lo supe en el momento que desvió la mirada antes de hablar.

—Lo siento... —pronunció y no pude escuchar el resto de la frase.

No supimos muy bien qué hacer para despedir al pequeño después de que todos nuestros valores religiosos resultaran ser en vano. La pequeña Ann propuso que hablásemos todos algo que nos saliese del corazón, algo personal para decirle cada uno nuestro adiós en lugar de las frases vacías de un extraño, algo que nos pareció correcto y bonito.

Como dijo Vic, mi padre se repuso más o menos bien, a quien le costó más fue a mi madre, no solo por lo que le pasó a mi hermano y a nuestra familia en general, sino porque se sentía muy perdida tras saber la verdad, no se le ocurría muy bien en qué ocupar el tiempo cuando, en otro momento de nuestras vidas, hubiese habido una reunión religiosa. Pasaba de sentirse enfadada

a triste y nos costaba lidiar un poco con esas idas y venidas de humor, pero confiábamos en que poco a poco mejorase todo.

Nuestra comunidad se vio bastante afectada tras lo sucedido, por supuesto, había más gente en la situación de mi progenitora, pero lo que más se notaban eran las bajas, bien por los que se habían ido a Gamrah o por los que habían caído. Benett y su gente se marcharon después de la masacre e imagino que se encargaron de Eduardo, ya que no se supo más de él, pero dejaron una herida bastante pronunciada en los supervivientes, causando más dolor incluso que el mismo tirano pasado. Otras personas reaccionaron al contrario, agradeciendo la libertad de pensamiento, y se dispusieron a colaborar con Vic en los experimentos que siguió realizando y que se volvieron bastante conocidos y apoyados. Al no tener un líder religioso, dispusimos un grupo de científicos que dirigiese la comunidad, entre otras cosas para evitar otro alzamiento clerical. No obstante, los que participamos engañados aquel día tuvimos una temporada bastante mala, puesto que muchos nos creyeron cómplices directos. Tardamos en demostrar nuestra inocencia, pero al final logramos de nuevo la aceptación y el perdón, al menos por parte de unos cuantos, quienes entendieron que nosotros mismos fuimos también traicionados y utilizados.

Poco a poco todos intentábamos recuperarnos de aquel fatídico día, cada uno a nuestra manera y de nuestras respectivas dolencias. En mi caso, al menos en lo que concernía a mi estado físico, con ayuda de un par de inventores y la mismísima Vic pude tener un brazo mecánico. Lástima que no lograron solventar el problema de la sordera parcial, pero fue algo a lo que me acabé habituando.

Lo que restaba era seguir con nuestras vidas lo mejor que pudiésemos, a fin de cuentas, el mundo siempre sigue girando por mucho que la vida te sacuda.

Seguía sin entender por qué vi a Agus de nuevo. Vic tenía la teoría de que fue un sueño al caer inconsciente, que mi cerebro buscaba cerrar un ciclo, despedirse. No obstante, es algo de lo que espero tener respuesta algún día y, si se podía, reunirme con él y mi hermano al final del camino.

MIENTRAS DUERMES

De nuevo me encuentro aquí, entre las sombras de una habitación desconocida, esperando a que alguno de ellos aparezca y me libre de este aburrimiento.

Mientras me pregunto por dónde aparecerán esta vez, observo a la que sería su víctima si yo no estuviese aquí. Se trata de un adolescente de, a lo sumo, dieciséis años, a quien parece que le están visitando mucho últimamente. Algo que despierta mi curiosidad, pero ya me pararé a averiguarlo, ahora debo estar alerta.

Entonces un bulto extraño se mueve en una esquina de la pared y empieza a surgir una forma humanoide, pero horrorosa. Lo que debería de ser su cara está surcada por profundas hendiduras, sus ojos están muy abiertos, pero vacíos, y su boca es otro pronunciado agujero negro que parece llevar a la más agónica oscuridad.

No parece percatarse aún de mi presencia y se dirige hacia el chico que duerme plácidamente. Que no me sienta aún allí me da ventaja, así que me preparo para atacar.

Rápidamente enciendo el incienso purificador con la llama ancestral y el monstruo se gira en mi dirección, pero ya es tarde para él porque también saqué la pulsera de las almas perdidas y la he lanzado en su dirección. Esta se alarga más de lo que aparenta su forma y lo rodea a modo de cadena para después absorberlo completamente mientras emite un terrorífico y desgarrador sonido. Cuando la criatura desaparece por completo, recojo la pulsera, que

volvió a su forma original, pero con una cuenta oscura más y el rostro de ese asqueroso ser grabado en ella.

Miro al chico un instante, nada parece haber perturbado su plácido sueño. Doy media vuelta con intención de salir de allí y sonrío, mi trabajo aquí está hecho.

Extiendo los brazos, respiro profundamente y me lanzo al vacío desde lo alto. Resulta rara esta sensación, nunca me acabo de acostumbrar, algo en mí me dice que corro peligro, pero justo cuando voy a tocar el suelo aparezco en la oficina, como si fuese la forma más natural de entrar a un sitio así.

El lugar es un cubículo totalmente blanco y muy iluminado, sin ninguna decoración o ventana. Me gusta llamarlo oficina porque hay una enorme mesa blanca, tan limpia que pasaría desapercibida entre el resto de la habitación de no ser porque siempre hay una recepcionista de largo y liso cabello negro sujeto en una coleta alta que rompe con esa ilusión, a pesar de que también va vestida de un blanco imaculado.

—Ya tengo la última cuenta, Tiffany, necesito otra —comunico refiriéndome a la pulsera.

—Muy buen trabajo, Amanda, estamos encantados contigo. La verdad es que te vamos a echar de menos. —Esto último lo dijo en un tono menos risueño.

—¿Qué quieres decir? ¿Me vais a despedir? —pregunto indignada.

—Bueno, tómatelo como una mera formalidad, tu tiempo aquí terminó —responde en un tono amable, intentando que la escena sea lo menos incómoda posible para ambas.

—Pero no comprendo, si tú misma has dicho que estáis contentos conmigo. ¿Qué clase de broma es esta?

—Querida, trabajas muy bien, no me malinterpretes, pero tu tiempo aquí ha finalizado. Tu contrato nunca fue indefinido y en ningún momento decidimos renovarte. Ya has reunido treinta pulseras completas, hiciste más que suficiente.

—Pero ¿y yo qué voy a hacer ahora?

—Seguir con tu vida, hay mucho que retomar.

—¿Cómo que con mi vida? ¿Qué vida? No recuerdo nada salvo esto. Esta es mi vida —contraataco cada vez más alterada.

Me siento muy frustrada, engañada de alguna manera, decepcionada, y la incertidumbre me da miedo. ¿Qué iba a hacer si no era dar caza a esas horrendas criaturas? Mi vida ya tiene sentido así, ya es lo suficientemente buena, me siento una heroína solo con ayudar de esa manera. Pero tener que retomar una vida que no conozco, una de la que no tengo consciencia más que de mi nombre... No, esa idea no me gusta nada.

Tiffany se mantiene tranquila en frente de mí, como si mi disputa interior le fuese desconocida o como si no lo fuese, pero no la considerase algo grave. Esa mujer siempre me confundía, costaba saber qué estaba pensando y nuestra relación no iba más allá de lo profesional.

—Dime, ¿cómo llegaste aquí? —pregunta tranquila.

—No lo sé.

—¿De dónde viniste?

—Tampoco lo sé.

—¿Y qué haces aquí?

—Tampoco tengo respuesta para eso.

—Ven conmigo, quiero que veas algo. Ya ha llegado la hora de que vuelvas.

Llegamos hasta lo que parece ser el pasillo de un hospital, pero no se ve tan blanco e inmaculado como suelen ser de por sí, sino que hay manchas extrañas por todas partes, niebla oscura en ocasiones. Es bastante escalofriante, no sé qué hacemos aquí, la verdad, no comprendo nada.

Antes de que ella lo mencionara nunca me había parado a pensar en cómo era mi vida antes de esto, simplemente no necesitaba saber, lo que veía era mi vida y me gustaba, de alguna manera me sentía segura. Sin embargo... había muchas preguntas en mi mente, y esa sensación de vacío que provocaba el no tener respuesta para ellas no me agradaba nada, así que cualquier cosa que debiera mostrarme sería bienvenida.

Nos paramos frente a la puerta 407, esta también tiene manchas oscuras y sale a través de ella una espesa niebla oscura.

—Ya hemos llegado —anuncia—. Quiero que comprendas por qué te he traído aquí, pero antes, una pregunta: ¿quiénes son esos seres contra los que combates?

Me detengo a pensar. Creo que, en verdad, no lo sé muy bien, no con detalles, así que respondo mientras me encojo de hombros.

—Ni idea, sé que no son buenos, que hacen daño a la gente y por eso hago lo que hago. Purifico el ambiente para dañarlos, borrar el mal que hacen y les aprisiono en las cuentas para que no vuelvan a molestar. No sé nada más allá de eso.

—Bien. Ellos son sombras del inframundo, vienen cuando los humanos son vulnerables para arrastrarlos con ellos y depende de la fortaleza de aquel a quien ataquen que lo consigan. No siempre matan a sus víctimas, por supuesto, pero sí las dañan de alguna manera. En tu caso, los has enfrentado previniendo las pesadillas que crean mientras otros duermen. Siempre acuden cuando hay alguien con una vida tormentosa y muchas preocupaciones o que se encuentre mal de salud; surgen gracias a esa brecha que separa la vida de la muerte, ¿comprendes?

Asiento con la cabeza y ella continúa.

—Este ambiente oscuro, estos rastros por todas partes, esta niebla, es lo que provocan a su paso.

—¿Por eso me has traído aquí? ¿Quieres que lo limpie todo?

—No, has hecho un grandísimo trabajo, ya es hora de que vuelvas —responde con una cálida sonrisa, intentando tranquilizarme.

—No comprendo.

—Ahora lo harás —dice abriendo la puerta.

La habitación está tan plagada de niebla que cuesta ver a través, pero sí se puede apreciar con claridad las siluetas oscuras en su interior, rodeando lo que parece ser una cama.

Los monstruos se giran para mirarnos y Tiffany comienza a trabajar, a purificar el ambiente gracias a las herramientas que tanto había usado hasta hacía un par de horas.

Pretendo sacar las mías para ayudarla, pero me sorprende y alarmo al no encontrarlas.

—¿Por qué yo no tengo? —le pregunto mientras ella intenta aguantar los ataques de aquellas criaturas, doloridas porque su oscuridad se iba disipando poco a poco.

—No las necesitas —me contesta—, tienes una misión aún más importante —continúa señalando la cama que había en la habitación.

Echo un ligero vistazo y retrocedo asustada al verme tendida y magullada en ella.

¿Cómo podía ser si yo estaba aquí?

—No puede ser —murmuré.

—Lo es, eres tú.

—¿Y cómo puede ser posible?

—Tuviste un accidente y te golpeaste fuertemente la cabeza, estás así desde entonces. Todo el tiempo que combatiste contra las sombras de otros, una parte de ti siempre estuvo aquí y las sombras te rondaban desde entonces, pero ahora eres lo suficientemente fuerte como para despertar —aclara mientras atrapa a un par de criaturas en su pulsera, que gritan con agonía.

Aún quedan muchas, son como una docena.

—¿Qué debo hacer?

—Solo volver a unirme, no tienes más que acercarte y el resto vendrá solo.

—¿Y qué pasará contigo? Son demasiados.

—Estaré bien, pero, si no los mantengo a raya, no podrás despertar, y son muy pesados, así que date prisa.

Se la ve algo cansada, lo que me preocupa. No la he visto nunca en acción, pero no sé si aguantará.

—Déjame ayudarte —le pido.

—No puedes ni debes, tu misión es volver —dictamina atrapando a otro más—. ¡Vete! —ordena y me empuja hacia la cama.

Quiero resistir, pero algo empieza a tirar de mí, he debido de aproximarme lo suficiente como para que sucediese. Una fuerza misteriosa tira de mí, acercándome hacia mi yo tendida en el hospital.

—Te echaré de menos —grito antes de que ella y las sombras se desvanezcan.

—No me recordarás —responde antes de dejar de verla.

Siento que caigo, mientras todo se desvanece a mi paso en un descenso que parece nunca terminar.

Todo está oscureciéndose cada vez más hasta que desaparece la luz, no hay color, tan solo la nada más absoluta e inquietante.

Poco a poco, las imágenes vienen a mi cabeza, imágenes de quien era yo, de a qué me dedicaba, cuál era mi vida antes, quienes eran mis familiares y amigos.

Veo a una niña que quería ser bailarina, a una chica que estudió, entrenó y sacrificó mucho para lograrlo y a unos padres orgullosos de ella.

También veo peleas familiares, pero parece que se querían, que no eran algo grave, lo superarían.

Veo quedadas de amigas, tardes de cine, veranos en la piscina...

¿Toda esa era mi vida pasada?

Se ve agradable, cálida, me gusta. Y pensar que he estado todo este tiempo luchando..., no... ¿Dónde he estado? ¿He hecho algo más? Podría ser que sí, pero no logro recordarlo.

Intento hacer memoria, pero me duele la cabeza cuando me esfuerzo en ello.

Empiezan a aparecer imágenes de dos hermanas que van al centro comercial en el coche de la mayor de ellas, veo que ríen, que conversan y un coche que intenta frenar. Pero van a chocar, vamos a chocar.

¿No puedo evitarlo?

Vamos a chocar...

Si es una pesadilla, quiero despertar ¡YA!

Me esfuerzo todo lo posible en abrir los ojos, esto debe de ser un sueño, mi cuerpo tiene que responder si quiero abrir los ojos y entonces terminará todo.

Mi intento surte efecto y poco a poco consigo abrir un poco más los ojos... los párpados me pesan horrores. ¿Dónde estoy? Lo último que recuerdo es estar con mi hermana y un coche...

¿Dónde está mi hermana? ¿Está bien?

Miro a todas partes y respiro tranquila cuando la veo con cara de sorpresa a mi lado. Entonces empieza a sonreír y me abraza tan

fuerte que me cuesta respirar.

—Qué bien que hayas despertado —celebra llorando, feliz.

EL CAMINO DEL ODIO



OLGA

Nada como un buen café por la mañana, es lo que siempre digo y es algo ya imprescindible cubierto a estas horas, a pesar de que aún está todo tranquilo, como es costumbre, con lo que no me suelo dar prisa en comenzar la jornada.

Mi hermano y compañero de negocios siempre protesta por esto, pero no puedo resistirme a, nada más llegar a La Plaza de las Magnolias, pasarme por la cafetería y pedir mi carburante principal para funcionar antes de abrir la tienda. Ya que estoy, si la vida me pone delante la obra de arte que es el culito tan mono que tiene Harry, ¿cómo no le voy a dar un vistazo? Esas nalgas alegran el día a cualquiera.

Me recuerdo mentalmente que debo pedirle salir en lo que voy con una caja a reponer chucherías.

—Disculpe, ¿está abierto? —pregunta una mujer con una largura de pelo envidiable.

—Sí, pasa sin problemas —respondo con toda la energía que me aportaba la cafeína.

—Muchas gracias, pensaba que no iba a tener suerte al ver la persiana algo bajada —me comenta mientras ojea las estanterías.

—Bueno, eres de las pocas personas que madrugan para ir a una tienda de golosinas —repongo de pasada encogiéndome de hombros, a lo que ella ríe.

—Supongo, es que tenemos una excursión preparada con el peque y necesitábamos provisiones.

—Nada como el azúcar, entonces.

Alguien más ha madrugado y acaba de cruzar la puerta. «Bueno, a cada uno su droga», pienso al ver a la chica de no más de catorce años con pinta de mono de dulce.

Me dirijo a la caja para cuando se decidan con lo que sea que estén buscando, pero veo a la nueva clienta algo que no me mola nada. ¡Me está robando la muy cabrona! Y todavía se pensará que no la he visto. ¡Pues me va a oír! A mi hermano le podía robar, que no me importaba, pero la otra mitad del negocio era mía y detestaba no llegar a fin de mes.

—Oye, bonita, ya estás sacando lo que has cogido del bolsillo de tu sudadera, ¿o te crees que no te he visto? —le increpo con chulería a ver si se achanta, algo que parece sorprender a la mujer que tiene un aire a Rapunzel.

Soy del barrio, a mí no se me roba. ¡Buena soy!

La jodía no solo no se altera, sino que me saca una pipa. ¿En serio? ¿Qué padres dejan al alcance de sus críos una pistola? Es más, ¿qué hace con una? Yo a su edad jugaba con... bueno, no tengo excusa, que yo he sido una cabeza loca, ¡pero nunca atraqué a nadie, coño!

—Dame lo que hay en la caja —me ordena algo nerviosa.

Pues vamos bien, a este proyecto de atracadora no le va a gustar que acabo de abrir y que ayer fue la recaudación.

—Te vas a llevar una decepción —me excuso con las manos en alto. Como a la gente con pistola de las pelis les gustaba—, pero cerramos la caja ayer —explico también nerviosa mientras intento

averiguar qué coño hace Rapunzel que no llama a la poli. Igual está tan asustada como yo.

¡Pues va bien la mañana! Si ya digo yo que no es sano madrugar.

Camino hacia la caja con las manos en alto y sin darle la espalda. Cambio de ángulo a mi paso, así que puedo darme cuenta de que Rapunzel está acojonada perdida y con las manos en alto como yo, no sé si por solidaridad o por no ponerse una diana en el pecho si intenta algún movimiento extraño. ¡Que es una cría, por favor! Entre las dos le podemos quitar el arma.

Un estruendo suena de pronto afuera y nos asusta a todas, pero más susto me acabo de llevar al oír que la puñetera canija acaba de disparar al sobresaltarse. Si es que... no hay que jugar con pistolas, al final alguien acaba con un tiro.

Pierdo fuerzas de repente y acabo desplomada en el suelo mientras me miran asustadas. Bueno, la niña no sé de qué se sorprende, no iba a salir agua precisamente. Hostia... y esto duele muchísimo, estoy llena de sangre, sale demasiado rápido.

Tengo frío...

APRIL

Tras la última discusión con mi padre, he decidido que ya está bien. ¡Estoy harta de que me mangonee, de que decida por mí y yo no opine en todo esto! Pues a ver con qué cara explica que me he pirado.

Lo de dormir fuera no ha sido tan agradable como podría parecer, así que, como soy una chica precavida y sé los peligros que hay afuera, me he llevado su pistola. No está cargada, por supuesto, pero eso solo lo sé yo.

Lo primero que necesito para «labrarme un futuro», como dice él, es pasta, así que mi amiguita me servirá para conseguirlo.

Como aún es temprano, algún comercio habrá por ahí y seguro que el tendero está tan empanado que puedo irme sin problema. Prefiero pasar desapercibida, pero, si las cosas se tuercen, tendré que actuar.

En La Plaza de las Magnolias apenas hay movimiento y la verdad es que estoy impaciente por comer algo, así que no debería dejar pasar más tiempo. Entro en «Chuchelandia» que, por cierto, vaya birria de nombre, y compruebo que apenas hay gente. ¡Perfecto!

Lo mejor en estos casos es ir a una zona apartada del tendero para poder mangar con discreción.

—Oye, bonita, ya estás sacando lo que has cogido del bolsillo de tu sudadera, ¿o te crees que no te he visto? —me suelta la dependienta.

Mierda... no me va a quedar otra, ser discreta parece no ser lo mío.

—Dame lo que hay en la caja —le ordeno después de girarme y sacar la pistola.

Su cara y la de la otra clienta son un poema, me invade una sensación de poder que está bastante bien, ningún psicólogo me habló de esto para subir la autoestima.

La señora obedece, es lo que le toca, lo que hace todo el mundo en estos casos para no acabar con un agujero nuevo.

—Te vas a llevar una decepción, pero cerramos la caja ayer. —
¡Vamos, no me jodas! Tiene que ser una broma.

O tengo mala suerte o esta tía me está tomando el pelo para no darme una mierda.

Un ruido muy fuerte y cristales rotos suenan en la calle. No ha podido darle tiempo a la poli de llegar, ¡imposible! ¿Qué mierda ha pasado?

Cuando me doy cuenta, he accionado el gatillo. «Menos mal que no está cargada», pienso, lo que hubiese sido una anécdota curiosa de no ser porque, de repente, la señora está sangrando en el suelo de la tienda.

¡Mierda, mierda, mierda, mil veces mierda!...

La clienta sale huyendo y yo me quedo clavada en el sitio sin saber qué hacer.

¡La he cagado, pero bien!

KAREN

Algo que siempre me ha encantado es madrugar los sábados y aprovechar bien el día, ya sea con una excursión por la naturaleza o tan solo para hacer recados. Me siento más viva cuando veo que mi tiempo no se desperdicia.

Hoy tenemos salida familiar con el peque por la montaña, considero que es algo importante el inculcarle amor y respeto por la naturaleza, al menos así nos aseguraremos de que en el futuro no sea una de esas personas que allá donde van dejan sus desperdicios.

Pero todo buen viaje que se precie necesita suministros, y las chucherías, a pesar de no ser lo más sano que hay, son todo un vicio para mí.

Para nada me esperaba encontrarme involucrada en un atraco. Pero ¿qué edad tiene esta niña? ¿Saben sus padres que tiene un arma? Quiero creer que esto no está pasando, no sé muy bien qué tengo que hacer o cómo actuar, pero el miedo a no poder estar ahí para mi pequeño, el no verle crecer, consigue que no mueva un músculo. ¡No puedo arriesgarme así, no cuando tengo a alguien a mi cargo! Yo no soy la importante, pero quiero seguir viva para garantizar un futuro de amor y cariño a mi niño.

Oigo un estruendo fuera y se me encoge el corazón. ¡Mi familia está ahí!

Sentir el estruendo del disparo me aterra, pero es una oportunidad para escapar. ¡Lo siento! Pero he de encontrar a mi

familia y asegurarme de que están bien.

Según salgo, puedo ver con estupefacción el desastre. ¡Alguien ha roto la cristalera de la cafetería «Un café y nos vamos»! ¿Qué está pasando? ¿Por qué hay una mujer en mitad de la plaza mirando hacia allí como si nada?

¡Betty! Por fin los veo, están en el parquecito de la plaza. Hago el amago de ir hacia ellos, pero algo en mi campo de visión me alerta. ¡Alguien se incorpora entre los cristales de la cafetería y empieza a transformarse en un lobo ante mis narices!

BETTY

No es que me emocione madrugar, soy de esas personas que tienden a apetecerles desayunar tranquilamente mientras ven la televisión, pero mi mujer es una apasionada de las actividades y, a veces, me contagia parte de la energía y entusiasmo que desprende a su paso. Por supuesto, hoy es uno de esos días en los que he abandonado el pijama para ponerme el calzado y la ropa de excursión. Aún estoy algo atontada, así que he dejado que Ben juegue mientras lo superviso desde el banco colindante al parque. Estaré parcialmente dormida como una hora y algo más, Karen siempre dice que soy medio marmota. No obstante, mi sopor no es suficiente como para que no salten mis alarmas al ver ciertos movimientos extraños en la plaza. Hay un grupo de personas que están discutiendo.

Comienzan a pelearse, así que corro hacia mi niño para asegurarme de que no le pase nada, decisión que agradezco en cuanto veo que una mujer que está envuelta en todo ese asunto, de repente, agarra y hace volar por los aires a otro hombre, quien atraviesa el cristal de la cafetería. No sé si estoy más asustada o sorprendida, pero no veo el momento de reunirme con Karen y salir pitando de allí. ¿Acaso alguien tiene tanta fuerza?

Espera, ¿¿se está transformando en un oso?!

BEN

Hoy es un día genial, ¡voy con mis mamis de excursión! Es mi pasatiempo favorito, porque puedo jugar en la naturaleza y estar con ellas. Ojalá que vayamos a ver las estrellas con el telescopio otra vez, mamá sabe mucho y nos explica muchas cosas e historias de ellas.

Ahora estamos en el parque mientras mamá va a comprar chuches, así que no me importa esperar, me estoy divirtiendo. Espero que se acuerde de comprarme los regalices que le pedí. ¡Son mis favoritos del mundo!

Oigo un ruido fuerte que me asusta. ¿Qué está pasando? Mamá corre hacia mí asustada. ¿También tiene miedo? Mis mamás nunca tienen miedo, eso es que algo muy malo pasa. Me abraza y mi otra mamá se reúne con nosotros después de salir corriendo de la tienda.

No entiendo nada. ¿Qué está pasando? ¿Por qué se pelean esos mayores? ¿Se han enfadado? En el cole, cuando alguien se enfada o los niños se pegan, nos hacen pedir perdón y darnos un abrazo. Igual alguien debería decirles que se pidan perdón y se den un abrazo, que pegarse no está bien, es mejor que seamos todos amigos.

Veo algo en un árbol cercano que se mueve. ¡Es un pájaro negro! Me gustan los pájaros, en casa tenemos un periquito que se llama Dexter. Parece que él también mira la pelea, ¿estará asustado como nosotros?

HARRY

Mi vida es bastante monótona, pero soy un chico sencillo y no me importa mucho realmente. Amo la tranquilidad tanto como para preferir no estar detrás de la barra, no me siento cómodo que digamos tratando con gente cada día, que no siempre es amable, pero siempre tienes que tener una puta sonrisa en la cara. Como si yo no tuviese mis propios problemas...

Como cada día, Olga ya se pasó por aquí a pedir su café y a mirarme el culo cuando cree que no me doy cuenta. No es que me importe mucho, pero podría ser más disimulada. En fin, supongo que ella es así.

No es que haya mucha gente hoy, un par de adolescentes tonteando y un viejo que me ha gruñido que quería un café según ha entrado. Creo que no está de más un «hola» y un «por favor», estoy harto de que me traten como si fuese un botón que pulsan para tener su pedido. Tendría que cobrarles más por bordes.

Un estruendo me sobresalta de golpe y dejo la caja para girarme. ¡Alguien acaba de atravesar la puta cristalera! Espera, ¿eso es un disparo? Viene de la tienda de Olga. ¡Maldición!

El tío se levanta, pero no me da tiempo a gritarle nada cuando veo que se transforma en un lobo. ¡Un puto lobo, joder! ¿Qué estamos?, ¿en una película? ¡Que esto no es Hollywood!

Puede que me cueste el puesto, pero ¡a la mierda! Quiero saber si Olga está bien, así que salgo corriendo.

Cuando entro veo a una cría con una pistola, cara de susto y a Olga sobre un charco de sangre.

—¿Qué mierda has hecho?! —grito más que pregunto, es bastante evidente lo que ha pasado.

—L...lo... siento, yo... —tartamudea asustada mientras suelta la pistola.

Corro hacia Olga para teparle la hemorragia y empiezo a hacer presión.

—¡Llama a emergencias! —ordeno a la cría.

—No tengo el móvil —se excusa poniéndose a llorar.

Le cedo el mío como puedo sin dejar de apretar.

—Pon el altavoz —le indico aún enfadado.

—Harry... —empieza a hablar Olga— tienes un culo muy bonito, sal conmigo —dice sonriendo la muy inconsciente mientras tiembla.

ENRIQUE

Todas las mañanas este niñato me mira con cara de imbécil, como si le debiese algo. Pues, si espera propina, va listo. Se libran de que deje de venir porque su café es medianamente decente, no como el de otros tugurios o cafeterías de pitiminí que hay por la ciudad. Lo que no me gusta es tener que madrugar si no quiero encontrarme con todos los criajos jugando, correteando y dando gritos como si fuesen monos en el circo.

Esta mañana no hay mucha gente, pero aun así ya hay un puñetero crío dando vueltas. A veces dan ganas de decir a sus madres que les pongan correa.

¡Encima ahora se acerca gentuza! Esas pintas lo gritan, no son de fiar. Se habrán escapado de algún loquero o de alguna secta, porque casi todos visten con la misma chaqueta. ¡Qué poca personalidad!

Parece que están discutiendo. Me molestaría, pero igual es lo más interesante que voy a ver esta mañana. Los niñatos se dicen cuatro tonterías, dan un par de leches, lloran un poco y ya vienen las madres a separarlos. Patético, ¡así no forjan el carácter!

¡¿Acaba de lanzar esa mujer al hombre por los aires?! Esto empieza a estar entretenido, lástima que no haya palomitas cuando hacen falta.

No me puedo creer que se estén transformando los dos en animales, pero siguen dándose de leches, así que me parece bien.

Pediría al camarero algo para picar, pero el muy cobarde se ha pirado. ¡Qué poca profesionalidad! En mis tiempos ya estaría despedido después de un par de collejas.

Parece que el chico joven quiere intervenir. ¡Otro aguafiestas! Si no vas a darte de leches, hazte a un lado.

DAVID

No podía creerme que estuviese allí con Carla, ¡con Carla!, una de las chicas más guapas del instituto. Al final sabía que el físico no lo era todo, que no hacía falta ser un superdeportista cachas para gustarle. A fin de cuentas, si Brian llevaba tiempo detrás de ella, siendo él precisamente por quien todas las chicas mojaban las bragas y estaba justo aquí conmigo tomando un té ¡eso significaba que los cachas no eran su tipo!

Mis colegas me han advertido que solo le intereso por el trabajo de grupo, que se ha juntado conmigo para aprobar, pero yo sé que tienen envidia. Además, hemos quedado en un lugar público y no en mi casa, eso dice que no le da vergüenza que la relacionen conmigo.

Me pregunto si le gustaré... ¡Hostia! ¡Hostia! ¡Hostia! ¿Acaba de atravesar un tío el cristal? Espera, ¡¿se está convirtiendo en un perro?! ¿Qué cojones tengo que hacer ahora? En las pelis esta es la típica situación en la que el chico demuestra lo fuerte que es protegiendo a la chica, pero yo me caracterizo más por el intelecto que por la fuerza. ¡Joder, voy a quedar como un panoli!

La veo y parece que está bien, flipando como yo y viendo la pelea. Ambos parecen tener bastante fuerza, se muerden y la osa a veces agarra al perro y lo lanza por ahí. ¡Esto parece sacado de un cómic! ¿Serán superhéroes?

Un chaval se mete en medio, parece que intenta separarlos. Habla con ambos, pero no se entiende bien desde aquí. Seguro que estos no se lo creen cuando lo cuente. ¡Voy a sacar el móvil!

CARLA

Nunca se me ha dado bien Filosofía y es por el puñetero trabajo que estoy aquí. Vale, ya sé que podría haberme puesto con Valeria y Chris, pero íbamos a hacer el tonto en vez de algo serio y seguro que catearíamos. Ya me echaron la chapa en casa: si quiero tener verano, y básicamente vida social, tengo que sacar todas o adiós vacaciones. Básicamente, por eso estoy aquí con David, él es un hacha, así que algo aprenderé. No es como si fuese a dejar que él haga todo el trabajo, que podría, pero de cara al examen no me iba a servir eso.

Tengo que conseguir ir al festival de música este verano. ¡Va a ir Héctor! La pena es que irá con el pesado de Brian, que no entiende que no me gusta, que prefiero a su amigo, pero el muy idiota tiene novia. No importa, ya se fijará en mí en el festival, cuando vea que he ido a clases de baile y me he comprado ropa supermona. ¡Ojalá me dejasen hacerme el piercing en el ombligo! En casa son unos carcas. Igual consigo falsificar la firma, seguro que Héctor se muere al verme con un piercing.

Pero ¿qué pasa? ¿Una pelea callejera? En un sitio con tantos testigos. ¡No me lo puedo creer! Pero ¡si son animales! Me caigo muerta, esto o lo grabo o nadie me creerá. Seguro que en YouTube tiene millones de visitas... ¡pues para mi canal que va!

No estoy segura, pero creo que oí algo más. ¿Un disparo puede ser? Debe de ser impresión mía. ¡Ni que estuviésemos en un barrio marginal o algo así!

KATRINA

El hogar de uno es lo más sagrado. Tienes que poder tener tu propio sitio, uno donde te sientas en paz, tranquilo y seguro, donde solo vaya la gente a la que tú permitas entrar y donde los intrusos sean castigados con la muerte.

Lo único que pienso al ver que mi santuario ha sido profanado es en vengarme. ¡Está todo destrozado! No debe de haber ni un solo objeto entero. ¡Qué desastre! ¿Quién será el desgraciado que ha hecho trizas mi remanso de paz? ¡Pagará por esto!

De pronto, veo a un cuervo acercarse, está viejo, pero huele a córvido.

—Sé quién ha hecho esto, hija, lo he visto todo —me dice.

—Habla, anciano —le ordeno airada.

—He visto a unos lobos rondando por aquí, destrozaron tus cosas.

—¡No puede ser, abuelo! Tenemos un trato, yo no piso lo suyo y ellos me dejan vivir en paz en mis tierras.

—Bueno, quizás lo hayan roto... —Me deja caer.

—¿Para qué? ¿Por diversión? —cuestiono indignada.

—Puede, o quizás para que te marches. Si no tienes hogar, te irás, y todo el mundo sabe que los lobos son muy pesados con sus dominios.

Medito las palabras del viejo, no es que no me encaje, todo el mundo sabe lo débiles y cobardes que son, que necesitan ir en

grupo para sentirse poderosos. Ahí sí se crecen y van de chulos. ¡Pues conmigo no van a poder! Teníamos un trato, maldita sea. ¡No tienen honor alguno! Pienso reunirme con el alfa para aclarar todo este asunto cuanto antes y, si es preciso, usaré los dientes antes que las palabras.

BÁRBARA

Últimamente, hay tensiones en la familia, todos están crispados con la presencia de la osa que hay por aquí cerca. No es nueva su presencia, pero no supondría un foco de estrés de no ser por la escasez de comida que sufrimos de un tiempo para aquí.

Establecimos nuestros hogares y dominios casi a la vez, cuando aún había abundancia. Dados los cambios actuales, quizás haya que renegociar los acuerdos o acabaremos matándonos por el último pedazo de carne o, más bien, por una zona segura en la que vivir.

Los osos son testarudos, esa mujer no dejará su hogar, a pesar de que nosotros seamos mayoría y necesitemos más alimento. Por mi parte, tampoco creo que sea necesario que ella se marche, pero la manada está tensa, a pesar de todo. No los culpo.

Podríamos integrarnos más con los humanos, nos las apañamos bien para pasar desapercibidos, pero por aquí dicha idea no les hace mucha gracia, piensan que es perder nuestra esencia, humanizarnos, olvidar las raíces, enjaularnos.

Ha venido no hace mucho un cuervo con noticias importantes a reunirse con mi marido. No es que me extrañe, ya que es el alfa, pero tras su visita decido acercarme a preguntar.

—¿Qué tenía que contar, querido?

—Una tropelía. ¡La osa está cruzando nuestros dominios y ha estado cazando aquí! —Me sorprenden sus palabras.

—¿Estás seguro de eso?

—Nos lo ha contado el cuervo, y ya sabes lo cotillas que son.

—Ya, pero ¿y si te está mintiendo?

—No lo creo, Bárbara, ya sabes lo insubordinados que son los osos, no entienden de normas, de tratos ni de nada. Era cuestión de tiempo, hemos sido unos ingenuos.

—¿Y qué saca el cuervo de todo esto? —le cuestiono para hacerle reflexionar.

—A ellos les vale con obtener y traer información. ¡Son unos metomentodos! No... pero esta no se va a salir con la suya.

ASDRU

Las noticias del viejo no eran para nada una sorpresa, nuestra rivalidad era ancestral y era cuestión de tiempo que una antisistema como aquella se pasara a nuestros dominios. Fui con mi mano derecha, Zack, y con mi hijo Ethan a su encuentro, la invadiríamos en sus propios dominios. ¡Poco me importaba ya lo que fuese de ella si había ignorado el pacto, condenándonos a la muerte de la manada!

Nos la encontramos prácticamente a las afueras de nuestro territorio, como in fraganti en un intento de invasión. Había algunos humanos en aquella plaza, así que Ethan y Zack insistieron en cerrar la zona por lo que pudiese pasar. Aquella era una práctica típica, se basaba en una magia antigua, evitaba que los testigos que hubiese saliesen y que entrasen nuevos. Luego se podrían modificar sus recuerdos.

—¡Ahí estás! ¿Se puede saber dónde queda tu palabra? —le reproché.

—Mi palabra... ¡Qué valor! Encima vienes con tus amigos a encararme. ¿Tan flojo eres? —¿Me estaba retando acaso? Esta no sabía con quién estaba tratando.

No tardé en lanzarme a por ella, mas tuve la mala pata de ser agarrado. Reconozco que no esperaba salir por los aires, normalmente esquivo mejor, quizás fue el enojo que no me dejó pensar con claridad.

Me transformé para llegar más lejos y fui a su cuello peludo con intención de desgarrarlo, pero me bloqueó. Tuvimos más idas y venidas hasta que acabamos bloqueándonos ambos, en un forcejeo.

—¿Ves cómo eres un flojo? —se burló.

—¡No te permito que me hables así delante de mi familia! ¡Insubordinada! ¿Dónde queda tu lealtad?

—¡No le debo lealtad a nadie, mucho menos si destroza lo mío!

—¿De qué se supone que hablas? Ya no sabes ni qué inventarte.

—¡De mi hogar! Tú y tus esbirros lo destrozasteis.

Entonces Ethan apareció. ¡¿Cómo se atrevió a intervenir?! Va en contra de las normas de la manada. ¡Me va a oír cuando volvamos!

ETHAN

Antes de marchar con mi padre y con Zack aquel día se me acercó mi madre con cara de preocupación.

—Cariño, prométeme que vas a cuidar de que tu padre no haga tonterías. Está tan enfadado que no piensa con claridad.

Le puse una mano en el hombro para infundirle tranquilidad.

—No te preocupes, madre, la manada está unida y es fuerte, no nos pasará nada.

—¿Tú has visto a la osa en nuestra zona alguna vez? ¿Crees en las palabras del viejo?

—No la he visto en persona, pero ¿y si ha cruzado?

—A eso voy, cariño. No puedes ir a recriminar algo a alguien solo por boca de otro, al menos, tendrás que comprobar por ti mismo que así es.

—¿Tienes alguna sensación extraña? —Madre es intuitiva, a veces, diría que huele la maldad en otros.

—Digamos que ninguna buena. —Aquello me valía.

—Estaré alerta —le aseguré antes de partir.

Ya en el fragor de la pelea las palabras de la osa me retrotrajeron a la conversación con mi madre. Aquello no encajaba, así que decidí intervenir y me puse entre los dos, aun a sabiendas del riesgo que implicaba y del agravio al alfa. Si con ello evitaba una muerte, seguro me lo perdonaría. Por supuesto, padre mostró su desacuerdo, pero lo ignoré.

—¿De qué hablas? —le cuestioné a la osa mientras forcejeaba con ambos.

—¡Habéis entrado en mi casa y lo habéis destrozado todo! Si alguien se ha saltado el pacto, sois vosotros.

—Nadie de la manada entró en tus dominios, menos en tu hogar —le aseguré.

—¡Mientes! El cuervo os vio.

—¿El cuervo? ¿Hablas de un viejo?

—Sí, ¿por qué?

—Porque es el mismo que nos dijo que tú habías cruzado a nuestra zona.

—¡Eso es mentira! —profirió indignada.

El olfato de madre, como siempre, dando en el clavo.

GRINGLOCK

Menudos necios, ¡qué fácil ha sido engañarlos! Pero el mérito tampoco ha sido muy mío, solo me he aprovechado de una enemistad arto conocida. Ha sido como prender una pequeña chispa en un bidón de gasolina y esperar a que ocurra el desenlace evidente.

He logrado que apenas con unas pocas palabras se desate la guerra, la lástima ha sido que interviniese el joven, casi estaba hecho.

Igualmente, volví hacia el consejo a presentar los resultados, esperando que fuese suficiente como para ganar el puesto que tanto llevo esperando.

Estaban hablando entre ellos, debatiendo, pero al final se pronunciaron en su decisión.

—Gringlock, a pesar de que es de admirar y valorar que solo hayas precisado de una visita a cada uno con no más de cinco o seis frases para desatar el caos, hemos de reconocer que esperábamos al menos la muerte de alguno de los involucrados. Por tanto, suponemos que comprenderás que te quedes en una segunda posición respecto a Grellern.

¿Grellern ocupando mi ansiado puesto? ¡No lo iba a permitir! No estaba dispuesto a prescindir del poder y longevidad que este otorgaba ¡ni mucho menos a ajarme mientras él disfrutaba de su lozanía!

—Lo comprendo, señores del consejo —mentí con una reverencia mientras contenía la bilis.

—Suerte para la próxima vez —dijo el muy desgraciado tras deshacerse la reunión—, no has demostrado suficiente influe...

Tuvo que callarse si quería seguir respirando. Con su fallecimiento yo me haría con su puesto, poco importaba que acabase de apuñalarlo. ¿Había conseguido una muerte o no?

Gaia salve al Rey Cuervo.

ZACK

Me alegré de que Ethan interviniese y pudiera arreglar las cosas, al menos hizo razonar a ambos y no tuvimos ninguna muerte que lamentar. Podríamos haber acabado con ella sin mayor miramiento, pero no era para nada necesario ni apropiado, más si cabe cuando ambos habíamos sido meros títeres. Ahora restaba el trabajo de borrar las mentes de los humanos que habían sido testigos, no debían saber de nuestra existencia o nos darían caza.

Al entrar en un establecimiento, pude ver a una humana desangrándose en el suelo. Nosotros solo borramos mentes y modificamos recuerdos, no intervenimos para nada más en los acontecimientos de sus vidas. No obstante, me apiadé de aquella criatura y le apliqué una magia rápida de curación para que al menos resistiese hasta que la ayuda llegase. A fin de cuentas, era probable que el escándalo que montamos tuviese que ver con su estado.

Respiré aliviado al comprobar que todo fue un engaño y que no había motivo para la guerra, sin embargo, pensé que, si algo podíamos aprender de lo que pasó, era que los prejuicios no llevaban a nada bueno, que con una simple mentira y el rencor acumulado podría haberse desatado la tragedia. Era mejor no escuchar a cualquiera que tuviese algo que decir, no al menos sin comprobar por uno mismo cómo de ciertas eran sus palabras, no fuera a ser que las lenguas fuesen malintencionadas.

PORQUE NO PUEDO VIVIR SIN TI

Desde siempre fui una persona solitaria, no tengo amigos que lo corroboren, aunque supongo que eso habla por sí solo. Tampoco he tenido grandes aspiraciones en mi vida, no destacar en mi modesto trabajo y llegar a fin de mes es más que suficiente para mí. Mi vida era tranquila hasta que tú llegaste y qué divertido que fue por casualidad.

Te conocí en el autobús al que me subía siempre para ir a trabajar. ¿No es curioso? Llevo años subiéndome al mismo autobús a la misma hora todos los días desde hace años, sentándome solo para variar, pero no me malinterpretes, la soledad no me disgusta. Sin embargo, fue sorprendente que una criatura tan hermosa como tú se atreviese a sentarse junto a mí.

Reconozco que al principio recelé, pensé que se trataba de una broma cruel, pero admito que bajé un poco la guardia cuando vi que sacaste un libro de tu bolso, ¿te lo puedes creer? ¡Exactamente el mismo libro que leía yo en ese momento! Me reí interiormente, pero no te dije nada, era una visión tan perfecta el contemplarte leer que no quería estropearla con mi estúpido balbuceo, porque nunca puedo hablar con fluidez cuando estoy nervioso.

Al final tu compañía en el autobús resultaba agradable y se acabó convirtiendo en el mejor momento del día.

Tenía tantas ganas de hablarte... tantas ganas de saber más de ti... pero nunca me atrevía. ¡Soy tan estúpido!

¡Un día te giraste y me hablaste! No me lo podía creer, y lo peor era que casi me pillaste contemplando tu etérea belleza porque, ¿sabes?, eres como una obra de arte.

Fue un momento fugaz y precioso; me preguntaste la hora, pero no pude contestarte, no estaba preparado para hablar contigo, así que te señalé mi reloj para que la vieras tú misma. Me diste las gracias y seguiste leyendo. ¡Qué idiota fui! ¿Qué pensarías de mí después de eso?

Algunas noches soñaba contigo, soñaba que reunía el valor suficiente y conseguía hablarte y, ¿sabes?, me sonreías y hablábamos durante horas. ¡Era el paraíso! Pero daba por perdidas todas mis esperanzas, creí que no querrías volver a sentarte nunca más conmigo después de aquello, mas fue sorprendente comprobar que no eres así, que eres mucho más compasiva que todo eso y que seguramente comprendiste mi naturaleza tímida. Subiste en tu parada de siempre y, cuando pensaba que pasarías de largo por aquel inacabable pasillo, llegaste y te sentaste a mi lado, justo como el día anterior, justo como siempre.

Me da algo más de vergüenza reconocer esto, pero creo que comencé a enamorarme de ti o, quizás, ya había caído en la trampa del amor desde el principio y, tonto de mí, no me había dado cuenta hasta ese momento.

Cada vez que estaba contigo el pulso se me aceleraba y me sentía vivo como nunca me había sentido. ¿Cómo es que dabas tanta luz a mi oscura vida cuando ni siquiera habíamos entablado ni una sola conversación? Supuse que era algo que nunca averiguaría

realmente, ya que hay misterios que nunca llegamos a desentrañar del todo.

Recuerdo la primera vez que te oí cantar, bueno, realmente fue tararear. Era un día lluvioso y tan gris que entristecía el alma y tú estabas leyendo como siempre cuando el conductor puso la radio. No sé qué emisora era, pero maldecí a aquel desgraciado por interrumpir mi momento perfecto del día con ese ruido insustancial. Sin embargo, enseguida me sentí agradecido y abrumado al mismo tiempo, ya que reaccionaste de pronto a una canción totalmente desconocida para mí y comenzaste a tararearla, convirtiéndola de repente en música celestial. ¿Acaso había algo más hermoso que aquello? Sinceramente, lo dudaba.

Aquella noche soñé con que cantabas para mí y tu voz era tan clara y cristalina como el agua más pura que seguro beben los ángeles en el paraíso. Porque eso eras tú, un ángel caído del cielo, un ser tan perfecto que no debía pertenecer a este mundo. No... de ninguna forma, algo así era imposible. Nadie salvo un ángel podía traer tanta paz y armonía a mi vida, ahí fue cuando me di cuenta de que debía de ser adicto a ti, porque no concebía un mundo sin ti, no comprendía cómo había logrado sobrevivir en mi penosa vida tanto tiempo sin tu presencia, sin tu compañía, sin tu voz... esa voz que envidiaba cualquier mortal. No, definitivamente un mundo sin ti era lo más triste y aterrador que debía existir. Y pensar que había estado tantos años ciego y ahora por fin veía la luz...

El día que no te sentaste a mi lado fue más oscuro que el día lluvioso que tan cálidamente habías iluminado con tu dulce canto, entonces ibas con una amiga hablando animadamente.

Oh, cómo la odié por robarte de esa manera, por impedirme el hermosísimo momento de verte leer, por secuestrarte de mi lado tan vilmente. Lo único bueno que tuvo aquel día fue que oí tu risa. ¡Qué decir de esa risa! Me quedé sin palabras, era simplemente perfecta, tú eras perfecta, no me cabía la menor duda; no eras un ángel, no, definitivamente no lo eras, algo más, debías de ser una diosa que por un cruel error del destino había caído a este mundo pútrido y malévolo. Pero me sentía tan agradecido de haberte encontrado...

No obstante, el mundo me volvió a enseñar su cara más fea cuando desapareciste, sí, durante tres eternos días no subiste al autobús. ¿Ya me habías olvidado acaso?, ¿ya me odiabas tanto como para hacerme sufrir así? No podía creerlo, algo debía de haber hecho mal para defraudar a un ser tan maravilloso.

Me quedó claro cuando lo vi en el día más frío y cruel de todos. Ibas con un chico que no había visto hasta el momento. No me podía creer ese revés del destino y te juro que me dolió tanto veros juntos que ya no me quedaban fuerzas ni ganas para trabajar o hacer cualquier tarea.

¿Por qué? ¿Qué te había hecho yo para recibir un desprecio tan cruel?

Dejé de dormir por las noches, dándole vueltas a aquello y odiando a ese usurpador cada vez más. ¿Sabías que me había decidido a hablarte? Pero ya no me quedaban oportunidades cuando te vi con él, eso lo comprendí al instante.

Mi vida siempre ha sido oscura y dolorosa y tú, con tu mera presencia, la habías transformado, pero ¿cómo osaste jugar

conmigo de esa manera? ¿Me salvabas para apuñalarme vilmente?
¿Tanto me odiabas?

No sé qué te empujó a ello, pero comprendo las indirectas y siento mucho no poder formar parte de tu vida, pero ¡oh!, la soledad ahora duele tanto...

Supongo que nunca sabrás ni te importará el por qué te escribo, pero quería dedicarte mis últimas palabras a ti, a la diosa que me enseñó los hermosos colores del mundo para arrebatármelos de nuevo.

Supongo que seguirás subiendo al autobús como siempre, quizás notes mi ausencia y, por fin, te preguntes qué sucedió con el desgraciado del asiento contiguo. Quiero que sepas que me gustaría seguir contemplando tu belleza y perfección, pero no puedo hacerlo si hay otro junto a ti, eso es muy doloroso.

Quizás nunca sepas por qué desaparecí del mapa, pero ¿sabes?, no puedo vivir en un mundo oscuro y cruel otra vez, no puedo vivir sin ti.

EL COLOR DEL AMOR

Hace años que considero que poseo un don único, al menos no conozco a nadie que me haya comentado algo parecido. Estoy totalmente segura de que cualquiera que lo escuche lo considerará un desvarío, pero garantizo que es cierto, tan cierto como que yo soy real.

Puedo ver el color de la sangre, pero no el típico que ve todo el mundo, yo puedo ver el color real, el que indica cómo está la persona que la porta. Es algo que no he contado jamás a nadie, no, al menos, desde hace mucho tiempo. He indagado lo suficiente y no soy tonta, estoy segura de que me considerarían una loca sin dudar ni un instante.

No obstante, ahora ya no tiene importancia por motivos evidentes, así que lo contaré de todas formas para que puedan ver el origen de todo.

El verde es un color de paz, de bienestar, cuando uno está en armonía, su sangre tiene ese color. No me miren así y escuchen con atención, juro que no estoy loca; si me escuchan, lo entenderán todo.

El amarillo es un color preocupante, indica que su portador está enfermo, de cualquier dolencia, pero está enfermo y debería ser atendido, puede que de emergencia, si es un amarillo intenso.

El azul es un color melancólico, no hay nadie más triste que una persona con el color azul en la sangre. Suele deberse a

depresión, tristeza profunda, soledad... Un tono que estoy segura de que ninguno quiere tener.

El rojo es un color precioso y, en mi opinión, el mejor que puede llevar alguien, aparte del verde, lo que viene a significar es que el individuo está plenamente enamorado y feliz, muy muy feliz.

El último color es el negro, ya sé que se dice que es la ausencia de él, pero los que afirman eso no tienen ni idea, lo garantizo. El negro es el color del engaño, de la mentira.

Ahora que ya hemos entrado en materia, voy a explicar todo punto por punto.

Hace años que conocí a un chico encantador del cual estaba muy enamorada, no lo digo solo yo, lo evidenciaba mi sangre de rojo brillante e intenso. Pude comprobar, además, que la suya también era de ese color. ¡Por favor, no me miren así! Aseguro aquí y ahora que no le corté ni nada por el estilo, fue por accidente, a cualquiera le pasa. Tonteamos durante un tiempo y admito que, cuando vi su herida sangrar de rojo, no me lo pensé y me declaré con todo mi corazón. Él aceptó y estuvimos un tiempo de novios, hasta nos fuimos a vivir juntos no tardando más allá de unos meses. Éramos tan felices... Al menos yo así lo creía y así lo fui. De vez en cuando compruebo el color de mi sangre para corroborar cómo me siento y, en esa época, oscilaba entre el rojo brillante y el verde. Es algo curioso de ver, es como si ambos tonos bailaran en armonía por la superficie del fluido, sin llegar a mezclarse nunca.

Entonces, cuando ya hacía como un año que vivíamos juntos, quizás poco más, estábamos en casa tan tranquilos un sábado, haciendo la comida y empezó todo este caos. Él se encargaba de la

ensalada y tuvo la mala pata de cortarse con la lata de atún. Nunca supo de mi habilidad, de haber sido así, estoy segura de que no me habría dejado ver su sangre, porque era de color negro. El pánico se apoderó de mí. ¡Me estaba engañando! O, como mínimo, pensaba hacerlo. Intenté calmarme y pensar qué podía ser, que sea un engaño no implica algo como una infidelidad necesariamente, puede ser algo tan trivial como decir que estás bien cuando no lo estás, pero he de reconocer que fue lo que encendió la mecha. A partir de ahí estuve pendiente de lo que me decía e intentaba averiguar lo que no, sin que sospechase nada o perdería mi oportunidad de agarrarle. Lo que es la mente humana, siempre nos ponemos en lo peor...

Cada vez que iba al baño, sobre todo, si era para ducharse, usaba ese tiempo para revisar su móvil. Intenté colarme en sus redes sociales cuando no estaba en casa para ver qué hacía allí, pero había algunas diferencias raras. Bien porque me pilló o porque de verdad estaba ocultando algo grave, tal y como me temía, el caso es que empezó a no dejar el móvil a solas, a cerrar sus sesiones, a ponérmelo cada vez más difícil para seguir averiguando. Su historial de navegación también desaparecía cada vez que usaba el ordenador, no sé, todo era muy raro y seguirle la pista cada vez era más complicado. Por supuesto, siempre que intentaba hablar con él no pasaba nada, todo estaba como solía y demás tonterías que no me tragaba.

Luego vinieron las llamadas, recibía alguna que otra y se alejaba para contestar, intentaba poner la oreja a ver con quién hablaba, pero eran breves, colgaba enseguida. Intenté convencerme a mí misma de que tenía razón cuando decía que se trataba de un

comercial de una compañía telefónica que le insistía para que se cambiase con una oferta. Sabía lo tenaces que podían llegar a ser y la desesperación me hizo esforzarme en creerlo y justificarlo. Entonces mi sangre pasó a ser morada y azul, no lo he dicho, pero el morado es el color del miedo, estaba aterrada por perderlo, porque todo fuese un gran engaño.

Lo peor de todo llegó cuando ya estaba demasiado agotado para pasar tiempo conmigo. Se quedaba a hacer horas extra en el trabajo, decía...

Entonces decidí tenderle una trampa, fingí irme a visitar a mis padres al pueblo con la excusa de la frágil salud de mi padre, así tendría vía libre para traer a su ligue, si es que tenía uno; vía libre para engañarme si así lo deseaba y pillarle volviendo antes de tiempo.

Me fui un viernes por la tarde, después del trabajo, con los nervios a flor de piel y un nudo en el estómago terrible. No pude dormir en toda la noche, me fui a un hotelucho cualquiera a dejar pasar el tiempo, a darle tiempo a que se relajase. Le dije que volvería el domingo, pero el sábado por la mañana temprano ya estaba metiendo las llaves cuidadosamente en la cerradura. Se me partió el corazón cuando vi en la mesita del salón un par de copas de vino, así que fui a la cocina y me preparé. El odio y la desesperanza me invadieron cuando recorrí el pasillo salpicado de distintas prendas, alguien se lo había pasado muy bien.

Llegué al dormitorio y ahí estaban los dos, durmiendo plácidamente como si nada pasase, con la conciencia tranquila mientras yo me deshacía por dentro...

No sé cuántas puñaladas le di, me cegué por completo, no podía pensar en nada más que no fuese lo tonta que había sido, en lo herida y engañada que me sentía, en lo ilusa que fui por sentirme tan feliz a su lado y creer que me amaría por siempre.

El color de su sangre era la última de mis preocupaciones. Tenía que pensar en cómo deshacerme del cadáver, pero iba a ser muy engorroso y se me acabó ocurriendo la idea de dejarla a ella como asesina, yo tenía la excusa de estar en el pueblo de mis padres, así que lo monté todo para que así fuese. Puse sus huellas en el cuchillo, soborné a los del hotelucho de mala muerte para que olvidasen mi visita y volví a casa de mis padres. Sí, volví, me había encargado de pasar por allí a dejar mis cosas el viernes y volví a la ciudad sin que ellos lo supieran, simplemente con la excusa de que iría a visitar a una amiga.

Bueno, es evidente que, si estamos aquí, es porque no he tenido éxito alguno, ¿verdad, agentes?

NOCHE DE HALLOWEEN



NOTA DE LA AUTORA

Lo que leerás a continuación son relatos breves que formaron parte de un reto de escritura con temática de Halloween del grupo *LITERART: espacio para libros y escritores* de Facebook. El requisito fundamental de este reto consistía en que debía aparecer en los microrrelatos el nombre de la criatura que mostraban ese día de una lista, y así durante los treinta y uno que tiene octubre. Por ello, verás que algunas criaturas son inventadas o su nombre no es el mismo que el de las diferentes mitologías con el objetivo de incentivar la originalidad y creatividad de los participantes.

Con todo, espero que disfrutes de estos microrrelatos tanto como yo lo hice escribiéndolos. ¡Feliz Halloween!



Día 1. Hombre lobo

Mi abuela suele regañarme cuando le pido dormir con ella. Dice que ya soy mayor, que no debería tener miedo, que los chicos grandes son valientes; pero tengo que dormir con ella, de lo contrario, vendrá el hombre lobo a comerme.

Hoy se ha puesto muy seria y ha dicho que tengo que acostumbrarme a dormir solo, pero no soy capaz de hacerlo del miedo que tengo.

Oigo la puerta abrirse despacio, discretamente, tiemblo bajo las mantas. Resuena su respiración agitada, sus pasos acercándose. Cierro con fuerza los ojos para que parezca que estoy durmiendo. «Vete, vete», le grito en mi mente. Una garra roza mi cara; noto las uñas, los pelos y no puedo evitar estremecerme de asco y terror. Levanta la sábana y desliza su garra hacia el interior de mi ropa.

«¡No, otra vez no!».

Día 2. Harpía

Todas estamos nerviosas, extasiadas por lo que se viene, esperando con impaciencia el momento propicio para nuestra llegada, la llegada de las harpías. Los humanos del pueblo vecino dan una fiesta... pero no cuentan con nosotras. Cae la noche, el rocío avisa de que es la hora. Salimos todas, volamos rápido, no

hay tiempo que perder. Salivo solo de pensar en hacer saltar la sangre al perforar sus entrañas con mis patas. Están todos, no falta nadie, borrachos de vino y baile. El graznido de ataque fue pronunciado y todas nos lanzamos en picado hacia nuestras presas. Agarro a una mujer que intenta cubrir a su hijo, mis afiladas garras van directas a sus ojos; aprieto con saña, grita, me encanta que griten. Muerdo su cuello y arranco todo lo que puedo. El embriagador olor de la sangre inunda el lugar como una apacible brisa. La humana cae al suelo entre sacudidas, no tardará mucho en morir, así que me asomo bajo la mesa y muestro mis afilados y ensangrentados dientes a su cría asustada.

Día 3. Orca

El frescor del alba inunda el lugar, el sol aún no calienta en las colinas que lindan con nuestro campamento. El aire gélido del invierno nos corta la cara mientras las gotas golpean nuestra dura piel; en cualquier momento podrían convertirse en granizo. Las hachas están afiladas, las espadas y los martillos están listos, ansían actuar. El enemigo se ve a lo lejos, temblando seguramente ante nuestro poderío y fuerza. Saben que van a perder, que no hay oportunidad, pero son demasiado orgullosos como para huir. Mejor para nosotros, no nos gustan los cobardes.

Orco y orca a cada lado, hermano junto a hermana, todos a una comenzamos la batalla. Son muchas hormigas que aplastar, numerosos, sí, pero no podrán pararnos. Se parten los huesos a cada golpe, sus crujidos rompen el aire, sus gritos nos dan vigor,

algunos hermanos mueren, pero esto es todo o nada. ¡O ganamos o nadie regresará vivo y deshonorado!

Día 4. Mujer loba

—¿Seguro que quieres llamar ahí, Susan? Es la casa de la bruja — explicó en un tono lúgubre su hermano mayor.

—No me asustes, Peter. Le diré a mamá —le reprochó la pequeña.

—Pero es verdad, en la noche de Halloween se come a todos los niños que llaman a su puerta.

Susan se encogió y se agarró a su hermano llena de temor, algo que aprovechó este para darle un toquecito en la espalda y provocar que se sobresaltase pegando un chillido agudo. Peter casi se cayó al suelo de la risa, le encantaba atormentar a su hermana pequeña.

Alguien abrió de sopetón la puerta y salió una mujer mayor y con cara de vinagre.

—¡Idos de aquí, escandalosos! Todos los años igual. No tengo dulces, yo no celebro pamplinas de otro país, así que idos a molestar a otro lugar —les gritó enojada y consiguió que Susan llorase.

Una mujer joven llegaba justo a la puerta vecina con una bolsa de la compra.

—Cómo eres, Florence. Solo son unos niños.

—Gamberros, eso es lo que son. Ya estoy harta de limpiar huevos crudos. ¡Que os vayáis ya! —gruñó y cerró la puerta de un golpe.

—No le hagáis caso. ¿Me ayudáis a meter la compra y os doy chuches?

Ambos asintieron y la siguieron felizmente. En cuanto cerró la puerta tras de sí, se convirtió en una mujer lobo y se lanzó velozmente a su yugular.

Día 5. Demonio

—Buenas tardes, señor Sierra. Me presentaría, pero estoy seguro de que no le dará importancia a mi nombre en cuanto comience con la sesión —dijo el hombre ataviado con una bata de médico y cerrando la puerta tras de sí.

Le habría contestado de no ser por la mordaza que le impedía comunicarse con claridad.

—Seré breve. Ya que ha caído en nuestras manos, va a ser el afortunado sujeto de pruebas para un interesante experimento que estamos llevando a cabo —explicó mientras cogía de una bandeja algo parecido a un cascanueces.

Acercó repentinamente el instrumento y lo cargó contra el dedo pulgar de su pie, lo que produjo un desagradable chasquido y un dolor intenso que hizo que gruñese. El hombre anotó algo en su cuaderno.

—Interesante —comentó mientras alzaba el siguiente y colocaba otro de sus dedos en su interior.

El artefacto se cerró de pronto con un ruido metálico y logró que el extremo de su falange cayese en lo que él se llevaba un calambrazo

de dolor que lo recorrió por completo.

Se lo quedó mirando entre lágrimas mientras aquel viejo demonio sonreía al coger el martillo. El muy cabrón lo estaba disfrutando.

Esta vez el golpe fue hacia su pierna, partió el hueso con el gesto y dejó al aire por fuera de su carne un extremo quebrado.

Cuando pensó que no podría soportar más, contempló con horror cómo sostenía un hacha en sus asquerosas manos.

—Espero que no me guardes rencor, solo estoy haciendo mi trabajo
—se disculpó con falsedad mientras sonreía profusamente antes de asestar un golpe seco.

Día 6. Dragón

Las estrellas brillaban como nunca, parpadeaban con luces distintas, como si de una discoteca se tratase. Apenas había nubes, pero podría afirmar que las que veía eran rosas, de algodón de azúcar. Pensar en ello hizo que salivase.

Vio romperse una de ellas de pronto, algo que sobrevolaba el cielo acababa de atravesarlo velozmente. Achinó los ojos y pudo darse cuenta de que se trataba de un dragón que se le acercaba de forma peligrosa. Intentó levantarse, pero el suelo era gelatinoso, hacía ondas.

Cuando trató de apoyar sus manos, vio con pavor que los azulejos que lo sostenían empezaron a atrapar su cuerpo.

La cercana boca de aquella bestia alada comenzó a lanzar fuego sobre él, envolviéndolo en un calor infernal.

Le ardía todo, dolía todo, se estaba chamuscando vivo... o eso creyó mientras se sacudía de manera incontrolable mientras la jeringuilla seguía clavada en su brazo.

Día 7. Ángel

Todos aquellos que lo conocían hablaban maravillas del pequeño Timmy. Que si era muy educado, que si prestaba atención en las clases sin armar jaleo alguno, que si era un pequeño ángel...

Solo los criados de la adinerada familia de la que provenía conocían una faceta que solo salía a la luz cuando le dejaban jugando solo.

Al principio, no parecía gran cosa, les arrancaba las alas a los insectos o alguna que otra pata, pero luego empezó a interesarse por animales cada vez más grandes. Un día, una de las criadas le pilló observando cómo el pez que había sacado del agua momentos antes agonizaba poco a poco. Al otro, había roto el cuello a un ratón y el mayordomo lo había descubierto jugueteando con él como si de un muñeco se tratase.

La situación se enturbió aún más cuando le sorprendieron con una ardilla con las tripas fuera, por lo que tomaron la determinación de contárselo a sus progenitores.

—Solo tendrá curiosidad por la biología, quizás quiera ser veterinario o médico —comentó su padre, restándole importancia.

La gota que colmó el vaso fue cuando, a la tierna edad de ocho años, descubrieron en su habitación el cadáver de otro niño pequeño que no había querido quedarse a jugar.

—Ahora jugará conmigo siempre. —Fue todo lo que dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Día 8. Gárgola

Tic... tac... El reloj marcaba sus interminables segundos en la aburrida jornada laboral del recién llegado guarda del museo. Sentía que aquel trabajo le venía grande, pero no era capaz de encontrar nada con su escasa experiencia y estudios. Iba a rechazarlo por motivos obvios, pero el hecho de que se lo hubiese apañado su hermano y que llevase una larga estancia en casa de sus padres sin estudiar ni trabajar habían puesto sobre él todo el peso de sus progenitores. ¿Es que no piensas hacer nada con tu vida? ¿Crees que vas a vivir de gorra y ya? ¿Por qué no puedes ser como tu hermano?

Esa era la gota que rebasaba el vaso, su perfecto hermano...

Oyó de pronto un ruido que le hizo saltar de la silla. Pero ¿no se suponía que iba a ser una jornada tranquila? No era una persona que mantuviese la sangre fría ante el peligro y la verdad era que la triste porra que le habían dado no le hacía sentir ni un poco seguro.

Tic...tac... El corazón bailaba a un ritmo vertiginoso mientras avanzaba por los oscuros pasillos, apenas iluminados por la luz trémula de la linterna.

Un ruido a su espalda hizo que se girase.

Nada, solo otro pasillo oscuro.

De pronto, una sensación húmeda y caliente sobre él le estremeció, un líquido viscoso y denso descendía hasta su hombro. Cuando alzó la vista, se encontró con los ojos rojos y hambrientos de la gárgola de la exposición medieval.

Día 9. Ninfa

Estaba tomando su infusión relajante de antes de ir a dormir cuando vio la extraña silueta ataviada de blanco entre la negrura de la noche. Pero ¿quién paseaba por el bosque a esas horas, más aun con niebla densa?

Renegando, se vistió rápidamente con el uniforme de guardabosques para salir en su busca. Algún excursionista desorientado y extraviado.

Avanzó unos metros con la linterna apenas enfocando lo que tenía delante. La gente no era nada cuidadosa en los tiempos que corrían, al final los equipos de rescate solían tener que ir tras unos inconscientes que, de haber puesto los medios suficientes, no pondrían en riesgo sus vidas ni las de nadie.

La distinguió de nuevo y apretó el paso.

—Eh, la de ahí, ¿se encuentra bien? ¿Se ha perdido? —vociferó.

La muchacha se asustó y salió corriendo.

¿Estaría haciendo algo ilegal? Esperaba que no fuese otra provoca incendios sobornada por algún gran empresario de la construcción.

Corrió en su busca, tras la estela de aquella misteriosa ninfa de los bosques.

Se le paró el corazón de la impresión al notar el aire bajo sus pies, sabedor de la inminente caída. La niebla le había desorientado lo suficiente como para no darse cuenta de que había llegado al acantilado.

Día 10. Gnoma

Su gran pasión era ver películas de terror por la noche, esperando que tal vez alguna le provocase verdadero miedo. Acababa riéndose por las decisiones tontas de los personajes que parecían dispuestos a dirigirse a una muerte segura en vez de evitarla usando la lógica.

No era por fardar, pero nunca había sentido miedo, así que ya tenía curiosidad acerca de lo que sería experimentarlo.

Estaba tan tranquilo en el salón cuando escuchó un repiqueteo en la puerta, por lo que paró la película entre protestas y se dirigió hacia la entrada para abrirla.

Nadie.

En su campo de visión, no obstante, algo se tambaleó, así que bajó la vista para toparse con una afable gnoma de jardín. ¿A algún gracioso se le había ocurrido la brillante idea de traérsela? ¿Se trataba de algún reto para demostrar el valor de algún crío? Se

encogió de hombros y la colocó en el jardín para luego volver al interior con la esperanza de retomar su entretenimiento.

Pasaron los minutos y otra vez llamaron a la puerta. ¡¿Quién coño era?! Iba a decir un par de cosas, pero se encontró con la fría noche. Cerró de un portazo y echó la llave, no iban a joderlo más.

Estaba tan tranquilo tras un rato de calma que no pudo evitar sobresaltarse al escuchar un pequeño correteo que venía del piso de arriba.

Pero, si vivía en una casa él solo... ¿Serían ratas? No sonaban como tal, más bien parecía algo de cerámica.

Cogió una escoba y fue raudo escaleras arriba. Cuando llegó, no podía creer lo que vio al final del pasillo. La gnoma estaba sujetando la alfombra que él pisaba, tiró de ella con una fuerza increíble y le hizo trastabillar y descender a golpes por las escaleras. Una vez ahí, aturdido, trató de levantarse, pero el filo de unas tijeras atravesó su garganta, evitando que pudiese gritar de miedo.

Día 11. Genia

«Hoy se ha hallado el cadáver de la joven Paola Ramos, constituyendo con este el tercer caso en menos de un mes del fallecimiento de un alumno del instituto Doctor Mateo».

—Pero ¿qué diablos está pasando en tu instituto, cariño? Esto no puede ser casualidad —comentó su madre con preocupación.

«Se desconoce aún la causa de los hechos, el cuerpo policial baraja la posibilidad de que se trate de una intoxicación...».

Oh, por supuesto que ese no era el camino, pero era una vía lógica de investigación. Porque ¿quién iba a pensar que la perfecta Paola tuviese enemigos? ¿O el gran y popular atleta Jorge? Y ni hablemos del guaperas de Sergio. Si indagaban lo suficiente, quizás llegarían a la conclusión de que esos tres desgraciados la acosaban cada día con insultos, humillaciones, golpes... Cada maldito día. No obstante, no estaba preocupada, ya que, de alcanzar ese crucial dato, también encontrarían a otros tantos como ella, que no había día que pasara en el que no desearan una muerte larga y dolorosa para esas sabandijas. La diferencia residía en que ella lo había llevado a cabo.

No era una genia, pero sí lo suficientemente inteligente como para saber que no les ganaría en su terreno, así que buscó una forma menos física de acabar con ellos. Era sorprendente la de cosas cotidianas que, con la dosis y exposición adecuadas, servían de veneno. Aprovechar un momento de descuido para robar alguna de sus pertenencias para echar la sustancia y luego devolverlas sin que su dueño lo supiese fue el verdadero reto.

Aquello le hizo sentir poderosa para variar, no la pobre presa que no puede detener a su cazador. Se había defendido y había vencido, ahora podría caminar tranquila por los pasillos.

Día 12. Gorgón

Susurra el viento en las esquinas de la casa, aunque yo lo percibo como un espeluznante siseo. Debo levantarme a hacer mis

necesidades o mi vejiga explotará. Titubeo antes de levantarme, pero al final piso el frío suelo. Prácticamente corro hacia el baño, escapando de la sinuosa silueta de la alfombra que parece que vaya a seguirme allá donde vaya hasta estrangularme. Intento orinar sentado y al acabar acudo raudo a lavarme las manos. Mi sorpresa es tremenda al ver que los grifos han tomado la metálica forma de un par de serpientes. Me estremezco con solo verlas, pero es el agua en forma de sierpe que sale de sus horrendas bocas lo que me hace salir despavorido. El pasillo sigue oscuro, mi corazón amenaza con huir de mí, intento correr hasta mi cama, mas la alfombra cobra vida y atrapa mis piernas. De frente veo a un hombre con multitud de serpientes por cabello, un gorgón que me aterra tanto como lo que porta en la cabeza.

Cualquiera creería que solo se trata de un mal sueño, pero es la maldita realidad que soporto a diario, a pesar de que nadie más pueda verlo.

Día 13. Fauno

Siguió adentrándose en el bosque, escogió el siguiente árbol y retomó su tarea. Con un gesto seco y poderoso, hincó el filo del hacha en la corteza. Cada vez que salía la savia recordaba las palabras de su yaya cuando era pequeño. Ella había crecido en una familia muy integrada en la naturaleza, así que a menudo decía tonterías como que la savia era la sangre de las plantas, que había que cuidar a la madre naturaleza y mantenerlo todo en equilibrio o

las consecuencias serían terribles para la humanidad, que éramos unos seres egoístas que olvidábamos nuestros orígenes.

¡Tonterías! El progreso es necesario, la explotación de nuestros recursos era aquello con lo que contábamos para avanzar y los currelas como él ayudaban a que los grandes constructores hiciesen sus negocios. Gracias a ellos la ciudad sería más y más grande, ya se encargarían de hacer algún parque si necesitaban zonas verdes.

Una sombra a su espalda lo sobresaltó, una enorme y extraña criatura con rasgos de hombre y de cabra fue a su encuentro, tal como los cuentos de su abuela advertían. El fauno, una divinidad que protegía los bosques y su equilibrio, alguien que castigaba cruelmente a aquellos que osaran dañar su hogar. Pero... aquello eran paparruchas de anciana, ¿verdad?

En un gesto rápido, y para su asombro, aquella criatura lo ensartó en su lanza y se lo llevó atravesado y todo hacia el oscuro corazón del bosque.

Día 14. Minotaura

El sol brillaba como nunca, calentando la hierba que había bajo sus pezuñas. Inspiró profundamente el olor de las flores silvestres y no pudo contener una sonrisa. Su corazón estallaba de felicidad, así que corrió impulsivamente por el verde prado, rodando y dejándose caer al suelo boca arriba para ver las nubes pasar.

Algo llamó su atención en el cielo, era como un punto negro estático. Lo observó con detenimiento, preguntándose de qué se

trataría. Pudo darse cuenta de que parecía moverse, como si hubiese algo en su interior. De hecho... ¿crecía? Podría ser. Poco a poco estaba ocupando más y más espacio en su campo de visión, quitándole luz al sol, quitándole verdor a la hierba y colores vivos a las plantas, matándolo todo a su paso...

No tardó en verse envuelta en la más densa oscuridad, que la envolvió en su frío y triste manto, aquel que tanto la asustaba...

De pronto, la pequeña minotaura abrió los ojos y se dio cuenta de que todo había sido una pesadilla, no obstante una de la que no había escapado ni sabía si lo llegaría a lograr. Apoyó su frente en uno de los barrotes que la mantenían presa en el oscuro y tétrico almacén mientras se preguntaba con honda tristeza si volvería a ver el brillo del sol.

Día 15. Orco

Entraron en casa y el horror les estrujó sus pequeños estómagos cuando vieron el enorme charco de sangre manando de los amasijos de carne aporreada en los que se habían convertido sus progenitores. Oyeron pisadas, lo que significaba que el autor de aquella carnicería estaba aún allí.

La mayor fue rápida, agarró al pequeño, le tapó la boca para que no gritase y lo arrastró hasta el escondite que pudo encontrar. Con el pulso desbocado y la responsabilidad de ser la valiente de los dos, sintió una sensación primaria de peligro recorriéndola como una descarga en cuanto pudo atisbar a aquel orco asomarse por la

puerta. Estaba claro que debían mantenerse lo más quietos y callados que pudiesen. El orco inhaló profundamente, escrutando el aire, quizás percibiéndoles...

Su hermanito pequeño lloraba, podía notar dos regueros acuosos surcando el dorso de su mano.

La bestia se acercaba a ellos de forma peligrosa. ¿Los habría descubierto? Tanta proximidad parecía evidenciarlo, por lo que tomó la visceral decisión de coger a su hermano y correr con él lo más lejos posible con la esperanza de que no los alcanzase.

Aquella masa de carne humanoide se sintió desconcertada al principio, mas no tardó en salir en su busca.

Ella se giró para ver si le sacaba suficiente distancia y entonces algo duro, apestoso y resistente se interpuso en su camino. Otro orco había logrado alcanzarlos, pero ella estaba demasiado aturdida por el golpe como para darle tiempo a evitar la masacre que seguiría con ellos.

Día 16. Ángel (H)

El agua estaba entrando en el coche a una velocidad vertiginosa. Nerviosa, lo primero que le salió de dentro fue comprobar cómo estaba su hermana, quien parecía inconsciente a causa del golpe que debió darse, como evidenciaba la sangre que caía por su frente.

¡Debían salir de ahí cuanto antes!

Con el pulso tembloroso, falló un par de intentos antes de lograr quitarse el cinturón. El agua ya le llegaba al pecho, pero ¿qué había

que hacer en estos casos? Repasó mentalmente las películas en las que pasaba algo así y trató a continuación de dar un golpe a la ventanilla. Fue un intento nulo y el agua alcanzaba sus hombros. Se posicionó para golpearlo haciendo fuerza con toda la pierna. Una, dos, tres veces y nada.

El agua subía por el cuello, su tacto gélido se sentía como la amenazadora mano de la propia muerte.

Fugazmente, como un chispazo, apareció en su mente la imagen de alguien sacando la parte superior del asiento y golpeando con el hierro el vidrio, así que no dudó ni un instante en intentarlo.

El agua le cubría la boca.

Usó todas las fuerzas que pudo reunir, tiró y tiró pero aquello no cedía. ¿Quizás habría algún botón o palanca que facilitase la tarea? Cada vez más nerviosa, palpó todos los rincones que se le ocurrieron mientras el agua acababa de llenar el habitáculo.

Se quedaban sin tiempo.

Por fin dio con un saliente que parecía ser un botón, lo pulsó y tiró con todas las fuerzas que pudo reunir. Sus pulmones empezaban a arder, no le quedaba mucho.

Su movimiento se vio ralentizado por el entorno líquido en el que se encontraba, así que tuvo que ponerle especial empeño. Sus pulmones estaban al límite y ella también.

Uno, dos, tres golpes y el cristal por fin se rajó. Trato de dar otro más, pero las fuerzas la rehuían.

Aire, necesitaba aire...

Lo último que vio fue lo que le pareció la silueta de un ángel.

Día 17. Tritón

—Damas y caballeros, ruego su atención. Lo que les traeremos ahora supera los límites de la ciencia y el conocimiento humano — anunció solemne el director de circo.

En la parte central de la carpa aparecieron dos payasos portando un bulto misterioso y bien tapado. El público miró con expectación y gran curiosidad mientras el hombre seguía su discurso.

—Han de saber que lo que hoy verán aquí no lo verá nadie salvo los presentes pues es algo tan extraordinario que pocos tendrán este privilegio.

Una pausa breve y, con un gesto, los payasos corrieron la cortina.

Lo que primero fueron exclamaciones de sorpresa al ver al tritón, posteriormente se convirtieron en gritos de puro horror en cuanto el público empezó a discernir que lo que había en la rojiza agua flotando a su lado eran los restos de su cuidador.

Día 18. Vampiresa

Entre varios la trajeron a la fuerza mientras ella se sacudía para liberarse. La depositaron en una especie de mesa de piedra a la cual estaban unidas unas oxidadas cadenas con las que no tuvieron reparo alguno en atarla. En la habitación también entró su padre, un

juez y un cura, las personas que más autoridad tenían sobre su persona sin contar al rey.

—La marca en su cuello no deja duda alguna, señoría —indicó el hombre religioso.

—Por favor, no seáis muy duros con ella —suplicó su madre entrando a la carrera y con lágrimas en los ojos.

—Calla, mujer. Esta decisión no te concierne —reprendió el marido.

—Verónica Henderson, estás acusada de oscurantismo y brujería, además de relacionarte con un vampiro. ¿Qué tienes que decir en tu defensa? —comenzó el juez con solemnidad.

—De lo único que podéis acusarme es de amar a un buen hombre —le respondió furibunda, aún zarandeando sus agarres.

—¡Arrepiéntete, pecadora! La marca de tu cuello no deja lugar a dudas.

—Cariño, por favor —suplicó nuevamente la mujer, llorando a mares.

Su marido la miró con desprecio y algo de pena, podía entenderla, pero le estaba poniendo en evidencia.

—No quiero que mi hija se convierta en una vampiresa, señores. Padre, ¿hay alguna alternativa?

—El fuego —respondió el aludido, lo que causó que la madre de la muchacha capturada produjese un grito ahogado.

—Por favor, piedad —chilló.

—El fuego purifica —reafirmó.

—Da igual lo que me hagáis, no podéis parar lo inevitable —rio Verónica.

El juez hizo un gesto con la cabeza y un hombre se acercó con una antorcha en la mano que no tardó en posar sobre la muchacha. El fuego empezó a abrirse paso por la piel de la joven, quien comenzó a aullar de dolor ante los impassibles hombres. Su madre hizo lo propio, pero de desesperación cuando fue a intervenir y la sujetaron con firmeza.

Pasó un buen rato en el que solo los agudos sollozos eran tapados por el griterío de la muchacha, hasta que de la improvisada hoguera solo quedó un bulto extraño que ya no se sacudía ni emitía sonido alguno, solo ambientaba la habitación con un desagradable olor a carne quemada, mientras su madre se deshacía por dentro al verlo.

Día 19. Gnomo

Abrió los ojos aún aturdido, para darse cuenta de que estaba sentado a la mesa y ella hacía lo mismo justo enfrente, mirándolo con atención.

—¿Ya te has despertado, dormilón? Llevas un rato echando una cabezadita. Si hubieras tardado algo más, no te habría dado tiempo a cenar —comentó a modo de saludo—. Mira, te he hecho guisantes con jamón y patatas cocidas, tu plato favorito. Luego tienes huevos fritos y, de postre, tarta de chocolate. No es por ponerme flores, pero creo que estará deliciosa, he intentado que me salga justo como la de tu madre.

—¿Qué hago aquí, Holly? —preguntó aún con la voz pastosa.

—Pues quedarte dormido en la mesa. ¡Si es que no tienes remedio!
—enfaticó con un tono dramático fingido—. Venga, ponte a cenar antes de que se enfríe.

—No quiero cenar.

—No me harás el feo, me he esforzado mucho por hacer la comida que te gusta y tal como te gusta.

—Perdón, no quería hacerte el feo, pero no tengo hambre.

—¡Bobadas! Lo que pasa es que llegas reventado del trabajo y, claro, apetece más dormir que comer.

Holly cogió una cuchara y se dispuso a darle de comer como a los niños pequeños.

—¡Las cosas que me haces hacer! Ay, pero ¿qué harías tú sin mí?
—comentó en un tono cariñoso.

—Holly, por favor, no tengo hambre, solo quiero irme a casa.

—Ya estás en tu casa, tontín, con tu mujercita.

—No, yo no vivo aquí y tú no eres mi mujer. Ella estará en casa muerta de preocupación, así que te pido por favor que me desates y me dejes marchar.

El rostro y el tono de Holly cambiaron.

—Ya te faltaba tiempo para sacarme a esa... mujercuela. Encima, después de todo lo que me he esforzado en clavar la puta receta del pastel de tu madre. ¿Sabes cuántas horas me he tirado en la puta cocina? Desagradecido. —Su tono cada vez era más alto y su enfado más notorio.

—Lo siento mucho, no sé qué película te has montado, pero te pido que pares. No estamos casados...

—¿Cómo puedes ser tan cruel? Tenías que sacarlo a colación, ¿verdad? Tenías que restregarme que soy la otra. ¡Encima delante de nuestro hijo! —profirió señalando a una de las sillas.

—Es un puto gnomo de jardín, Holly, ¡por el amor de Dios!

—¡No te atrevas! —le gritó muy cerca de su cara y señalándole con el dedo—. No hables mal de Pete en mi presencia. Él no tiene la culpa de tus líos de faldas. Ahora mismo vas a comer esta rica comidita y vas a irte a la cama, ya verás cómo lo ves todo de otra manera —le indicó intentando suavizar el tono.

—Por favor, déjame marchar.

Su interlocutora se enfadó tanto que tiró de un barrido todo lo que había sobre la mesa.

—¡Mira lo que me haces hacer! Pues ahora vas a la cama sin cenar. Dicho esto, y para el horror de Peter, le inyectó un líquido extraño en el brazo que lo devolvió al mundo de las pesadillas.

Día 20. Genio

Cuando pude verlo con claridad, me arrepentí al instante de mi último deseo. Desde que tengo uso de memoria he sido alguien curioso, así que, tras pedir la inmortalidad, mi siguiente petición fue ver el futuro.

Aquel genio me lo concedió sin rechistar, ya que con ello se desprendería de mí totalmente. Al principio, fue curioso eso de las visiones, podía moverme minutos adelante y ver qué pasaría a mi

alrededor, de hecho, no tardé en darme cuenta de que tenía el control para moverme por los lapsos temporales que desease.

Vi que conocería dentro de un año a una mujer muy interesante en una cafetería, que compartiríamos aficiones, formas de pensar, sentido del humor y tendría tanta curiosidad por ella que le pediría salir. Degusté, como si de una película se tratase, cada momento. Las salidas, los arrumacos... hasta las discusiones. Nos iríamos a vivir juntos, tendríamos un perro, haríamos viajes increíbles los tres; la relación se empezaría a apagar, ella cambiaría de trabajo a uno que le apasionase menos porque cobraría más, distancia...

Discusiones, frío y, de pronto, un buen día me diría que había conocido a otro. Habríamos estado tres años y cinco meses juntos hasta el momento...

Me mudaría con mi amigo peludo, tendríamos un pequeño piso para los dos, un cuchitril, pero un hogar, a fin de cuentas. Me llevaría año y medio, pero lo acabaría superando, saldría de nuevo, sonreiría de nuevo.

Y entonces lo vi...

El cielo cambiaría un buen día su color, haría una onda extraña y, para cuando quisiese darme cuenta, todo habría sido reducido a la nada.

Por lo que pude averiguar, fue un error nuclear a gran escala, al punto de dar la vuelta al planeta entero. Pocos supervivientes quedarían después, todos con cáncer o mutaciones extrañas. La gente se volvería agresiva y desconfiada, protegerían sus recursos a toda costa y tratarían de robar los ajenos con tal de sobrevivir. Se

formarían, colonias mas no aguantarían mucho tiempo, ya que hasta el agua tendría radiación.

Poco a poco, la vida a mi alrededor se iría apagando hasta quedarme completamente solo en el mundo y, por desgracia, con la inmortalidad que arrastro.

Ya no sabré qué hacer día a día, todo será lo mismo, todo será aburrido, monótono, igual de triste y muerto. Trataré de quitarme la vida incluso en mi desesperación, pero será en vano. Tan solo podré vagar buscando de nuevo a aquel genio y pedir revertir mi estúpido deseo.

Día 21. Naga

Esss curiosso cómo cambian lasss cossasss con el tiempo. Desssde hace cientoss de añoss que vivimoss aquí en el lago que esss nuesstro hogar, sssin meternos con nadie masss allá de la comida que podamoss cazar, pero todo el mundo necessita alimento.

Loss humanoss llegaron dessspuésss y noss pidieron compartir el lago, vivir todoss juntoss. Habían vivido una ssequía y tuvieron que abandonar sssu hogar. Muchoss de loss sssuyoss habían caído en el camino y esstaban hambrientoss y sssedientoss. No vimoss problema, mientrass no noss molesstassen...

Vivimoss bien unasss décadass, masss conforme passaba el tiempo y avanzaban lasss generacioness, tenían másss y másss muesstras de desssprecio hacia nuesstra essspecie, sse creían

los dueños del lugar. De repente éramos nosotros los invitados.

¡Estúpidos humanos! Olvidan muy rápido las cosas, los favores, el compañerismo...

Nunca hemos pedido nada, pero aquello no lo íbamos a permitir. Con el tiempo se alzó un líder humano despreciable que nos prometió a los suyos acabar con nosotros.

¡Qué arrogantes! Vienen desesperados a una tierra que no es suya y de pronto los que sobramos somos sus habitantes originales.

El ataque del otro día fue demasiado y se ha celebrado una reunión de la comunidad. La decisión está tomada, actuaremos al anochecer. Invocaremos a nuestras hermanas menores para que los rodeen, los acorralen y entonces saldremos nosotros y no dejaremos ni uno sin nuestra ponzoña, al alba no habrá más gritos de «¡fuera los naga!» o «¡muerte a los naga!» Solo sus alaridos mortales y nuestros susurros de victoria.

Día 22. Súcubo

La verdad es que no soy mucho de salir, pero algo debió de invadirme aquella noche que moría de ganas. Me tomé todo el tiempo del mundo en maquillarme, en disfrutar de cada suave pincelada en mi rostro mientras me iba apoderando de un sentimiento cada vez más y más fuerte. Escogí con delicadeza la

ropa, realmente no poseía prendas cortas o ajustadas, pero unos cuantos retoques y el asunto estaba solucionado. Desconocía el motivo, pero me sentía especialmente arrebatadora y quería transmitirlo, que traspasara hasta las paredes. Aquella noche iba a bailar y a beber todo lo que quisiese sin reproche ni remordimiento alguno, ya había pasado años enfrascada en la carrera y en el máster, ya había estado encadenada a los libros sin poder casi disfrutar de un poco de tiempo. ¡Me merecía una buena noche!

Llegué a la discoteca y me dispuse a pedir una bebida, no me importaba mucho cuál, y bailar como si no hubiese un jodido mañana. Yo sola, no necesitaba ni a mi sombra para dar vueltas y sacudir las caderas.

Estuve un rato a mi bola, hasta en medio de la pista podía darme cuenta de que causaba sensación, hasta unos chicos me señalaban y comentaban entre ellos. Se me acercó uno, se ofreció para acompañarme a bailar y me pareció bien. «La pista es libre», le dije. Era gracioso, hablamos un poco, tonteamos y me invitó a una copa. «¿Por qué no?», pensé.

Unos tragos después me sentí mareada y él se ofreció para acompañarme a que me diese el fresco. Empecé a ver cosas raras, había arañas de luces en el techo y el suelo parecía hecho de agua. Salimos y ahí estaban sus amigos, con caras extrañas.

Todo se movía, acabé en el suelo y juro que lo último que recuerdo es despertarme un poco más despejada en mitad de un charco de sangre enorme. Los cadáveres de los chicos estaban dispersos por el callejón, algunos con parte de su cuerpo fuera de su sitio.

Entonces la vi en el reflejo del escaparate, una súcubo me miraba con las manos y la boca salpicadas de rojo mientras sonreía.

Día 23. Silfo

Caía la tarde en el viejo paseo, un atardecer demasiado bello como para no salir a contemplarlo. Era de todos mi lugar máspreciado y especial, ya que no conocía otro ni remotamente mejor para dedicarte a contemplar el paisaje, a recibir la brisa marina, a sentirte vivo, sentir la vida simplemente. No obstante, era un sitio un tanto peligroso si no sabías los cuidados que debías adoptar para transitarlo. De hecho, no era de extrañar que alguna vez en el año desapareciesen turistas y reaparecieran, como un par de días después, flotando en el mar.

Precisamente por ese motivo se me antojó tan asombroso y sobrecogedor encontrarme con un niño, pequeño como un silfo, de apenas unos cinco años, encaramado a una roca y fuera del trayecto.

—¡Ey! ¿Qué haces ahí? —le espeté medio reprendiéndole.

¿Estaría solo? ¿Dónde se encontrarían sus padres?

El pequeño hizo amago de girar su cabeza en mi dirección, pero salió huyendo hacia las rocas que daban al mar.

Me asusté, por supuesto. Quizás se había pensado que le echaría una bronca tremenda y fue a esconderse a la cueva cercana, aunque era una pésima idea, puesto el agua estaba subiendo.

Con el corazón en un puño lo seguí dispuesta a evitar la tragedia. Lo llamaba y llamaba, pero era muy ágil y se empeñaba en salir despavorido. Llegamos finalmente a la cavidad rocosa, donde pude apreciar que se había detenido, dándome la espalda. Le agarré por los hombros con la idea de que no se me escapase otra vez. Sin embargo, lo que vi a continuación me petrificó de inmediato. En un gesto brusco giró su cabeza en mi dirección y me mostró una fila enorme de múltiples diente-cillos afilados que dibujaban una grotesca y despiadada sonrisa.

Los instantes después pasaron borrosos, ya que, para cuando quise darme cuenta, tenía su mandíbula clavada en mi cuello y estaba tirada sobre un charco de sangre.

Día 24. Diabla

El círculo estaba trazado en la madera y las velas dispuestas en cada extremo de la estrella. Las hermanas se habían sentado alrededor y entonaban los cánticos necesarios para llamar a su magnificencia oscura. De pronto, un humo negro invadió la habitación y las envolvió con su manto, dibujando poco a poco una silueta humanoide, pero con ciertos rasgos claramente demoníacos.

—Hola, humanas —saludó con cierto tono tétrico. Su voz emergía como si un pájaro intentase hablar desde su garganta mientras era cruelmente devorado.

—¿Tú eres el Diablo? —Quiso saber una de las jóvenes invocadoras, lo que provocó una risotada de la recién aparecida.

—No. ¿En serio pensabais que no tiene cosas mejores que hacer que presentarse a la llamada de unas crías? ¡Qué monas!

—¿Y tú quién eres, entonces? —inquirió otra.

—Una diabla. No poseo el mismo rango, pero seguro que podemos apañarnos. ¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de vuestro llamado?

Las presentes se miraron, como debatiendo mentalmente si seguir con su plan. Al final, pareció ganar el sí.

—Queremos matar a un tío.

—¿Cómo matar?! —se escandalizó otra—. ¿No íbamos a pegarle una gonorrea o algo así?

—Es un capullo, se tira a todas las tías y las trata como el culo. Además, es un matón de patio, nadie va a echarle de menos —le respondió su interlocutora.

—Es un capullo, vale, coincidimos, pero ¿no crees que es un poco exagerado? Una muerte es algo gordo. ¿Podremos vivir con eso? —le rebatió.

—Si es ese imbécil, sí, le haremos un favor al mundo.

La otra chica iba a replicar, pero la interrumpió la diabla.

—Me aburrooo. ¿Vais a estar así toda la eternidad?

—¡Vamos, tía! —le insistió—. Si a ti te trata siempre como la mierda. ¿Recuerdas la vez que te empujó por las escaleras? ¿O cuando te tiró un bollo a medio comer y te llamó basura? ¿Ya has olvidado lo harta que estás?

—No...

—¿Y no crees que tú y todos los que están como tú respiraríais tranquilos cuando desaparezca?

—Puede... pero...

—Dicho. Queremos su muerte. —Se adelantó y le tendió una foto del susodicho.

—De acuerdo. —Asintió, cerró los ojos un momento y encendió el círculo en el que estaban con una intensa llama que sobresaltó a las presentes—. Hecho.

—¿Ya? —Se extrañó una de ellas.

—Rápido y sencillo. Mañana posiblemente salga en las noticias. Ahora bien... no hemos hablado de mi pago —comentó con una sonrisa macabra.

—Ah, sí, puedes llevarte mi alma cuando muera y todo eso —respondió su interlocutora quitándole importancia, a lo que la diabla contestó moviendo hacia los lados su dedo índice.

—No, no, no. Ese es el pago por invocarme, muchachitas, pero una muerte es algo grande y caro.

—Vale, ¿qué quieres? —preguntó en un tono poco amable.

—Comerte —sentenció mientras se le encendían los ojos con un fuego intenso.

La chica, ante el horror de su compañera, empezó a emitir alaridos que helarían la sangre a cualquiera. Su rostro y toda ella empezó a partirse por la mitad, mientras encharcaba la habitación de sangre y tripas que empezaron a desparramarse por el suelo ante la impotencia de la otra muchacha, quien nunca olvidaría tal pesadilla vivenciada.

Día 25. Gárgola

La mudanza había sido pesada y muy costosa, más de lo que se había imaginado, pero había merecido totalmente la pena. Aquello era una mansión que un rico venido a menos se había dado prisa en vender. «Ingenuo», pensó. «Podría haberme subido mucho más el precio todavía, está claro que no se puede vender con prisas».

Desde luego, si tenía que escoger su lugar favorito de aquella opulenta casa, sería sin duda el jardín, y no solo por las flores aromáticas que habían endulzado el ambiente, sino por su atracción principal: una fastuosa gárgola que le había cautivado desde el primer instante. Se la veía casi viva, el artista la había esculpido de tal forma que bien parecía que iba a moverse y levantar el vuelo con sus portentosas alas de un momento a otro.

Pasó el tiempo; muchas tardes en el jardín contemplando a su nuevo amigo, degustando los reflejos que producía el sol en su elegante piedra, como embelesado por una belleza que resultaba indescriptible.

Empezó a hablarle, a contarle sus preocupaciones. Su mujer lo vio como un comportamiento extraño, mas pensó que no le vendría mal desahogarse. Todo se mantuvo en un extraño equilibrio hasta que la gárgola comenzó a hablarle.

No era algo perceptible visualmente, ya que nunca se movió ni un ápice, solo audible. Pero se abstuvo de comentarlo, ya que lo tomarían por loco.

Pasaron los días y las largas conversaciones en el jardín. Charlaban de esto y aquello, de todo un poco. Pero, de forma casi imperceptible para él, su nuevo compañero empezó a darle consejos.

Que si tu mujer no te entiende, que si tus hijos no te respetan, que así no se podía vivir... Fue como el agua que erosiona una roca, poco a poco, gota a gota, iba abriéndose camino un discurso más y más subido de tono.

«Tu mujer no te quiere», decía; «tus hijos no te toman en serio», afirmaba. «Nadie lo hace en realidad, nadie cree que seas capaz de nada». Esas palabras se agravaron hasta que llegó a darle un extraño consejo: «Deberías acabar con todo, ya que no les importas, ya que tanto te odian; que paguen por su odio, que paguen por lo que te hacen pasar cada día. Creen que no te das cuenta de que se ríen a tus espaldas, creen que no te afectan sus burlas. No deberías consentir eso en tu propia casa».

Poco a poco, gota a gota, el vaso se llenó y su contenido lo rebasó. Poco a poco, paso a paso, las ideas fueron calando, aquello que parecía de locos ahora tenía sentido y, para cuando se quiso dar cuenta, tenía un hacha en la mano y los cadáveres de su familia dispersados por el suelo en un charco de sangre.

Día 26. Sirena

Caía la tarde en la solitaria playa, dato que no era tan extraño, puesto que hasta los pescadores sabían que, sobre todo cuando

bajaba el nivel de luz, había que mantener las distancias y mir los ojos con el mar.

Una niña pequeña había tenido el descuido, o quizás la inocencia, de buscar un refugio tranquilo para llorar sin ser vista en aquel paraje, mas no tardó en darse cuenta de que no estaba sola.

—¿Por qué lloras, pequeña? —preguntó una misteriosa mujer que estaba entre las rocas.

—Por nada, quiero estar sola —le pidió.

—Cuéntame, puede que sea capaz de ayudarte.

—¿Por qué te molestarías? No le importo a nadie, soy invisible.

—Te aseguro que yo sí puedo verte. —Su sonrisa era dulce, maternal—. Y no me eres indiferente.

Algo en ella calmó a la niña y cedió a hablar de sus preocupaciones.

—Mi madre no me quiere, siempre está trabajando y trabajando y nunca quiere jugar conmigo.

—Vaya, ¿y tu papá?

—No tengo, murió —le comunicó a duras penas.

—Si tu mamá no quiere jugar contigo, yo podría.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada.

—Sí y ¿sabes qué? Conozco un lugar muy bonito donde puedes jugar con los peces y delfines. ¿Te gustan los delfines?

—¡Me encantan! ¿Podemos ir? —pidió casi saltando de la emoción.

—Claro, ahora mismo si quieres. Ven, toma mi mano, yo te llevo —repuso la sirena.

La pequeña no dudó un instante, le habían advertido de los peligros del mar, pero los delfines eran buenos y divertidos, no había nada que temer.

Cogió aire y se zambulló en brazos de aquella misteriosa mujer que empezó a nadar rápido y profundo... muy profundo. El aire empezaba a escasear en su interior y le dio miedo, le ardían los pulmones, pero ella no la soltaba y seguía nadando velozmente hacia las oscuras profundidades...

Día 27. Fauna

Todo estaba dispuesto para el ritual, procuraron no olvidar ni el más ínfimo detalle de las instrucciones que habían recibido de la casa vecina. Si todo salía como debía, aquella misma noche serían libres. Él estaba en el pasillo, protegiendo la puerta y manteniéndose ausente para no interrumpir la ceremonia; bien les habían advertido que ningún varón debía hacer acto de presencia o enfurecerían a la diosa fauna.

Ella comenzó lo que esperaba no resultase en pantomima o cuento para esclavos desesperados, con toda la suerte y asombro al verla por fin.

—¿Me has llamado? —Quiso saber con una voz melodiosa y dulce.

—Sí —respondió nerviosa—. Vengo a rogarte que nos concedas la libertad.

—Nea, oigo pasos, se acercan —le advirtió su compañero.

—¿A quiénes?

—A mí y a mi compañero...

—¿Hay un hombre contigo? —inquirió en un tono más grave.

—No, gran diosa —mintió—, pero ambos queremos ser lib...

—Nea, por favor, como nos pillen se acabó, ni sé qué nos harán esta vez —le imploró con desesperación, alzando levemente la voz sin querer.

—¡Hay un varón aquí !—gritó la diosa enojada.

—No, gran diosa, ha sido una equiv...

—¿Qué diablos ocurre? —cuestionó un hombre furioso que acababa de pasar al vigía con un empujón.

—¡Has osado mentirme y profanar el ritual!

—Lo siento —se disculpó de rodillas y llorando mientras el recién llegado soltaba improperios y trataba de arrastrarla—. Solo quiero ser libre, por favor...

—Tú te vienes de nuevo a la mazmorra, aún se me ocurren más formas de jugar contigo —dijo con crueldad el hombre mientras se la llevaba.

—¡Por favor! ¡Por favor! —gritó cada vez más fuerte mientras la imagen de la diosa desaparecía de la estancia.

Día 28. Minotauro

La puerta de la casa se abrió y él entró en el lugar. Tras cruzar el pasillo dio con la entrada del salón y vio a su querida esposa recostada en el sofá con una copa de vino entre las manos.

—¿De dónde vienes? —le preguntó con cierto tono de cansancio.

—Del trabajo —le respondió quitándose los zapatos.

—¿Tan tarde?

—Sí, tenía una reunión importante, ya te lo dije.

—Ahh... —musitó casi sin ganas, pero con cierto matiz extraño—. ¿Y no tienes nada que contarme?

Más que una pregunta, le sonó como si fuese un reto, lo que le puso nervioso.

—Ha sido muy aburrido, no deseo aburrirte también —se excusó.

—¿Te crees que soy estúpida?

Por supuesto no pensaba contestar a eso.

—Sé lo tuyo y lo de tu amante, *mi amor*. —Esas últimas palabras las arrastró con cierto desprecio, pero fueron las anteriores las que provocaron que el pulso de él se desbocase y comenzara a sudar—. Conque amor eterno, ¿eh? No sabía que la eternidad fuese tan corta.

—Pero ¿qué estás diciendo, car...?

—Ni lo intentes —le advirtió alzando la mano por un momento.— Lo sé de muy buena tinta y te agradecería que mantuvieses la poca dignidad que pueda quedarte antes de que me enfade con excusas baratas.

—Te lo puedo explicar...

—No, no puedes, ni quiero saber la mentira que vayas a inventarte.

—Entonces, ¿por qué me estabas esperando a oscuras? —Pidió saber con cierta angustia por el futuro.

Ella dejó la copa con delicadeza en el suelo, se levantó y, arrastrando su elegante vestido de noche, se acercó a él. Ese era su favorito, aquel que le sentaba como un guante, realzándole cada curva. ¿Se lo habría puesto para él?, fue lo que pensó.

De pronto, hizo algo con las manos, sus ojos se pusieron en blanco y pronunció palabras extrañas, aunque no fue eso lo que le preocupó, sino el profundo dolor que salía de su cabeza, como si algo empujase desde dentro. Pasó un rato con esa horrible sensación, tras la cual fue a mirarse a un espejo. La imagen que vio en él lo espantó. ¿Qué le había hecho? ¡Se había convertido de pronto en un minotauro!

—Ahora tú también llevas cuernos, querido —dijo disfrutando de su dolor y sorpresa—, y me encantará ver cómo te quedas solo por el resto de tu vida con ese aspecto.

Día 29. Incubo

¡Habíamos quedado! No me lo podía creer, ¡habíamos quedado! Después de tanto tiempo chateando y compartiendo agradables momentos, tantas historias, tantas andadas, ¡por fin llegó el día! Reconozco que no soy buena con las personas, me han hecho mucho daño demasiadas veces como para quitarme las ganas de entablar una mera conversación con alguien. Además, veo

demasiadas personas calcadas, demasiada gente que solo encuentra divertimento a base de alcohol, que habla de las mismas películas o canciones de moda y así con todo, como si les dijese qué ver y pensar. Anodino... echaba en falta una conversación profunda, original, y era algo de lo que él siempre disponía. Tan pronto hablábamos del origen del universo como de la muerte, de eventos históricos o de arte. Tanto tiempo disfrutando de su compañía y por fin voy a verlo. Hemos quedado para ver las estrellas en el mirador, podremos cenar ahí mientras contemplamos el cielo estrellado. Es tan romántico y hermoso que mi pecho estalla de emoción. Ya tengo todo el picnic montado, el telescopio listo, pero él no parece llegar. Un ruido a mi espalda me sobresalta y, para cuando me doy cuenta, dos hombres vienen hacia mí con paso decidido. Reconozco ser muy desconfiada y asustadiza, así que lo primero que hago tras reaccionar es salir corriendo. Atravieso el bosque un poco a duras penas, tropiezo con las raíces, me lastimo, pero sigo corriendo y corriendo. Mis temores son ciertos ya que han apretado el paso y van tras mi sombra, por lo que trato de convertirme en una desviándome y escondiéndome tras un árbol, cruzando los dedos para lograr difuminarme entre las sombras de la noche y pasar desapercibida.

Veo pasar de largo a mis perseguidores y respiro tranquila, pero de pronto algo, alguien me agarra e inmoviliza, una tercera persona que pega un grito para avisar a sus amigotes de que la presa ha sido capturada. No me puedo creer que haya sido tan estúpida como para abrirle mi alma a otra persona después de tantas cosas, ahora me parecía tan obvio... La noche de picnic bajo las estrellas en un sitio apartado que tan oportunamente sugirió... Simplemente

caí en la maraña de engaño de un ícubo despiadado. Se arremolinan a mi alrededor mientras observo impotente y temo por lo que se viene, implorando al menos salir viva de esa noche.

Día 30. Gorgona

Los muchachos emanan una mezcla de emoción e intriga, quizás excitación por lo que acontecerá. Hemos tomado todas las precauciones, nada de ser vistos, nada de dejar rastro o algo que pueda asociar a nuestra persona lo que hoy va a pasar aquí. Uno de nosotros, muy habilidoso, por cierto, consigue forzar la entrada de piedra, mas lo primero que vemos al cruzar nos hiela la sangre de la impresión.

—Deberíamos volver —advierde el primer supersticioso tras ver la imagen de la gorgona tallada en la piedra.

Muchos nos reímos, es absurdo tener miedo de un mito, y los tesoros que sacaremos de esta incursión valen más que una estúpida creencia.

—Márchate tú si quieres, pero no verás ni una joya —le espeta uno con desprecio.

El chico se acobarda y sigue al grupo.

La abertura se cierra de forma repentina, pero ya encontraremos otra entrada. No tardamos, no obstante, muchos pasos en notar un sudor frío al oír suaves siseos a nuestra espalda. Pero cuando nos giramos ya es tarde para pedir clemencia.

Día 31. Vampiro

No había ni un alma en el opulento salón, nadie salvo yo y mis pensamientos vagando por la estancia. Me sorprende sumamente al percibir una armoniosa melodía, que sigo cual canto de sirena.

Juraría que estaba solo esa noche...

Subo la alfombrada escalera con más curiosidad que miedo, alguien que toque así de grácil el piano es digno de toda mi atención y admiración.

Una puerta impide mi paso, pero la abro con determinación, nada va a impedirme que desvele este maravilloso misterio. Una vez dentro, la música me envuelve, se hace dueña de mi ser y mis sentidos, mas, a pesar de su poderío, no lo logra como ella: el ser de luz que está jugando con mi corazón a la vez que con las teclas. Su maestría ante el piano, su belleza asfixiante, la melodía que emite... todo me cautiva.

Se percata de que la observo y se ríe, se levanta y se acerca a mí, ahora petrificado ante la diosa que contemplo. Paralizado de emoción veo cómo acorta distancias, acaricia la línea de mi quijada y me produce un dulce escalofrío. No quepo en mí de tanta dicha cuando, de pronto, noto una punzada de dolor en mi desnudo cuello. ¿Por qué, amada mía? No me creo que alguien tan bello y puro pueda ser una criatura de la noche, un sucio vampiro.

Despierto entre sudores con las sábanas empapadas de la impresión, ha sido una horrible pesadilla, pero los rubíes rojos que

brillan frente a mí, en la oscuridad de la noche, me hacen dudar de que siga durmiendo.

¿Te ha gustado? ¿Quieres leer más?

Aquí te dejo mis redes sociales para que cotillees mis otros trabajos, des like y lo que te apetezca. Te agradecería muchísimo que me escribieras para contarme tu opinión sobre lo que has leído, que dejes comentarios etc. Todo el feedback es bienvenido. Gracias y que tengas un lindo día.

